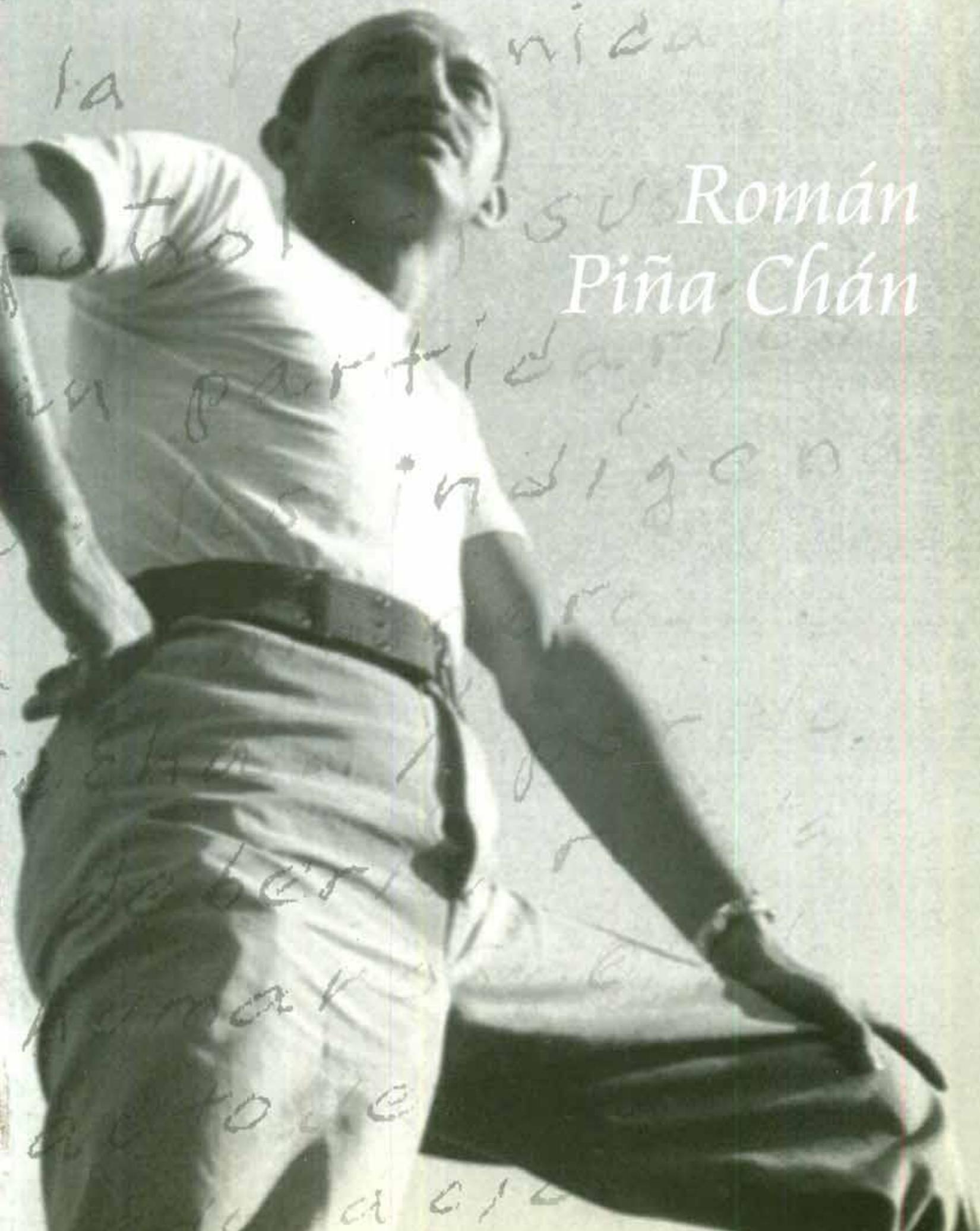


Diaria

DE CAMPO

SUPLEMENTO NO. 13 • JUNIO 2001

Román
Piña Chán



KO.DAK TX 5063



→ 28

→ 28A

Diario

DE CAMPO

ES UNA PUBLICACIÓN INTERNA DE LA COORDINACIÓN NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA DEL INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA.

DIRECTORA GENERAL DEL INAH: **Sergio Raúl Arroyo**

SECRETARIO TÉCNICO DEL INAH: **Moisés Rosas**

DIRECCIÓN: **Gloria Artís**

SUBDIRECCIÓN EDITORIAL: **Roberto Mejía**

APOYO TÉCNICO: **Vicente Camacho**

CORRECCIÓN DE ESTILO: **Carmen Nozal**

DISEÑO Y FORMACIÓN: **Euriel Hernández**

Suplemento *Diario de Campo* publica artículos, relatorías de foros, cartas, manifiestos, etcétera, que son enviados antes de la fecha de cierre. La responsabilidad del contenido de estos materiales es exclusivamente de sus autores.

5

Carta a Román Piña Chán
Beatriz Barba de Piña Chán

9

Un recuerdo de Román Piña Chán
Andrés Fábregas Puig

11

Yya Canu Román Piña Chán
Ángel Rivera Guzmán

13

Recordando a Román Piña Chán
Antonio Benavides C.

16

La defensa del patrimonio en la obra del Maestro Piña Chán
Bobby Cotton

20

Epílogo
Carlos Navarrete Cáceres

22

Román Piña Chán
Alberto Tóvalín Ahumada

24

Román Piña Chán, hombre y maestro
Eduardo Matos Moctezuma

26

Román Piña Chán
Elsa Hernández Pons y Catalina Navarrete II

27

Carta al Maestro Román Piña Chán
Ernesto Vargas Pacheco

30

A Román Piña Chán
Francisco Rivas Castro

31

Cuando el mar llegaba hasta el pie de las fortificaciones.
Hugo Antonio Arciniega Avila

35

Para el recuerdo de Román Piña Chán
Jaime Litvak King y Lorena Mirambell Silva

36

Al maestro de todas las generaciones de arqueólogos que han pasado por la Escuela Nacional de Antropología e Historia
Jorge Angulo V.

38

Un arqueólogo humanista
Laura Cano Rodríguez

41

Con mucho cariño para el profesor Román Piña Chán
Linda Manzanilla

42

A Román Piña Chán
Lorena Loyola Piña

43

Román Piña Chán, maestro y amigo
Lorenzo Ochoa

47

Noticia acerca del Ajau Balam Piñachán señor e sabio que fue de la nación de los arqueoloxcas
Luis Alberto Martos

50

La arqueología como proyecto de vida, las enseñanzas de Román Piña Chán
Marcia Castro-Leal Espino

53

Carta a Román Piña Chán
Mayra Cervantes

54

Román Piña Chán en Oaxaca
Nelly Robles García

56

Román Piña Chán
Noemí Castillo Tejero

58

El doctor Román Piña Chán y el origen de los olmecas
Olaf Jaime Riverón

64

Una cuenta de piedra en la boca
Perla Valle

66

Como conocimos y recordamos al Maestro Román Piña Chán
Raúl Arana Álvarez y J. del Carmen Chacón

68

Román Piña Chán y la arqueología de Guerrero
Samuel Villela F.

71

El doctor Román Piña Chán: unas impresiones desde el Altiplano hasta la Península de Yucatán (1954-2001)
William J. Folan

78

El doctor Román Piña Chán y la antropología física
Zaid Lagunas Rodríguez

81

Remembranzas del doctor Piña Chán. Arqueología y etnohistoria en la caracterización de Mesoamérica
Eduardo Corona Sánchez

83

El cause de la vida
Alfredo Feria Cuevas

Dedicamos este Suplemento al Dr. Román Piña Chán...
a Pay, á *yya canu* Román Piña Chán, al Maestro Piña
Chán, al Profesor, al Dr. Piña, a *ah kanxoc y ah kanse*,
al Guardián-Guerrero, a Don Román, a Piña, a *Ajau*
Balam Piñachan, a *Noh Balam*, a Gran Jaguar e Señor
de lo Pretérito e Gran Maestro, a Don Piña. Se trata,
sencillamente, de un acto amoroso compartido, de
un profundo reconocimiento a nuestro maestro, de
añoranza, tristeza y, también, mucha alegría.

¡Sirva, entonces, como un sentido homenaje!

Gloria Artís





Carta a Román Piña Chán

BEATRIZ BARBA DE PIÑA CHÁN



Archivo Beatriz Barba.

Amadísimo Pay:

Hoy rememoro más de cinco décadas de pláticas íntimas y vienen a mi mente los principales recuerdos de tu infancia: el mar, ese mar gris y quieto que frente a la ciudad de Campeche forma un muro de agua que penetró en tus venas y llenó tu sangre de agua salada. Las mujeres que cuidaron de ti porque los hombres andaban lejos: la madre morena y delgada, siempre preocupada porque el muchacho hiciera las tareas o ayudara en el trabajo de la huerta; la abuela, de dulce autoridad, bordando para mantener a la familia; los amigos, alegres e irresponsables, cuya memoria te hacía sonreír.

A lo largo de tu adolescencia, contrastaron la multiplicidad de éxitos deportivos con las frustraciones económicas y, por ello, tomaste la decisión de venir a México con una beca conseguida en el Politécnico cardenista, que te ofrecía oportunidades que no se encontraban en el amado terruño cercado por el mar... siempre el mar.

Años de miseria en México donde el tesón que te caracterizó fue lo que te sacó adelante. Completaste la beca con cualquier trabajo: como dibujante, ayudando a estudiantes retrasados, mesero de cantina, pintor de brocha gorda, ayudante de zapatero... esas labores te quitaban tu tiempo de estudio, pero de todo hiciste para mantenerte con decoro.

Fue el Dr. Daniel Rubin de la Borbolla el que se interesó en tu trabajo, el que primero te conoció, el que advinó la calidad de hombre que eras aún siendo muchacho y te ofreció la verdadera oportunidad, la decisiva, el estudiar antropología. Con él empezaron los trabajos de campo en Tzin tzun tzan, él te engolosinó con los descubrimientos arqueológicos, él te responsabilizó en un tiempo y edad tan juvenil, que te marcó para siempre como un hombre de ley. Nunca pudiste olvidar las épocas de Michoacán, Chupícuaro y Tlatilco.

Te conocí cuando eras ayudante del Dr. Ignacio Bernal en Culhuacán, y a Perla y a mí nos enseñaste la diferencia de los tepalcates aztecas. Quedé prendada de tanta sabiduría y no tuviste más remedio que casarte conmigo, pero mi trabajo me costó, sobre todo por la preparación de esos pays que comías con tal deleite que hasta se te quedó el nombre, Pay, desde entonces y hasta nunca.

Tuvimos una vida tranquila y vimos crecer a las hijas en paz. No puedes quejarte, siempre te rodeamos de cariño y ellas fueron, las tres, excelentes hijas; hasta el último momento de tu vida te mostraste orgulloso de ellas, buenas mexicanas, buenas madres y buenas profesionistas.



Archivo Beatriz Barba, 1953-1955.

La antropología fue para ti y para mí una vorágine de trabajo y compromisos. Cada quien los suyos. No pudimos colaborar juntos muchas veces porque la arqueología me sacaba de la Ciudad de México y mis hijas reclamaban mis cuidados, pero estuvimos en Tlatilco y Atofo, lugares mágicos, llenos de luces y sombras porque bajo la tierra había un mundo encantado y sin vida, cuyos restos nos permitían imaginar costumbres de gentes que vivieron con los mismos deseos y satisfacciones que tú y yo y nos enseñaban creencias religiosas con dioses fantásticos que aún parecían ordenar el universo; a pesar de estar en la oscuridad, nos daban la luz necesaria para entender esos tiempos desaparecidos. En cambio, los vivos, aquellos obreros de las ladrilleras, eran las sombras reales, cubiertos de lodo, hambrientos, con hijos famélicos y esposas tuberculosas. Aún recuerdo tus cariñosas reconveniones porque yo me dedicaba a alimentar y curar a esas personas en vez de clasificar pedacitos de cerámica preclásica o llevar el control de las bolsas de los materiales obtenidos en la excavación.



Archivo Beatriz Barba, 1955.

Me amenazaste con no volver a llevarme al campo, pero fui a Tlapacoya contigo y la experiencia fue diferente: encontramos grandes tumbas de sacerdotes y tlacuilos plétoricas de cerámica y cada pieza era una joya de destreza artesanal e imaginación artística. Ese fue un pueblo campesino que nos consintió, nos adoptó y, algunos de sus habitantes, formaron parte de nuestras vidas por muchos años.

Cuando yo me titulé, recordarás que el Mtro. Javier Romero me obligó a ocupar el puesto del Mtro. Ricardo Pozas para que no se perdiera la plaza, eso me alejó de la arqueología y me ocupé en investigaciones sociales con Johanna Faulhaber. Tú, por tu lado, dejaste tu huella en toda la República: el norte, el centro, el sur, el Golfo, el Pacífico, por todas partes laboraste, informaste, publicaste, hiciste museos, fundaste escuelas de antropología, Centros INAH... Nunca sabré por qué actos de magia preparaste tantos alumnos en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, si siempre estabas trabajando en la provincia tratando de integrar al México prehispánico, al México sin historia, a la nación que no dejó escrita su saga, y que había que recuperar desentrañando sus misterios con excavaciones. De hecho, nunca supiste vivir sin estudiantes a tu alrededor y a todos los quisiste y estimulaste.

Cuando salió tu libro *Una visión del México prehispánico*, me di cuenta que tu ausencia en la familia había sido necesaria para preparar una obra como esa, que ofrecía horizontes indiscutibles y permitía que todos los mexicanos manejáramos, con el corazón y la imaginación, la historia perdida, destruida, arrebatada.

El Museo Nacional de Antropología te asentó por algunos años, muy pocos, en la ciudad de México. El escritorio, la mesa de trabajo, la caja de cerámica clasificada, la vitrina, la cédula, la guía museográfica, la visita guiada, cambiaron tu vida de ave sin fronteras que se remontaba muy alto para observar en perspectiva a la Mesoamérica de las altas culturas.

La inquietud por el rechazo a las 4 paredes y a la administración se apoderó de ti y todos veíamos tu inconformidad, hasta que dejaste ese trabajo, importante y necesario pero limitante, y te fuiste a Teotenango, donde volviste a sacar mundos enterrados,



Archivo Beatriz Barba.



Archivo Beatriz Barba. De izquierda a derecha: Margarita Nolasco, Julio César Olivé, Beatriz Barba, Román Piña Chán y Jaime Litvak. Abajo: Guillermo Bonfil Batalla.



Archivo Beatriz Barba. En el Baluarte, Campeche, 2000.

vidas olvidadas, sacrificios ignorados y riquezas nuevas para los museos. No aceptaste nunca más la obligación agobiante de la oficina de mando. Devolver la luz a los palacios, templos, juegos de pelota, espacios comunitarios, casas ricas y pobres, entierros individuales y masivos, ofrendas a dioses exigentes, era tu vocación. Fue tu vida de arqueólogo de campo lo que, en verdad, gozabas.

El 13 de septiembre de 1984, reparando el edificio 3 de Becán te caíste de un techo bajo y te seccionaste la columna vertebral. Tus 2 hijas médicas, Marta y Beatriz, fueron por ti porque no había en Campeche medios adecuados para atenderte. Patricia Castillo me lo dijo, tratando de contener la angustia, cuando me avisó: estabas en Chefumal accidentado y mal atendido. Cristina y yo esperamos todo el día en el aeropuerto,

con la certeza de que nuestras vidas daban un giro completo. A partir de entonces y como una maldición, como la peor de las suertes, al arqueólogo más necesitado del campo, del sol y del viento, se le redujo a una silla de ruedas por 17 años.

Tu recuperación y adaptación fueron lentas pero tu valor y tu hombría tan grandes, que a dos semanas del accidente recomenzaste tu trabajo en forma vehemente, terminando en los primeros meses de 1985 el libro: *Cultura y ciudades mayas de Campeche* que entregaste a la Editora del Sudeste.

Muy dramático fue el tiempo sucesivo, con un organismo debilitado, afectado por infinitas intervenciones quirúrgicas y dañado por medicinas agresivas. En equilibrio, tu corazón lleno de valor y tu mente plébrica de conocimientos mediaban el cuadro y te permitieron seguir adelante.

Pay, nunca acabaré de admirarte por esas cátedras de coraje e integridad que a todos nos diste. No querías recordar el dolor que te aquejaba, las enfermedades que te minaban, la invalidez que te reducía. Sólo trabajabas, leías, escribías, dictabas, escogías fotos, analizabas bajorrelieves, lo que fuera que te acercara a la arqueología y te alejara de la miseria física de la cual no quisiste darte cuenta.

Esa actitud a ti te dio la vida y a mí un sexto sentido para adivinar lo que te aquejaba porque tu paraplejía disimulaba dolores y complicaciones. Aprendí a interpretar cada gesto, cada deseo, cada rechazo, todo era sintomático, pero tú no te conocías, no te conociste nunca, te conocí yo, cada uno de tus problemas fue mío, lo hice mío, lo sentí mío. Morí cada una de tus mil muertes, me alivié contigo, libramos juntos miríadas de batallas por tu salud. Se hizo parte de lo cotidiano el experimento del último antibiótico, el olor a quirófano, la historia clínica para cada médico, el advertir la dolencia que podía desencadenar un problema agudo. Todo valió la pena porque tuviste 17 años de sobrevivida precaria pero rodeada de amor de todos los tuyos, tus compañeros, tus amigos, tus alumnos.

Desde 1985 empezaste a recibir honores y reconocimientos: la Universidad Nacional Autónoma de México, a través del Instituto de Investigaciones Antropológicas; el Instituto Nacional de Antropología e Historia, a través de las diferentes dependencias de arqueología, la Escuela Nacional de Antropología e Historia y el Centro INAH Estado de México; el Municipio de Tenango del Valle; el Gobierno del Estado de México; el Gobierno del Estado de Campeche; el Gobierno del Estado de Tabasco; la Universidad Autónoma de Campeche, a través del Centro de Investigaciones Históricas y Sociales; la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística; El Colegio Mexicano de Antropólogos, A. C. y otras instituciones que se me van. Tu nombre se impuso a auditorios, museos, calles, escuelas, aulas, casas, institutos de investigación y laboratorios. Nos sentíamos profundamente orgullosos de ti. Tu natural timidez hacía que la mayor parte de las veces no supieras agradecer, ampliamente. Te parecía que no merecías tanta demostración de cariño y reconocimiento a tu trabajo y valor. Con el tiempo se generalizó la opinión de que eras uno de los grandes integradores de la historia prehispánica de México. Día a día me congratulo de que viviste para recibir todos esos honores; muchos antropólogos valiosos han muerto sin que se haya reconocido su aportación.

Con peligro de ser reiterativa, quiero insistir en que tu constancia y tu dedicación al trabajo fueron tu salvación en este largo espacio de penas físicas. Todo lo que hiciste fue con seriedad, responsabilidad y amor a tu país. Destacó el esfuerzo que empleaste en la *Enciclopedia histórica de Campeche*, que te exigió los dos últimos años de tu vida pero que realizaste con el mayor de tus empeños, pensando que dabas este tiempo a los campechanos, a Campeche, y a tu mar gris y manso.

No debo terminar esta carta sin mencionar lo muy generoso que fuiste conmigo y con todos los que te rodeaban. Esa fue tu mayor cualidad y tu característica. Nadie se acercó a ti que no se llevara por lo menos un consejo si no es que tus conocimientos o parte de ti mismo. También fue notable tu falta de rencor. No se lo guardaste a nadie. No supiste odiar. Pensabas que toda la gente tenía una razón para actuar y siempre explicaste la conducta ajena. En ello te reconozco que eras un hombre muy fuera de lo común.

Mucho platicamos tú y yo sobre el porqué del accidente que sufriste. Cuando estuvimos en Becán hace un año, el guardián me dijo en voz muy baja que eso sucedió porque al empezar las excavaciones no habías exorcizado a los chaneques, a los aluxes, a los espíritus del bosque y a los reyes allí enterrados. Esa puede ser una explicación; el bosque y los reyes quizá no hayan tenido nada contra ti, pero los chaneques y los aluxes quién sabe si aún permanezcan ofendidos por tanto trabajo que en esa zona desarrollaste sin su consentimiento. La próxima vez que yo vaya les ofreceré un vaso de aguardiente en tu nombre pero les haré serias reclamaciones por haberte jugado tan mala pasada.

Pay, ahora que estabas en el hospital, a medida que te ibas agravando, tu solicitud para que te llevara al mar iba siendo cada vez más insistente. Me lo pediste con dulzura y angustia; nunca con imperio. Perdóname por no haberlo hecho. No podían ni siquiera quitarte la mascarilla de oxígeno. Estoy segura de que ahora estás allá, en tu playa campechana, solazándote con tu mar ancho y grisáceo; sólo quiero que tomes en cuenta que todos los que te rodeamos, te amamos entrañablemente y nunca te olvidaremos.

May.



Archivo Beatriz Barba. En el mar de Campeche. 1988.

Un recuerdo de Román Piña Chán

ANDRÉS FÁBREGAS PUIG



Detalle. Archivo Beatriz Barba.



Archivo Beatriz Barba. Dr. Román Piña Chán con Perla Valle. 1950.

Ingresé a la Escuela Nacional de Antropología e Historia en el año de 1965. Al siguiente, conocí a Román Piña Chán, profesor, por aquel entonces, de Arqueología. Carlos Navarrete nos había hablado de Piña, como con afecto le llamaban sus amigos y sus alumnos. Piña ya destacaba como uno de los más importantes arqueólogos mexicanos. A mi entrañable amigo Pepe Lameiras y a mí, nos interesaba la arqueología para abrazarla como quehacer. En mi caso, el haber leído a Gordon Childe, Wheeler y Cotrell, y el haber escuchado a Navarrete y leído, a instancias de él, al propio Piña, me habían convencido de estudiar el pasado a través del oficio de arqueólogo. Circunstancias muy de la ENAH, hicieron que me inclinara a la etnohistoria, cercana a la arqueología, lo que me permitió seguir leyendo, entre otros, al maestro Piña Chán. Alguna ocasión, en esos "tiempos libres" que ocurrían en la ENAH, acudí al aula para escuchar a Piña Chán hablar de los mayas, del México Prehispánico en general, de los símbolos religiosos y su relación con las estructuras sociales de los antiguos pueblos de México. Ahora que lo recuerdo, nunca hablé con Piña en la ENAH. Venciendo mi timidez, me le acerqué en alguna madrugada sabatina del D. F., en cierto restaurante que ofrece comida plástica, allá por Taxqueña y Universidad, el único abierto las 24 horas por los rumbos noctámbulos de nuestro territorio coyoacanense. Piña estaba sentado en la barra, solitario, saboreando aquel menudo super limpio del restaurante. Me le acerqué logrando entablar una conversación que se prolongó hasta los primeros rayos del sol. Me sentí henchido por haber cruzado la palabra con el legendario Piña. Lo recuerdo vívidamente, sentado frente a la barra, de medio perfil, con su brazo derecho apoyado mientras respondía a mis interrogantes. Hablaba con ese acento tan peculiar de los campechanos, con su voz de sabor a Sur, a la mar que acaricia su tierra antaño amurallada. Allí me convencí que Piña era más que un arqueólogo, un sabio. Varias madrugadas nos encontramos en el mismo lugar, a las mismas horas, ante el mismo plato de menudo plástico. Pasó el tiempo. Me gradué como etnólogo "con especialidad en etnohistoria" dice el documento. Las circunstancias me hicieron regresar a mi lugar de nacimiento, Chiapas. Me sumer-

gí en las cosas del Sur, y en ello andaba cuando recibí una invitación del Instituto de Cultura de Campeche para asistir a una reunión de mayistas en cuyo contexto se ofrecería un homenaje a Piña, convertido ya en una leyenda. Sabía que estaba en silla de ruedas, impedido de andar, a consecuencias de un accidente que le ocurrió en su propia tierra, en una de las ciudades arqueológicas de Campeche. Más por el interés de verlo que por la propia reunión, asistí a la cita. Por aquel entonces gobernaba Campeche un músico salsero, cantador y rumbero, que tenía la convicción de que la cultura era un adorno incómodo, pero necesario. Era el típico señor gobernador caribeño, aficionado al ron y las morenas. Como para él, la poesía formaba parte de esos adornos incómodos, había puesto al frente del Instituto de Cultura de Campeche, a un poeta. Este era el responsable de organizar el homenaje a Piña. El día señalado, una mañana de espléndida luminosidad en Campeche, en uno de los auditorios más grandes con los que cuenta aquella ciudad, un nutrido grupo de científicos, intelectuales y amigos de Piña en general, esperaban ansiosos el inicio del homenaje. El impresionante presidium se pobló con los notables de Campeche, ocupando el centro, Piña y el señor gobernador.

En medio de la expectativa se generalizó el silencio cuando el poeta ocupó el estrado y tomó el micrófono. No podía faltar al inicio de su discurso el "señor gobernador" y a continuación, los "honorables miembros del presidium". Siguió después un panegí-

rico de la cultura y de Piña. Éste, sentado en su silla de ruedas, observaba todo el escenario. De pronto, el poeta encamisado, con un morral colgándole del hombro, abandonó el estrado para situarse frente a Piña que lo vio entre sorprendido y curioso. El público enfatizó su atención. El poeta, con un gesto teatral, estudiado frente al espejo, introdujo su mano en el morral y gesticulando, gritó: "Piña, culebra, Piña, maíz", arrojando un puñado del grano sobre la indefensa humanidad del arqueólogo. Éste esquivaba como mejor podía los envíos del alocado bardo. Ante nuestros azorados ojos, el agitado poeta seguía introduciendo su mano en el morral y arrojándole granos a Piña. "Piña, culebra, Piña frijol", gritaba el poeta, mientras su cuerpo era recorrido por extraños temblores. De pronto, el poeta interrumpió su ceremonial, desapareciendo del escenario. El señor gobernador declaró inaugurado el congreso y todos despedimos a Piña, que levantaba la mano saludándonos, con una prolongada ovación.

Poco tiempo después, nos reunimos en Villahermosa para homenajear a Piña. Lo hicimos navegando por el Usumacinta en el mítico "Capitán Beuló", barco que navega entre Villahermosa y la ciudad de Balancán. Fue un día espléndido lleno de sol y de camaradería. Sentados a la mesa con Piña y con Beatriz Barba, su esposa y nuestra maestra, hablamos de una y mil cosas. Fue la última vez que tuve el privilegio de estar con Román Piña Chán. Lo recuerdo no sólo como el gran arqueólogo que fue, al que sigo leyendo, sino como un sabio que, amorosamente, practicó los dones de la generosidad y la amistad.



Fotografía: Alberto Tovalín Ahumada.

Yya canu Román Piña Chán

ÁNGEL RIVERA GUZMÁN



Archivo Beatriz Barba.

No es mi intención discutir aquí la gran obra del doctor Román Piña Chán, puesto que otros colegas ya han tratado los aspectos metodológico, teórico y práctico que imprimía el profesor en la investigación arqueológica. Todo ello merece un apartado especial en la historia de la disciplina en México, no sólo por su labor en la investigación del pasado, sino también por su empeño en difundir los resultados de sus trabajos y en la protección del patrimonio cultural de la nación. Trataré, desde una perspectiva más bien anecdótica, de recordar a mi querido maestro, cuya pérdida física es sentida por todo el gremio y por todo el que valora a los que contribuyen con su trabajo al conocimiento de la humanidad.

La difusión de sus obras, algunas publicadas por el Fondo de Cultura Económica, facilitaba al público el acceso a la lectura sobre el pasado indígena. Por uno de estos libros, *Quetzalcoatl Serpiente Emplumada* -que llegó a tener una tirada de 50 mil ejemplares en 1985-, me acerqué por primera vez a la enseñanza de Piña Chán. Estando en el curso de introducción a la Escuela Nacional de Antropología e Historia, supe que el maestro impartía varias clases en semestres avanzados. Pero no fue necesario esperar mucho para conocerlo personalmente. En ese año, 1990, se celebraban los 200 años de arqueología en México y para conmemorarlo, el Museo Nacional de Antropología invitó a varios conferencistas en un ciclo de pláticas sobre la materia en diversas regiones de México. Siendo un estudiante bisoño, acudí a todas ellas y con especial interés a la de don Román, que se llevó a cabo el día 8 de agosto. Aunque el programa de las conferencias indicaba que cada una trataría sobre temas regionales, la de Piña Chán abarcó, en realidad, todas ellas. Desde Chupícuaro, Guanajuato, pasando por Tlatilco y Teotenango en el Estado de México; siguiendo por Yagul y la Costa de Oaxaca; La Venta y Comalcalco, en Tabasco; Uxmal y el cenote de Chichén Itzá, el Río Bec y Campeche. Cada una de las diapositivas que mostraba nos transportaba por el tiempo al trabajo arqueológico realizado por él y sus colaboradores a lo largo de más de 40 años. Al terminar su exposición, recibió un prolongado aplauso del público que colmaba el auditorio Torres Bodet. De manera amable y certera contestó las preguntas de los concurrentes

y de aquellos que se le acercaron a la salida del museo, ese local que ayudó a formar y del cual fue subdirector de arqueología por varios años.

Posteriormente recuerdo el nombre de Piña Chán frecuentando la bibliografía de los cursos a los que asistía, así como de numerosos trabajos escolares. En el fichero de las bibliotecas, por su parte, el espacio dedicado a sus obras siempre abarcaba varias decenas de tarjetas; pues los resultados de sus trabajos eran puntualmente publicados, ya sea en forma de capítulos, informes, artículos, reportes, noticias o libros completos. Esto siempre llamó mi atención.

Unos años después, me inscribí como su alumno en una de tantas clases que impartía en su casa: Historia de México, Iconografía, Seminario Maya, entre otras. Muchos de los estudiantes de arqueología deseábamos tomar alguna de estas sesiones; saber del desciframiento de los monumentos olmecas, de la genealogía registrada en las estelas zapotecas, de los rituales que conmemoran a Venus en Cacaxtla, de la imaginería en las fachadas de los edificios del Puuc, de los sistemas funerarios de Tlatilco, de la vida antigua en Teotihuacan y Chichén Itzá. Pero también, anhelábamos acercarnos a la leyenda de Piña Chán, conocer de viva voz sus hallazgos y beber de su experiencia.

Los sábados en la mañana nos dábamos cita en el comedor de su casa, que abarrotábamos entre varios compañeros de arqueología y de otras especialidades, como antropólogos físicos y etnólogos. A veces, con la ayuda de diapositivas y siempre con amena charla, el profesor nos enseñaba de tiestos, rutas comerciales, símbolos, monumentos y del pasado de las culturas indígenas que ahora, en el México de los siglos XX y XXI, son objeto de discriminación. Entre una y otra temática, disfrutábamos de una taza de café o té con galletas y –también– de alguna anécdota ocurrida durante sus exploraciones. Siempre mostró disponibilidad a responder preguntas o aspectos relacionados con la materia y a escuchar críticas sobre temas polémicos como la restauración de las zonas arqueológicas que le tocó explorar; a tal punto nos motivaba a analizar y cuestionar los métodos que había empleado.

Aún con sus limitaciones físicas, don Román recibía a los alumnos interesados en algún tema o para asesorar y dirigir tesis de colegas de la maestría o el doctorado, de la ENAH, de la UNAM, de la UV o del Centro de Investigaciones Sociales del Sureste, que fundó junto con un grupo entusiasta de campechanos. Era frecuente encontrarlo en su oficina preparando la siguiente clase o conferencia, trabajando en un artículo o ponencia, separando dibujos y diapositivas, leyendo revistas especializadas, dictaminando proyectos y tesis, enfrascado en el desciframiento de una estela o de un mural, revisando mapas y planos de sitios.

Me sentí muy honrado al ser invitado a participar en su proyecto sobre la Arqueología de la Mixteca Baja que inició en el año de 1994. Como muchos otros proyectos a su cargo, el trabajo en la región Nuiñe consistió en la realización de una exploración a nivel regional de la zona, a partir de la cual se registraron

decenas de sitios arqueológicos, además de que permitió la catalogación y estudio de diferentes monumentos en piedra, labor realizada por la arqueóloga Laura Rodríguez. Los resultados del proyecto nos dieron muchas satisfacciones personales y profesionales: dos premios Alfonso Caso a sendas tesis de licenciatura, además de varias presentaciones y artículos sobre el tema.

Cada vez que regresaba de la Mixteca, me presentaba para entregarle los informes de actividades y platicarle sobre la marcha de los trabajos en el campo. En más de una ocasión, quedé sorprendido por la visión del maestro al adelantarse en muchas cosas que yo no había entendido en el momento, y, aún, en aquellas que se podrían considerar como "proféticas". Descubrí que la leyenda de Piña Chán, caminando por los sitios y tocándose la nariz y la oreja, anticipándose al hallazgo, tenía algo de verdad; por ello, siempre atendía la sugerencia del maestro cuando, mirando los croquis de sitios me decía: "Excava por aquí y luego acá", "Checa ahí, limpia acá".

Motivado por los descubrimientos que realizábamos y en parte, también, por el interés que mostraba la comunidad donde residíamos, decidimos apoyar el proyecto de instalación de un Museo Comunitario, donde la población local y visitante pudiera apreciar algunos de los resultados de nuestras investigaciones. Llevamos con éxito esta meta junto con el esfuerzo de la población de San Pedro y San Pablo Tequixtepec. Román Piña Chán nos enseñó que de nada servía la arqueología si los resultados no eran transmitidos a la sociedad, misma que, eventualmente, ayudaría a proteger el patrimonio que, en algunas ocasiones, forma parte de la herencia directa de sus ancestros.

Román Piña Chán nos ha dejado múltiples enseñanzas como arqueólogo, como maestro, como ser humano frente a la adversidad. En la Mixteca la palabra *yya canu* significa tanto "Gran Señor" como "Ser divino o sagrado". Creo que es un término adecuado: *yya canu* Román Piña Chán, por todos querido, por siempre estará en nuestros corazones.



Fotografía: Alberto Tavalin Ahumada

Recordando a Román Piña Chán

ANTONIO BENAVIDES C.



Fui alumno del Profesor Román Piña Chán en varios de los cursos que impartió en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, cuando dicha institución se encontraba en el Museo Nacional de Antropología, allá en el Bosque de Chapultepec. Me estoy refiriendo a los primeros años de la década de los setentas cuando había menos contaminación y la ciudad de México era más segura que ahora.

En esa época, Piña Chán daba varias clases, por ejemplo, Mesoamérica I, II ó III, (que se referían al Preclásico, al Clásico o al Postclásico de la superárea cultural), Historia Cultural de Norteamérica, Historia Cultural de Sudamérica y Seminario de Cultura Maya.

De hecho, la labor de Piña Chán como profesor se inició en 1955, en la ENAH, con temas como la cerámica arqueológica del centro de México. También dio diversos cursos en la UNAM, en la Universidad Autónoma del Estado de México y en la Universidad Iberoamericana.

Pero es justo decir que, además, de cátedra, daba ejemplo y consejo. Su enseñanza fue patente en el trabajo de campo, en las pláticas de sobre mesa y, por supuesto, en la biblioteca si uno tenía la suerte de consultarle cuando pasaba por allá.

Al iniciarse los setenta, yo no lo sabía, pero para entonces el maestro Piña Chán tenía ya más de 20 años con experiencia de campo y había leído varias toneladas de libros. Eso puedo decirlo hoy, con cierto conocimiento y perspectiva del pasado, pero cuando se es alumno y empezamos a conocer el mundo, no apreciamos en su verdadera dimensión a aquellos que nos han precedido.

Recuerdo al Maestro Piña Chán en el salón con gesto serio, siempre pulcramente vestido y con sus notas bien ordenadas. En ocasiones complemen-

Fotografías del archivo Beatriz Barba



Archivo Beatriz Barba. En una fiesta popular. 1998



Archivo Beatriz Barba. Dr. Román Piña Chán con Perla Valle. 1950

taba sus clases con muy buenos dibujos sobre el pizarrón. También ejercitaba su buena memoria. Aún recuerdo cómo nos dictaba, en perfecto orden, los nombres de los 20 días y de los 18 meses mayas. Tampoco tenía problema para enumerar la lista de deidades zapotecas, mexicas o purépechas con sus características respectivas. En fin, un buen maestro no sólo por su nemotecnia o por su claridad en la exposición, sino también por ser una buena persona, siempre dispuesto a ayudar y a orientar al alumno.

En el campo era de los primeros en levantarse y ahí continuaba la enseñanza, aquella del respeto a los trabajadores, aquella de tomar, de vez en vez, el pico o la pala para sentir el gusto por el trabajo físico y, quizá, recordarnos que, si bien algunos hemos tenido la oportunidad de estudiar y ocupar puestos de dirección o de supervisión, no debemos olvidar que seguimos siendo tan humanos como aquellos que apenas saben leer y escribir.

En las zonas arqueológicas su cara era menos adusta, como que disfrutaba más estar allá que en la ciudad. Y también en el campo se le veía impecable, siempre limpio. ¿Cómo lo hacía? Si no es un don, seguramente, tenía *aluxes* que le ayudaban.

Es evidente que desde el inicio de su ejercicio, profesional, Piña Chán se preocupó por la divulgación de los conocimientos aportados por el quehacer arqueológico. Impartir clases era una forma de hacerlo; la enseñanza y la orientación en el trabajo de campo fue otra manera de lograrlo. Pero también reconocemos al maestro Piña Chán en sus publicaciones y en los museos. Más de 20 libros y buen número de artículos, capítulos en libros, guías y folletos nos hablan de esa vocación por dar a conocer, por explicar a las sociedades desaparecidas del México antiguo.

Sobre Campeche o relacionados con la entidad, de la pluma de Piña Chán podemos recordar textos como los siguientes:

- Breve estudio sobre la funeraria de Jaina.* 1948
- Ciudades mayas. Guía oficial.* 1958
- ¿Fueron las ruinas de El Tigre, Itzamkanac?* 1959
- Jaina, la casa en el agua.* 1968
- Campeche antes de la conquista.* 1970
- Historia, arqueología y arte prehispánico.* 1972
- Campeche durante el periodo colonial.* 1977, 1987
- Edzná, guía oficial.* 1978

- Los antiguos mayas de Yucatán.* 1978
- El estilo Puuc de los mayas.* 1981
- El proyecto Calakmul.* 1982
- Jaina y sus figurillas.* 1983
- Edzná y su sistema hidráulico.* 1983
- Cultura y ciudades mayas de Campeche.* 1985
- El Puuc, una tradición cultural maya.* 1991
- Arenas del tiempo recuperadas.* 1992
- El lenguaje de las piedras.* 1992
- Plataforma de los Cuchillos, Edzná 1970.* 1993
- Mascarones zoomorfos del estilo Río Bec.* 1993
- Hipótesis en torno al nombre de Edzná.* 1994
- Apuntes sobre Edzná(b), Campeche* 1996
- Las figurillas de Jaina.* 1996
- Mascarones zoomorfos del estilo Río Bec.* 1997
- La ciudad donde nació.* 1997

En el ámbito de los museos y de las exposiciones temporales referiremos, no sólo, al Museo Nacional de Antropología, en el que Piña Chán participó, activamente, desde la planeación de las salas, la distribución de materiales, la supervisión de cédulas, etc., sino también a museos como los principales de Campeche, Mérida y Morelia; u otros más modestos como los de ciudad Madero, Tamps., Santiago Tuxtla, Ver., Cuiculco, D.F.; Teotenango y Ocoyoacac, Edo. de Mex., o al viejo museo de Dzibilchaltún, Yuc.

Para valorar mejor lo anterior quizás es conveniente enumerar algunos de los aspectos previos al resultado que todos conocemos, es decir varias salas con objetos y dibujos bien presentados, acompa-



Archivo Beatriz Barba. Dr. Román Piña Chán con Eduardo Matos. 1985.

ñados de textos alusivos. Muchas veces, Piña Chán participó elaborando guiones y cuadros cronológicos, realizando dibujos, seleccionando piezas, colaborando en el montaje, redactando cédulas generales y específicas.

Es difícil desligar la vida de una persona de su obra, sobre todo cuando esa labor y esa existencia han ido de la mano durante tanto tiempo. En el caso de Román Piña Chán su profesión de pensar, hacer y enseñar historia antigua tuvo una trayectoria de poco más de medio siglo y prosigue gracias a sus publicaciones. La primera vez que participó en una exploración arqueológica fue en 1945. (Creo que muchos aún no habíamos nacido).

De Román Piña Chán no sólo aprendí en sus clases, en las lecturas que nos recomendó o en los textos que escribió. También aprendí mucho de su forma de ser, de su bonhomía y de su entusiasta participación en pro de la difusión de nuestro patrimonio histórico y cultural.

Hoy me dedico también a esa profesión, a la arqueología, y no sólo aprecio el haber seguido sus pasos, además estoy orgulloso de haber tomado clase con él y de haber convivido con él en diversas ocasiones, tanto académicas como mundanas.

La reunión de varios textos tras la desaparición del Profesor Piña Chán se debe a diversos motivos, pero, básicamente, pienso en dos: rendirle homenaje póstumo y, a la vez, aprender algo más sobre él. Sirva pues, este interés común, esta libre voluntad ejercida, este deseo de saber más, para dar nuestro voto de confianza y, al mismo tiempo, nuestro reconocimiento a ese campechano que fue nuestro maestro.

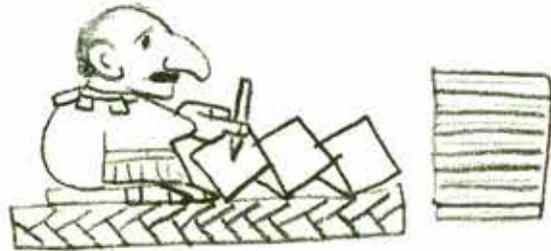
Quetzalcóatl dio varios regalos al hombre; pero llegó el día en que se ocultó como Xólotl. Brilla en el cielo mesoamericano, su obra ilumina el camino de quienes siguen su senda. Gracias Campeche por este hijo tuyo. Gracias Doctor Román Piña Chán.

Campeche, Camp., abril de 2001.



el se hizo maestro

el escribía muchos libros



Archivo Beatriz Barba. En una fiesta popular. 1998.



Archivo Beatriz Barba. En Chichén Itzá supervisando los tocados para una película. 1958.



Archivo Beatriz Barba. Con amigos en su casa: Román Piña Chán, Beatriz Barba, Agrípina García Díaz, Estela García García, Alida Fuentes, Diana López de Zumaya, Jaime Zumaya y Jorge Harada. 1995.

La defensa del Patrimonio Arqueológico en la obra del Maestro Piña Chán

BOLFY COTTOM



Archivo Beatriz Barba. En el Auditorio "Torres Bodet" recibe su ementaje de manos del Ministro de Educación junto a Leonel Durán; lo lleva su hija Beatriz Piña. 1985.



Archivo Beatriz Barba. En su casa con el Dr. Jorge Angulo y el Dr. Carlos Margain. 1999.



Archivo Beatriz Barba. Con Gloria Artís y Fernando López el día en que se dio el nombre de Román Piña Chán al auditorio principal de la ENAH.



Archivo Beatriz Barba. De izquierda a derecha: Lorena Mirambell, Maricruz Pallés, Rosa Reyna, Carlos Navarrete, William Folan, Santiago Genovés, Cristina Piña, Lorena Noyola Piña y Marcia Castro Leal. 1985.

Introducción

Hace ya varios años, cuando se organizó uno de los homenajes al maestro Román Piña Chán, otro de los grandes personajes de la antropología mexicana -el maestro Julio César Olivé- afirmaba que Román Piña Chán era "el último de los grandes mesoamericanistas". Por otra parte, otro destacado personaje de la antropología, el maestro Leonel Durán, señalaba de forma correcta que "en la persona de Piña Chán se otorgaba también un homenaje más amplio y cumplido a los maestros que han hecho posible el desarrollo extraordinario de la arqueología mexicana contemporánea".

Con lo anterior quiero expresar que el maestro Piña Chán, es, sin duda, piedra angular en el desarrollo de la antropología mexicana por su concepción unitaria y todo homenaje habido y por haber no podrá otorgar el pago justo a su sabiduría y enseñanzas, las cuales, desde hace ya un buen tiempo, han rendido innumerables frutos en sus discípulos.

En esta ocasión pretendo abarcar un campo que, me parece, no se ha señalado hasta ahora dentro de los aportes que se han destacado del maestro Piña; me refiero al patrimonio arqueológico y a los parámetros que encontramos en la obra del maestro para entender, preservar y difundir este vasto patrimonio en nuestro país.

La calidad científica académica y docente

El maestro Piña, sin duda, tiene una marcada influencia y orientación de grandes intelectuales de la antropología, en lo que se llamaría la época de oro. Entre sus maestros destacan Rubín de la Borbolla, de quien recibió los primeros conocimientos de antropología física; José Erosa y Raúl Pavón, reconocidos maestros de la arqueología aplicada; el maestro Juan Bazán, destacado reconstructor en el campo de la arqueología; el maestro

Eduardo Noguera, de quien recibió conocimientos acerca de cerámica, y los métodos de la tipología y la estratigrafía; el maestro Salvador Mateos Higuera, un gran especialista en el manejo de las fuentes documentales de la historia antigua de México; también, encontramos a los maestros Maldonado Koerdel, Pablo Martínez del Río, Ignacio Bernal, Ignacio Marquina, Carlos Margain y Miguel Covarrubias. Fue de este último de quien recibió gran influencia en lo que respecta al conocimiento de lo olmeca y en la caracterización de Tlatilco y, finalmente, resulta fundamental la influencia teórica que recibe del maestro Alfonso Caso.¹



Archivo Beatriz Barba. Los matlazincas del Estado de México lo sahúman, le imponen el bastón de mando y lo reconocen como Señor. Atrás el Dr. Daniel F. Rubín de la Borbolla y una Autoridad de Gobierno. 1985

Con estos "modestos" cimientos, el maestro Piña inicia su brillante carrera profesional y producción intelectual que nos ha llevado a conocer una buena parte del México antiguo a través de un instrumento hermenéutico aplicado a la arqueología que consiste en conjuntar e interpretar el estudio de las fuentes etnohistóricas primarias, la iconografía, la cerámica, etcétera. De igual manera, resulta fundamental el enfoque sociohistórico que le dio a la arqueología por él desarrollada; ejemplo de ello es el estudio que lleva a cabo acerca del mito y la religión, para luego aplicarlos a las investigaciones arqueológicas.²

Sería francamente imposible en este pequeño espacio hacer mención de la gran cantidad de aportes del Maestro Piña, en la perspectiva académica que nos llevan a valorar nuestro patrimonio arqueológico en la actualidad. Creo que los datos antes presentados son muestra, en primer término, de una formación sólida y de una valoración indiscutible de la cultura indígena, base fundamental de lo que ahora reconocemos como nación mexicana. El trabajo académico del maestro Piña, muestra que uno de los elementos indiscutibles para la preservación del patrimonio cultural arqueológico es el rigor científico, el trabajo académico y dos canales indispensables para su transmisión: la docencia y los museos. Estos dos elementos están también presentes en la vida de uno de los más grandes arqueólogos que vio nacer Campeche y que ha dado México. Son prueba palpable de ello las innumerables generaciones de alumnos que tuvo no sólo en la Escuela Nacional de Antropología, sino también en las universidades de Yucatán, Iberoamericana, de San Luis Potosí, del Estado de México, Nacional Autónoma de México, en el México City College y en la Southern Illinois University, entre otras. En cuanto a su trabajo en los museos des-

tacan diversas guías: la Sala de la Cultura Maya, de las Culturas de Oaxaca, de la Cultura Huasteca y la Sala de Mesoamérica, del Museo Nacional de Antropología.³

La orientación colegiada profesional

El maestro Piña formó parte de un destacadísimo grupo de antropólogos que entendió la importancia de la defensa de la profesión antropológica en México, logrando que se reconociera a los antropólogos como científicos sociales y superando así la calidad de técnicos como durante mucho tiempo se les consideró. De igual manera, estos especialistas entendieron que había que desarro-



Archivo Beatriz Barba. Zona arqueológica de Xochicalco. 1968.

llar un trabajo colegiado para la defensa del patrimonio cultural creando un órgano con personalidad jurídica capaz de incidir en las actividades de las autoridades. Entendieron también, que, una vez diversificada la ciencia antropológica, había que respetar y tomar en cuenta la pluralidad científica y la diversidad institucional, cuidando, fundamentalmente, que las decisiones tomadas de manera colegiada recogieran la aprobación de todo el conjunto y, sobretudo, fueran libres de presiones o influencias del poder y tuvieran como base argumentos científicos y un marcado espíritu nacionalista. Este fue el trayecto de la Asociación de Antropólogos Profesionales que se fundó en octubre de 1955 y de la que el maestro Piña fue presidente en la tercera mesa directiva, en 1968, formando parte de la misma Santiago Genovés, Eduardo Matos, Margarita Nolasco y Amalia Cardós. Esta mesa directiva condujo los destinos de la Asociación durante el conflicto estudiantil y magisterial de 1968.

Es preciso recordar que esta Asociación de Antropólogos Profesionales, a finales de los años 50, tuvo entre otros logros el reconocimiento de la personalidad jurídica de la ENAH como institución educativa de la SEP, encargada de impartir las carreras de antropología en todas sus especialidades y la de historia en todos sus grados.⁴ Dicho logro se llevó a cabo aprovechando la huelga estudiantil de 1956, en donde participaron, activamente, estudiantes y profesores de la ENAH. Finalmente, otro de los logros de esta Asociación, en aquel contexto, fue el que se reconocieran las carreras profesionales de la antropología registrándose los respectivos títulos profesionales en la Dirección General de Profesiones y, en consecuencia, la expedición de Cédulas Profesionales.

Más tarde, al convertirse la Asociación de Antropólogos en Colegio Mexicano de Antropólogos, el Maestro Piña, formó parte de la tercera mesa directiva en 1982, a lado del maestro Julio César Olivé, la maestra Beatriz Barba, los maestros Luis Berruecos, Roberto Cervantes, Agripina Díaz, Zaid Lagunas, Beatriz Braniff, Fernando Cámara Barabachano, Carlos García Mora y Evangelina Arana.

Es preciso decir que aquel grupo destacado de antropólogos consideró como uno de sus ejes principales de trabajo la defensa del patrimonio arqueológico por el que tanto habían luchado y dedicado esfuerzos, en tanto que éste constituía una herencia del pasado, funda-

realidad, lo que permite vislumbrar la dimensión aplicada de nuestra ciencia tal, y como pretendió don Manuel Gamio. Creo que estas cualidades estuvieron presentes en el maestro Piña, quien a pesar de las adversidades, participó en foros académicos y de denuncia en contra del uso arbitrario del patrimonio arqueológico. El acontecimiento más cercano fue el referente a la iniciativa de ley presentada por un senador panista en 1999, en donde el maestro Piña, defendió el patrimonio arqueológico de aquella visión mercantilista, al INAH como institución académica responsable de preservarlo e investigarlo y el carácter de propiedad nacional de aquel patrimonio.



Archivo Beatriz Barba. 1953-1955.

mental para comprender el presente de nuestros pueblos. En tal sentido recurrieron siempre a la denuncia, la protesta y, a partir de ello, a realizar aportaciones académicas con una visión de conjunto del patrimonio cultural y, fundamentalmente, hacia el futuro, a través de la integración de comisiones serias que acudían al lugar del problema, reuniendo la información para luego emitir el dictamen correspondiente. Este fue el caso del problema originado con motivo de las actividades del Instituto Lingüístico de Verano en 1941, y de la denuncia presentada por arquitectos del estado de Oaxaca, a finales de los años setenta, en la que manifestaban la afectación del Edificio "J" del Conjunto de Monte Albán. En dicho problema, el maestro Piña participó como encargado de la comisión que dictaminaría al respecto, lo que tuvo como resultado un foro académico sobre conservación del patrimonio cultural.

Es probable que aquella etapa nos indique que en las condiciones actuales, dada la hiperpluralidad de la antropología y la diversidad institucional, estemos ante el desafío de lograr trabajos intercolegiados o multicolegiados con el claro objetivo de reimpulsar el status de nuestra ciencia y lograr una mejor investigación, preservación, difusión y uso social de nuestro patrimonio.

Conciencia de la realidad y posición política
En mi concepto, uno de los desafíos que se le presentan al antropólogo como científico social es que, a pesar de ser especialista de una de las ramas de dicha ciencia, debe tener una visión global de la problemática de la

Pero el maestro Piña siguió siendo constante en sus participaciones en eventos académicos, un maestro incansable, preocupado por la atención a sus alumnos a los que siempre exigió entrega y disciplina.

Hay pues en la obra del maestro Piña, estos tres elementos para un trabajo académico más sólido encaminado a la investigación, preservación y difusión de nuestro patrimonio cultural. Tales elementos nos hacen hoy reflexionar sobre nuestra formación, tomar conciencia de la necesidad de rescatar el trabajo colegiado serio y responsable -desde luego, sin perder de vista la pluralidad y diversidad- llevando a cabo sólidas investigaciones y, sobre todo, atendiendo a quien nos debemos que es la sociedad en la que trabajamos, y, finalmente, a no perder de vista la realidad global ya que esto nos permitirá ubicar, claramente, la problemática que debemos o queremos atender. Creo que estos elementos fueron fundamentales para aquella generación de la que el maestro Piña formó parte. QPD.

¹ Cf. OLIVÉ NEGRETE, Julio. *Vida y Obra de Román Piña Chán*, en *Homenaje a Román Piña Chán*, UNAM, 1987.

² Cf. DURÁN Leonel. *Reconocimiento a Román Piña Chán*, en *Homenaje a Román Piña Chán*, UNAM, 1987.

³ GARCIA MOLL Roberto y GARCIA COOK, Ángel. *A Román Piña Chán*, en *Homenaje a Román Piña Chán*, INAH, 1989.

⁴ Ver. MEDINA H. Andrés y COTTOM, Boly. Editores, *Boletín del Colegio Mexicano de Antropólogos*, N°3.



Barba. En China, en el camino de las esculturas Tang de la provincia de Xian.

Epílogo

Epístola en versos rípicos y muy forzados frente a una maqueta de las fortificaciones de Campeche en el Museo de Armas, firmada por el estudiante de secundaria Román Piña Chán.

CARLOS NAVARRETE

Pues bien, Román, aquí nos tienes
dándote este homenaje y parabienes,
la cuesta ya ascendida, calmo el viento,
el pasado es futuro en movimiento.

Para hablar de tu vida me sustentó
en papeles, palabras sin descuento;
traigo fechas, noticias, memoriales,
como jútase el trigo en los eriales.
Y al seguir línea a línea tus escritos,
abundantes en juicios tan estrictos,
fue cosa de pensar que una semblanza
no es sólo colar una balanza,
pues pesan en la vida también los sinsabores,
el olvido y la envidia que engendran los rencores.
Porque extraño es, doctor, y muy extraño,
que nuestra profesión nos dé placer y daño
al no aprender, en esta cuerda floja,
que será lo que alegra y lo que enoja.
Mas como esto no importa, sin tardanza
volvamos atrás, a la esperanza.

Podría ser así la biografía
siguiéndote los pasos, día a día:
1920, "los alegres años",
nace Román, comienzan los regañíos
cuando extramuros vaga en correrías,
lanza piedras e inventa picardías.

(Películas aquellas, tan del barrio,
con Frank Buck y Tarzán y el dinosaurio).

Y de año en año en calles campechanas
mientras estudia y sigue a las galanas,
ronda y observa aquel adolescente
enfrentado al destino, ya impaciente.

¿Cuándo la arqueología, en qué momento
la sed de los "misterios" en aumento?
Fue el Alux de tu infancia el consejero
y el Baatab de la vida el derrotero.

Tiempos muy del ayer, en los que Caso
se hizo Tlatoani y nunca fue al acaso,
y con gran señorío y mano dura
el INAH organizó... y aún perdura.

Y en la ENAH al igual, pedagogía digna:
el devenir de los aztecas la consigna.

Tiempos también en que la historia nuestra
de gentes y batallas era muestra:
se blandía el macahuitl con premura,
mil fechas y sucesos, la locura.
Yo recuerdo que hacías, comedido,
la broma de aquel mundo sin sentido:
*Estos pueblos gustosos de pelea
que deleitosos se arrancan la zalea,
mientras hace las cuentas con sigilo,
-tinterillo de antaño- el gran flacullo.
Unos se matan por llegar al viento
y de carne de dioses son aliento,
lucen heridas, muestránse los pechos
y hacen de su dolor rosas y lechos.*

Te lo contó un hechicero allá en Cacaxtla,
de hecho tan crueles que ni el propio Maxtla
que a las aves lanzaba corazones
y el cuerpo a los jaguares, en jirones.
Así dice, dialéctica, la historia,
que de cosas, muy fieras es la gloria,
pues cuentan los arqueólogos marxistas
y otros al menos no positivistas,
que la costumbre del cuerpo destripado
es cosa del origen del estado.

Después triunfaron las tipologías,
baila bailando las cronologías,
los rasgos por acá, y muy mutantes,
hipótesis llamadas operantes.

Fue tu puente la "Escuela Mexicana"
con maestros de ciencia soberana:
en Noguera y los tiestos el relato,
muy Covarrubias y Borbolla un rato.
Y de Marquina más que ciencia fría,
honradez y humildad como una guía.
Gamio en la espalda, Teotihuacan la base,
Tenayuca y Reygadas aunque el tiempo pase.
Palacios y Fernández, cien por ciento:
tantos caminos que ni dedos cuento.
Buena esencia de estirpe cardenista
con ideal de nación que siempre exista.

De esas sombras venimos, nos transmiten
las dudas germinadas y que insisten:
si seremos acaso tan perfectos
que de un soplo expliquemos los objetos.
El microlito, el tepalcate, la obsidiana



Archivo Beatriz Barba. 1953-1955.

¿son artefactos si me da la gana?
 La basura que encuentro, peso y mido
 ¿no será mi inconsciente redimido?
 Y los templos que invado y determino
 ¿no será mi inconsciente redimido?
 De una lasca un esclavo, de un pedruzco una ruta,
 con un simple mordisco describimos la fruta;
 y forjamos gigantes de un mito que no es,
 incapaces, sin fuerzas, de romper una nuez.
 Si un cacharro es comercio por pura analogía
 ¿no es acaso en embuste hacer ideología
 del eterno accidente de romperse una olla
 y de un hueso pelado el ritual que desolla?
 "De una cuerda de viola saco mil sinfonías,
 ilusiono instrumentos y escucho fantasías,
 un músico de atrío así lo propondría
 sin aburridas cuentas de metodología.

Fuera entender que el sol que nos alumbra
 caliente igual al hombre de la tundra
 y al campesino catalán empecinado
 y en el delfín que salta es fuego alado;
 a los hombres de ahora con celebridad
 y a los que en una cueva plantaron su heredad.

(Berlín soñó otra historia al encontrarse
 con que el cero es la suma de olvidarse).

De eso hablaste una vez al despuntar el día,
 de una ciencia así de tan sencilla.
 Lo platicamos una noche entera,
 el frío y el licor junto a una hoguera.
 Hablamos que no es fácil sostenerse,
 de día grises para arrepentirse,
 el hotel pestilente, el suelo duro
 y ese "ser o no ser" tan inseguro.
 De las ausencias y las soledades,
 diarios fantasmas, pobres caridades,
 pues quedamos sin máscara y no oír nuestro nombre
 es querer ser insecto cuando apenas se es hombre.
 Cuando al atardecer de ocultos campamentos
 en la muerte del sol hay dos lamentos.

Hacer la exploración más convincente:
 las calas conquie exploro en tu mente.
 Esas son tus palabras y es tu calma:
 que en cada búsqueda esté presente el alma,
 y que en la maravilla de cualquier encuentro
 sentir que todo aquello lo llevamos por dentro,

que al descubrirse un jarro se muestre la alfarera
 y la pasión del hombre que da su calavera,
 En la forma del barro toda el agua del cielo,
 los labios, la conversa, la gratitud, el duelo.

Pero, qué digo ya, Román, es desatino,
 estoy loco si creo que es destino
 del incierto discurso de nuestra arqueología
 reconstruir de unos restos la alegría.
 Mejor lo platicamos otra tarde,
 cerveza en tarro mientras la costa arde
 o entre las nieblas de la sierra fría
 tundirle al aguardiente hasta otro día.
 Convocar al Cacho, la Sigüamonta,
 y al Cadejo que en cerdas se levanta.
 La estirpe es vieja, entiendes el llamado,
 el mundo va a volver a ser formado.
 Tu recobraste en Jaina a los abuelos,
 viste al pizote hablar, de tzots sus vuelos,
 y pusiste la ofrenda en la mañana
 frente a la torre de esa gente extraña.

Nos llevas gran distancia recorrida,
 obstinado Román, tiene prendida
 la rosa de los vientos en tu naturaleza;
 lo lograste, sentimos su tibieza.

Qué más decir, si es todo lo que traigo:
 unas torpes palabras sin arraigo.
 (Guatemalteco al fin, últimamente
 sólo un puño de tierra hay en mi mente).
 Mejor robo una frase y otros datos:
 "Te graduaste de hombre", dijo Matos;
 y sin título, pues es tu reciedumbre
 más que diploma, retrato de la lumbre.

Aquí están los amigos, la mano sin problemas,
 la sonrisa presente de las rosas más llenas.
 Hay mucho gusto en verte en este espacio.
 Un favor: no nos dejes atrás, vea más despacio.

A sugerencia del autor, este texto se retoma del libro: *Homenaje a Román Piña Chán*, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Serie Antropológica 79, IIA, UNAM, 1987, pp.23-27.

Román Piña Chán

ALBERTO TOVALÍN AHUMADA



Fotografía: Alberto Tovalín Ahumada.



Fotografía: Alberto Tovalín Ahumada.

Román Piña Chán: hombre y maestro

EDUARDO MATOS MOCTEZUMA



Archivo Beatriz Barba. Dr. Román Piña Chán con Hugo Mohedano

16 de mayo, 2001

Me dirijo a la ciudad de Morelia en donde voy a dar un cursillo sobre "Historia de la arqueología en México" en la Universidad de San Nicolás de Hidalgo. He dividido mis intervenciones en tres partes: en la primera hablaré sobre la búsqueda del pasado por los grupos prehispánicos hasta el siglo XVI, en que cronistas, soldados, frailes, los de origen indígena y los civiles se interesan en el pasado de estos pueblos. La segunda parte iniciará en el siglo XVII con la presencia de Sigüenza hasta la enorme importancia del siglo XVIII, para culminar con la última exposición dedicada al siglo XX con la presencia de tantos y tantos arqueólogos a quienes mucho debe nuestra arqueología.

Destacada presencia será la de Román Piña Chán. La cercana muerte del Maestro me lleva a evocar, hace más de cuarenta años, mi primer experiencia de campo como alumno de la ENAH y como personal del INAH, al que acababa de ingresar, en febrero de 1960, después de hablar con el Dr. Eusebio Dávalos, director de la Institución. Piña Chán era, por entonces, Jefe del Departamento de Monumentos Prehispánicos y a esta dependencia fui asignado. Recuerdo que Román me encargó que sacara fichas bibliográficas que yo, periódicamente, le entregaba.

Un día me llamó a su oficina y me dijo: «Prepárate. Vas a venir a Comalcalco en mayo».

Me quedé perplejo. Era mi primer salida al campo y bajo las órdenes de Piña Chán. Ante la amable parquedad del Maestro me puse a buscar datos de Comalcalco, ciudad maya del Clásico, ubicada en la parte más occidental de la región maya en el actual Estado de Tabasco. No sabía si el INAH me daría viáticos, por lo que pedí prestado dinero por cualquier eventualidad.

Mayo de 1960

El grupo de arqueólogos llegó a Comalcalco. Lo encabezaba Román Piña Chán y formábamos parte del mismo el *Gordo* Héctor Gálvez, Víctor Segovia, Angelina Macías, Marcia Castro Leal y Jordi Gussynier. Estos dos últimos, iban como alumnos pasantes para cubrir sus prácticas de campo escolares. Como chofer nos acompañaba el incomparable Noé Valladares. En el sitio, ya se encontraba Agustín Delgado, quien el primer día que fuimos a la zona arqueológica nos recibió con una gran noticia: había encontrado una cabeza de estuco de incomparable belleza, que hoy puede verse en el Museo Nacional de Antropología.

El trabajo comenzó de inmediato. El Maestro Piña fue asignando a cada quien sus labores. Me llevó a unos cuartos del Palacio y me pidió que los desyerbara perfectamente. Siendo mi primera intervención en campo, prudentemente, me puso a hacer algo sencillo que no implicara peligro alguno. El calor era sofocante. Llegó hasta 40 grados a la sombra. En los momentos de mayor intensidad, después de parar el trabajo a las 11:00 hrs. para un descanso y tomar posol, me metí en una tumba que, en sus paredes, presentaba a nueve personajes identificados. Según lo que me dijo Piña, se trata de los nueve señores de la noche. Previamente, mojé mi pallacate, me metí en la tumba y, me lo echaba sobre la cara para refrescarme. Se secaba en un minuto.

Los días pasaban y mi admiración por Piña iba en aumento. Era impresionante verlo, a las 6:45 de la mañana, vestido, impecablemente, con su camisa blanca, esperándonos para salir hacia la zona. Recuerdo que una noche se le ocurrió al *Gordo* Gálvez y a Víctor Segovia que fuéramos a unos congaes en los que había música y "personal de baile". Llegamos

al lugar y pedimos una botella de ron *Castillo*. Cuando nos fuimos, Gálvez, con ayuda mía, arrancó la puerta del local para que la llevásemos cargando un buen trecho por las calles de la población de Comalcalco. Amanecer nos fuimos a acostar y recuerdo que, al día siguiente, nos despertó Segovia muy temprano diciendo:

-¡Apúrenle! Ya Pay está esperando en la zona...

Me quedé sorprendido. Pensé que ese día el trabajo empezaría mucho más tarde. Pero el Maestro Piña, que se había dormido una hora antes al igual que nosotros, ya estaba trabajando en el campo...

Aquellos quince días fueron inolvidables. Las dos crujiás que me encomendaron quedaron relucientes. Pese a mi temor por las arañas, logré hacer un buen trabajo. El Maestro pasaba, diariamente, para supervisar las labores. A cualquier pregunta que le hacía, me respondía con palabras sencillas y me estimulaba. Segovia me ayudó mucho siempre con humorismo y el Gordo Gálvez también, siempre con su tono fanfarrón de macho de Jalisco, aunque en el fondo era un buen tipo. A Angelina Macías, que tenía conocimientos de arquitectura, la puso Piña a trabajar las alfardas del Templo de los Mascarones, haciendo reconstrucciones que el mismo Le Corbusier hubiera envidiado. Marcia y Jordi trabajaban en la parte posterior del Palacio. Por cierto, Gussyner, creyente fervoroso, se levantaba los domingos, sigilosamente, para ir a misa de 6:00 de la mañana para que nadie lo notara, pues Gálvez era un comecuras implacable y yo me iniciaba en ese tipo de antropofagia. Pero todo fue en balde y tuvo que soportar las terribles burlas.

Al regreso a la ciudad de México, Piña nos solicitó el informe correspondiente. Por ahí debe existir el mío, es de aquellos de los que uno no quisiera acordarse, como dice Carlos Navarrete, quien por cierto había trabajado en Comalcalco años atrás.

Septiembre de 1994

Reunión del Jurado para designar al Premio Nacional en la Rama de Historia, Ciencias Sociales y Filosofía. Hay más de 20 aspirantes de los que, fácilmente, des-

cartamos a la mitad por no tener el menor mérito académico. Los restantes son investigadores que poseen calificaciones relevantes dentro de sus campos de investigación. Después de dos horas de discusiones, llegan a la recta final dos excandidatos. Uno de ellos es Román Piña Chán; el otro, un distinguido filósofo y poeta. Los argumentos a favor de ambos son de lo más elogiosos: los dos han formado investigadores; ambos son maestros destacados; han publicado abundantemente sus estudios, etcétera... Sin embargo, se ha instruido al jurado para que, de preferencia, elija a un solo ganador. De inmediato, pienso en un argumento convincente que incline la balanza hacia Piña Chán. Después de meditar un momento, expuse, más o menos, lo siguiente:

-Señores, son evidentes las razones que llevan a los dos finalistas hasta este punto, pero deseo expresar algo en favor de Román Piña Chán. Creo que un hombre que supera el infortunio y la adversidad como él lo ha hecho, que continúa dando clases y escribiendo libros, es un ejemplo encomiable para las futuras generaciones. No sólo se enseña en las aulas, sino también con el ejemplo. En esto, Román Piña Chán, también es maestro y mi voto se inclina por él.

La secretaria del Jurado, brillante historiadora de El Colegio de México, secundó mis palabras. Se procedió a la votación y Piña Chán fue elegido, por unanimidad, Premio Nacional en la rama de Historia, Ciencias Sociales y Filosofía.

Me dirigía a la casa del Maestro. Quería ser yo quien le diera la noticia a él y a Beatriz. Piña estaba en su cama. Les comuniqué, indebidamente, la decisión a la que se había llegado, pues esto correspondía hacerlo al Presidente del Jurado. El Maestro estaba feliz y una pequeña lágrima salió de sus ojos...

Morelia, 16 de mayo, 2001

Hoy empecé el curso sobre "Historia de la Arqueología en México". Mis primeras palabras fueron para dedicarlo al Maestro Román Piña Chán...



Archivo Beatriz Barba. Dando clases de cerámica en Cuahuacán. 1950.

Román Piña Chán

ELSA HERNÁNDEZ PONS • CATALINA NAVARRETE H.

Conocer a Román Piña Chán fue, casi de inmediato, sinónimo de afecto, reconocimiento, erudición, experiencia y amistad.

Como arqueólogo creo que siempre supo lo que quería lograr. Su larga experiencia y disposición le permitieron conocer muchos sitios arqueológicos y trabajar en casi todo el territorio mexicano. Sin embargo, como buen campechano, sus intereses profesionales se encaminaron al área maya, donde dejó una huella trascendental. Más que hablar de su obra, la cual es muy vasta, sólo quiero expresar mi gran afecto a Beatriz y Román.

Fue siempre cálido, amable y prodigaba una amplia sonrisa a extraños y conocidos. Excelente anfitrión, las reuniones en su casa con motivo de su cumpleaños se hicieron una alegría y toda una tradición. En 1993, llegamos con nuestra pequeña hija Catalina, quien no conocía a Román Piña Chán. Al verlo con su gran sonrisa enmarcada por su bigote, fue tan agradable para ella que, al cabo de un rato, la niña de tres años ya estaba sentada con él, conduciendo su silla de ruedas y departiendo entre los invitados. Catalina vio en él un amigo para siempre.

Como colega lo conocí muy poco, ya que no tuve la fortuna de trabajar con él, pero fue un excelente maestro de Mesoamérica I. Puntual en su clase, nos llenaba de transparencias para ilustrar su presentación, además de lo ameno de su plática, cargada de conocimiento y experiencias. Su gusto por enseñar a las nuevas generaciones de arqueólogos no decayó aún después del terrible accidente que sufrió, ya que trasladó el aula a su casa, donde daba sus clases con el mismo entusiasmo y entrega. Maestro Piña: gracias por su ejemplo.



• La foto que acompaña este escrito fue tomada por Catalina Navarrete en 1999.

Carta al Maestro Román Piña Chán

ERNESTO VARGAS PACHECO



Detalle y Fotografía. Archivo Beatriz Barba. 1953-1955.

Doctor Román Piña Chán.

MAESTRO.

Hasta siempre.

Hoy, 15 de mayo de 2001, día del maestro, quiero agradecerle y recordarle algunas cosas, de las muchas, que aprendí a su lado en el campo. Tal vez, no soy el arqueólogo que usted pretendió formar; sin embargo, me tocó, por suerte, vivir y aprender algo de la arqueología mesoamericana con usted. Nos exigió ser buenos técnicos en topografía, en dibujo, excavación, análisis de cerámica, en fotografía, análisis estadístico, uso de la fotografía aérea, reconocimiento de superficie, etc. Pero todo ello, no como una finalidad, sino como un medio para entender la cultura. No se conformaba con que uno cumpliera con lo más elemental de la arqueología, sino que exigía más y más, y siempre estaba dispuesto a dar mayor información.

Doctor, en maya existen dos palabras que bien lo pueden definir a usted como maestro: *ah kanxok* (el que sabe contar, enseñar) y *ah kanse* (el que hace aprender). Creo que usted nos enseñó a muchos e hizo que muchos de nosotros aprendiéramos. Usted fundó una escuela de arqueología en el campo, en donde no solamente aprendimos técnicas de excavación, sino también a interpretar los datos que se obtenían de ella, asunto que no se enseña en una aula de clase.

¿Recuerda cuando nos invitó a un grupo de estudiantes a Teofenango? Usted nos dijo: "Está bien muchachos. Yo salgo el sábado a las 8 de la mañana de tal lugar, y nos vamos esté quien esté". En esa visita fueron varios arqueólogos y antropólogos físicos. Dio una explicación de las exploraciones y cuando llegó con los peones y albañiles, me dijo: "Véngase para acá, para que vea cómo es la arqueología; vamos a trabajar esta plaza que tiene un altar en la parte central, los muros están en forma de talud, aquí, en este lado, pueden ver las escalinatas y las alfardas, pero aquí hay un remetimiento de donde sale otro muro que forma una estructura diferente". A mí toda la explicación me pareció increíble, pues lo que veía era sólo piedras amontonadas. Pasaron meses para que viera lo que nos había expli-



Archivo Beatriz Barba. En el Valle de Guadalupe con Beatriz Barba, 1980.

cado aquella mañana, enseñanza que todavía perdura, y la pongo en práctica cuando inicio una exploración.

Sacando algunos recuerdos de mis notas de campo, quiero hacer algunas remembranzas de aquellos años vividos en el campo. ¿Cuántos de nosotros, como estudiantes, hicimos exploraciones mal hechas? ¿Cuántas ofrendas vimos, posteriormente, mal excavadas? ¿Cuántos pozos estratigráficos revueltos por el desconocimiento arqueológico? Pero cuando esos errores eran por desconocimiento y falta de experiencia, no por descuido, usted nos explicaba allí mismo, en el campo, dibujando en la tierra, cómo se hacían las cosas y nos decía que eso, posiblemente, nunca lo olvidaríamos y que ese error nunca más lo volveríamos a cometer. Allí aprendimos más que en muchas clases, pues sus enseñanzas eran verdaderos laboratorios.

Me llevaba meses entender lo que nos enseñaba, pues lo decía tan fácilmente que parecía como si todo lo estuviera viendo, aunque no era así. ¿Y qué decir de la cerámica? No quiero recordarle aquel pozo estratigráfico, el primero que hice y el primero que analicé, porque vergüenza me da, pero qué lección la que me dio. Creo haber aprendido algo de la cerámica de Mesoamérica y, desde ese momento, entendí muchas cosas que todavía pongo en práctica. ¡Esas son lecciones! Oír hablar a Don Eduardo Noguera y a usted sobre el Coyotlatelco, para mí fue una de las primeras lecciones que tuve. ¡Qué Maestros!

Los proyectos no sólo eran de arqueología, eran proyectos integrales en donde se trabajaba con arqueólogos, etnólogos, antropólogos físicos, lingüistas, médicos, etcétera. Además, se preocupaba por que nos integráramos con la comunidad para aprender y ser útiles en algunos aspectos. Pocos son los que verdaderamente tienen esa visión, pues lo máximo que hacemos, a veces, es dar una plática o tomarnos una cerveza con los trabajadores para sentirnos "muy buena onda". Los que tuvimos la oportunidad de trabajar con usted, creo que aprendimos la lección.

Los viernes sociales ¡Qué viernes! Eran auténticas clases, desde que salíamos del trabajo hasta el

sábado. Usted nos contaba de su vida, de las exploraciones, de la arqueología y de los arqueólogos, de los proyectos futuros y de otros muchos lugares en donde le gustaría trabajar. Fue en alguno de esos viernes cuando al hablar, por primera vez, de El Tigre, Campeche. Invitó a todos los compañeros a trabajar allí; a mí, no porque mis planes eran otros... Lo que es la vida. Doctor, de todos los compañeros, fui yo el único que, finalmente, trabajó en ese lugar. ¿Quién lo iba a pensar en aquel entonces?. Pero no todos los viernes era lo mismo, pues algunos fueron más divertidos. Para recordarlos, necesitaríamos otras muchas tardes y noches frente a una botella pues convivimos, agradablemente, en realidad, saca-

mos a relucir muchos problemas, pero también, allí, se resolvieron muchos.

Fui a Teotenango por un mes y me quedé tres años; conocí a muchos compañeros y amigos; escribí con su ayuda el trabajo sobre la cerámica del lugar y, posteriormente, la tesis de licenciatura; aprendí a excavar con la lógica prehispánica, no con la lógica y técnica occidental. ¿Se acuerda, por ejemplo, de aquella ocasión cuando yo estaba excavando un sitio del Valle de Toluca en donde, después de ocho días, sólo había obtenido unos cuantos tepalcates y llegué a decirle que ese lugar, posiblemente, no era un sitio arqueológico? Usted sólo me dijo: "El sábado nos vemos". Llegó y me preguntó por qué había trazado los pozos en esos lugares, yo le di una explicación amplia y dízque muy científica, pues en esa ocasión yo estaba llevando técnicas de excavación. Sólo vio el lugar y dijo: "¡Qué bárbaro! Cómo serás... A ver ¿dónde tiraban la basura los de este lugar? A ver ¿dónde enterraban a sus muertos? A ver ¿dónde crees que puedes encontrar una buena estratigrafía?" "Ni idea", le contesté. "Pues, mira, aquí puedes encontrar la estratigrafía de este lugar, en este otro están los entierros..." y con el pie trazó un cuadro. Luego, llamó a unos señores y les dijo que empezaran a trabajar. De allí salieron entierros, vasijas y figurillas, que ahora están expuestos en los museos. Yo, inmedia-



Archivo Beatriz Barba. En el Valle de Guadalupe en Jalisco con autoridades municipales y científicos. Cerca de él, el Lic. Jorge Romo Barba y el Dr. José Barba Rubio. 1980.

tamente, lo que hice fue trazar una cala y me dijo: "Desgraciadamente, lo único que les enseñan es a cuadricular su mente cada día más". Con esto, no quiero decir que no se aplicaran las técnicas de excavación, sino que era usted muy exigente al respecto pues los informes tenían que tener el levantamiento topográfico, los dibujos de las calas, pozos y la estratigrafía de los mismos. En más de alguna ocasión hablé con usted después de haber leído trabajos sobre técnicas, y siempre los conocía, lo cual me sorprendía y su conclusión era: "Acuérdate de que esos son sólo un medio, no la finalidad de la arqueología". Creo que esa es la diferencia entre unos arqueólogos y otros, pues muchos se quedan allí y es lo más fácil.

Años después, en 1984, me invitó a participar en el Proyecto Arqueológico de El Tigre; en la ENAH, rodeado de muchachas y muchachos, me dijo apenas me vio: "Oye, Ernesto, quiero que te vayas al Tigre, ya lo conoces, te veo el miércoles a las 11 a.m. frente a la Catedral de Campeche". "Doctor, perdone, pero fíjese que yo tengo que avisar y pedir permiso para irme al campo". "Bueno ¿vas o no vas?" "No, pues claro que sí", le contesté. "Bueno, pues yo voy a estar tal día en Campeche, allí frente a la Catedral te espero". El día indicado llegué al parque, y allí sentado estaba usted, con una bolsa de pan. Sólo me dijo: mira llévate esto para que coman y recoge un vehículo que está en tal lugar y vete al Tigre, pues allá están varios muchachos y gente de Oxkutzcab; llego dentro de unos cinco días, pues primero voy a Xpuhil y Becan. Allí nos vemos. Mientras tanto, ya sabes lo que tienes que hacer. (En pláticas anteriores me había dado indicaciones al respecto).

Pasaron los días y usted no llegaba. El dinero que me había puesto en la bolsa "para el pan" se agotaba. No supimos de su accidente hasta varios días después; mientras, se seguía con la construcción del campamento, del camino, con la limpieza de las Estructuras 1 y 2, tal como usted lo había planeado. Creo haber interpretado bien lo que usted quería, quiso. Desgraciadamente, las circunstancias fueron adversas.

Meses después, lo visité en el hospital en la ciudad de México y lo primero que me preguntó: "¿cómo va aquello? Y los muchachos ¿siguen yendo, llegan hasta allá? ¿se portan bien?. Ya ves Ernesto, seguramente, ya no podré caminar, pero sígueme tú y vas a ver qué interesante puede ser el lugar". Todavía, en esa ocasión, me volvió a hablar de Paxbolonachá, el último señor de Acalan, y de Cuauhtémoc. "Mira, por allí, donde te dije, deben estar enterrados. Vamos a hacer de El Tigre la Meca mexicana, a donde todo buen mexicano deba ir por lo menos una vez en su vida para ver al último señor de Tenochtitlan".

El proyecto, desgraciadamente, se suspendió en aquel entonces por diversas circunstancias que, seguramente, usted sabe y yo no se las voy a recordar ni comentar, porque no tiene caso. Sin embargo, hoy seguimos sus pasos, seguimos sus indicaciones y en gran medida el Proyecto Arqueológico de El Tigre es un reconocimiento a usted. Sé que algunas cosas que se han escrito sobre El Tigre no las comparte, pero otras muchas sí son de su parecer, y no sólo eso, sino que son el producto de las pláticas y discusiones sostenidas durante algún tiempo. Ya ve, Doctor, no han quedado en el vacío. Gracias, muchas gracias por sostener esas discusiones, por los comentarios a algunos de los escritos, por aceptarme las réplicas, casi como a un igual, en congresos, exámenes profesionales en donde he tenido el honor de participar con usted.

Dios *bo'otik* (gracias) por ser su alumno, por haber aprendido arqueología junto a usted, uno de los grandes arqueólogos mexicanos, y, en los últimos años, ser aceptado por usted como arqueólogo. Reciba mi respeto y admiración por siempre y quiero expresar un pensamiento de otro gran Señor, otro gran mexicano, al que admiro mucho como persona y gran investigador en otro campo muy diferente, el Dr. Rafael Ramos Galván: Mientras viva, hablaré.

Sin más por el momento, aprovecho la oportunidad para enviarle un cordial saludo. Hasta siempre.

Tepepan, D.F. 15 de mayo de 2001



Archivo Beatriz Barba. Sitio Schröder en Durango. 1956.



Archivo Beatriz Barba. De izquierda a derecha: Mario Vázquez, Román Piña Chán, Alfonso Cuevas y Antonio Pérez Elías en Culhuacán. 1955.

A Román Piña Chán

FRANCISCO RIVAS CASTRO

¡Cómo recuerdo tus palabras y tus manos explicándonos el origen del hombre americano, en aquella clase de escuela donde forjé mis primeros sueños de historia y pininos de arqueología! Fuiste fascinante. Con tu experiencia y sabiduría abriste brecha en mi camino e iluminaste mi destino.

Me tocó verte en tus homenajes en vida, contento y vital cuando en el INAH y en la UNAM te vistieron de honor por tu calidad humana y calidez de maestro, amigo y guía.

¿Cómo olvidar tus clases de Mesoamérica, donde develabas, con pizarra y tiza en mano, los misterios de los tepalcates, las piedras y su lenguaje? Aún te conservabas entero, con tu cuerpo y corazón completos. ¿Cómo olvidar esa calma con la que nos enseñabas, guardián-guerrero?

Hoy, después de tu partida, has renovado tu presencia, Don Román. Sí, te siento más presente que cuando estaba contigo frente a frente, hablando de Jaina o de tus trabajos de Tlatilco u Occidente.

Don Román, hoy quiero decirte que me uno para rendirte un sencillo homenaje, pero me faltan palabras para describirte, pues tu nobleza y calidez humana rebasaron todos los límites de la comprensión. Fuiste un guía y celebro la fortuna de haberte conocido en vida.

Recuerdo cuando nos deleitabas con tus piáticas donde esclarecías las dudas iconográficas más escabrosas, transformando esos diálogos en momentos sabrosos que enriquecías con innumerables anécdotas y experiencias.

¿Cómo olvidar el amor que tenías por los pequeños otomíes, a quienes retornaste su importancia cuando, en una alta reunión académica en Toluca, mencionaste que ellos habían construido Teotihuacán y que fueron los habitantes antiguos de Culcuilco?

Hoy quiero recordarte como cuando disipabas mis dudas al mostrarte un glifo difícil, pues tu me guiabas de la mano para aclarar mi ignorancia, abriéndome camino.

Don Román, fuiste y eres afortunado, pues en nuestra memoria aún sigues vivo. Te quiero recordar completo, en cuerpo y alma. Nacistes predestinado a develarnos los misterios de la muerte; hoy nos das de nuevo una lección de dignidad y constancia en la lucha. Aún en la adversidad, nos sigues enseñando.

No quiero pecar de imprudente, pues sólo soy una más entre las personas que tuvieron y tienen la fortuna de conocerte, que compartió contigo biblioteca, mesa y alimento de tu casa, con tu gran esposa, tus hijos y tus nietos.

Hoy quiero seguirte recordando con tus ojos profundos y brillantes, la energía vital que sentí por primera vez al saludarte, con tu risa espontánea como la de un niño que nunca tuvo que arrepentirse y que jugó y ganó en todo lo que emprendió en la vida.

Hoy más que nunca, tú sigues presente, en mi memoria.

México, D.F., Mayo de 2001



Archivo Beatriz Barba. Al centro Román Piña Chán, a su derecha: Fernando López y otras personalidades, a su izquierda: Gloria Artís, Julio César Olivé y Beatriz Barba, durante la ceremonia en la ENAH, cuando se da el nombre de Román Piña Chán al auditorio principal.

Cuando el mar llegaba hasta el pie de las fortificaciones

HUGO ANTONIO ARCINIEGA ÁVILA



Archivo Beatriz Barba.

El doctor Román Piña Chán tituló así una antigua fotografía que cierra su libro *Campeche durante el período Colonial*. La imagen en cuestión muestra, en una sucesión de planos, el lienzo de la muralla, la torre de la cárcel y, al fondo, el perfil de la parroquia; la ausencia de color en los patinados mampuestos incrementa la sensación de antigüedad; ninguna escala humana irrumpe en la anónima composición, todo allí es quietud, como si, súbitamente, el puerto hubiera quedado abandonado, permitiendo al autor evocar, en paz, los recuerdos de su infancia y adolescencia.

Me referiré, brevemente, a un texto que, en general, escapa de los recuentos bibliográficos que se han hecho sobre su vasta producción, a pesar de que en sus entrelíneas se hace más evidente el nexo indisoluble que existe entre San Francisco de Campeche y él. La obra fue editada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia en 1977, justo para conmemorar los doscientos años de la real cédula que elevaba, a la hasta entonces villa, al rango de ciudad. Carlos III, aquel monarca ilustrado que lo mismo expulsó a los jesuitas que apoyó la creación de la Academia de las Tres Nobles Artes, reconocía así los méritos que los hombres de mar habían alcanzado en su tenaz lucha contra corsarios, bucaneros y piratas.

El trabajo se ubica entre la aparición en las librerías de *Un modelo de evolución social y cultural del México Precolombino* (1976) y *Los almecas antiguos* (1982); aunque también podría verse como la secuela de *Campeche antes de la Conquista* (1970). A través de tres capítulos, el para entonces ya reconocido arqueólogo, debía explicar el complejo lapso de tiempo que transcurre entre la expedición de Hernández de Córdoba y la consumación de la Independencia. Piña Chán comenzó por adelantar su definición de campechanía:

"...el valor de sus gentes, el espíritu marinero, el amor a la cultura y, por sobre todo, la franqueza y lealtad que normaban la conducta de sus pobladores, hicieron que la fama de esta tierra y su apología se concretase en una palabra de resonancia universal: campechanía."¹

Desde el prólogo dio cuenta de las transformaciones que experimentaba el casco histórico, lejano por aquellos años de la denominación de patrimonio cultural de la humanidad, sobre todo, cuando el volumen del nuevo palacio de gobierno sobrepasó en altura los pasos de ronda de los baluartes:

"...las puertas vigilantes de Guadalupe, San Francisco, San Román y la del mar fueron derribadas; también corrieron la misma suerte las garitas y algunos lienzos de muralla; ya no tenían en verdad una función determinada, era otra época; pero debieron ser respetadas y conservadas por su alta categoría de símbolo, y no ser sacrificadas en aras de un relativo progreso (...) la iglesia de San José con su estilo churrigueresco, y otros antiguos edificios que contrastan con el nuevo Palacio de Gobierno y la Cámara de Diputados. En 'el centro', que ya no es el centro de la ciudad puesto que ésta se ha ido desplazando, están guardados los recuerdos, la tradición, el origen, su filiación y la esencia del espíritu campechano (...) y al salir por sus alrededores los limoneros y los jazmines figoneando tras los muros nos invitarán a penetrar a las huertas campechanas, para paladear las frutas de la tierra, los zapotes, los caimitos, el sarmullo, la guanábana, el marañón, las guayabas y muchas más."²

El primer capítulo está dedicado a describir los primeros encuentros que los soldados españoles sostuvieron con los pobladores mayas de *Ah Kin Pech*. A través de una



Una vista de Campeche cuando el mar llegaba hasta el pie de las fortificaciones.

selección de crónicas, el lector recorre mentalmente los acontecimientos que antecedieron a la fundación del surgidero y a la evangelización franciscana. En el segundo, llamado "Colonización y piratería", se ofrece un detallado recuento sobre las catastróficas incursiones de los enemigos de la Corona Española. Por sus páginas desfilan William Parker, Cornelius Hols "Pata de Palo", Diego "el Mulato", Jacobo Jackson, Henry Morgan, Mansvelt, Bartolomé "Portugués", Lauret Graff "Lorenchillo", y Juan David Nau "El Olonés". Se deja en claro que las primeras escaramuzas libradas entre los extenuados colonos y los extranjeros tenían lugar en el barrio de San Román, aquel que por quedar extramuros estaba y está bajo la protección de un Cristo Negro, de cuya ermita incluyó dos fotografías, como queriendo fijarla en la memoria.

En el último apartado, "Campeche a través de la Colonia", las vivencias personales adquieren volumen, en especial cuando describe la arquitectura civil privada:

"La naciente villa fue trazando sus manzanas a cuadros y sus calles perpendiculares como un 'tablero de damas', con sus callejas angostas y casas de mampostería, modestas al principio y más ricas después; casas que podían ser de un solo piso con amplia entrada o zaguán

y puerta ferrada con pesados cerrojos, el cual se unía a corredores que flanqueaban un patio embaldosado, a veces con arriates para plantas de ornato -jazmines, limoneros, bugambillas-, con habitaciones mirando al corredor y que podían tener otro patio posterior o huerta, pozo con brocal y cochera y caballeriza, según la economía del propietario. En algunas casas, había un tercer piso, consistente, generalmente, en un cuarto que servía de 'Mirador' (...) en algunas casas, los corredores tenían arcadas con cierto sabor morisco (...) las influencias hispanoárabes se veían en las ventanas enrejadas con barrotes de hierro forjado o de madera torneada, que tenían un umbral alfeizado como peldaño para sentarse; en los balcones historiados como encaje de hierro; en los 'miradores' que se antojaban minarettes (...) con el tiempo los corredores y habitaciones se pavimentaron con mármoles a cuadros negros y blancos, traídos por los veleros italianos como lastre cuando venían a cargar palo de tinte, lo mismo que ladrillo rojo y teja de Marsella (...) podían verse sillas mecedoras, sofá y sillas con asientos de rejilla, ya fueran de mimbre o paja o juncos, a veces traídas de Austria; rinconeras con tapas de mármol; arcones y asientos de piel; roperos con diseños barrocos y estantes de caoba y cedro; retratos al óleo de algún antecesor de la familia y cuadros religiosos..."³



Iglesia de San Román.

Desbordando el ámbito de lo tangible, sobre las diversiones públicas anotó:

* ...la fiesta del día de San Juan, en la que se visitaban las murallas de mar por las damas y señoritas que portaban vistosas sombrillas, la chiquillería se bañaba en el mar, los barcos lucían pabellones y gallardetes en los mástiles, mientras que los oficiales y marinos de los buques anclados atendían a los visitantes que llegaban en 'cayucos', ofreciéndoles refrescos, helados y manjares; así como la fiesta del Santo Cristo de San Román, la cual comenzaba con una 'alborada' o paseo nocturno del estandarte del gremio en turno que sufragaría los gastos del culto al siguiente día, acompañado de multitud de gente en medio de la cohetería o 'voladores', hachones y globos de papel multicolor; para que al día siguiente se celebrasen misas y procesiones, bailes y otras diversiones, en torno a la iglesia de San Román, pletórica de gente, lotería, fondas y cantinas.²⁴

A veinticuatro años de haberse publicado, este libro mantiene la vigencia que le confieren la recopilación de planos urbanos y arquitectónicos; las fotografías que dan cuenta de los no pocos cambios que ha tenido la estructura urbana del asentamiento portuario; la

transcripción de documentos provenientes del Archivo General de Indias y las referencias bibliográficas que guían al interesado. Tengo para mí que la pasión por el pasado ha despertado, en no pocos casos, en la cotidianidad de una ciudad de cepa novohispana, a la que se le quiere por ser el primer entorno en el que se aventura, más aun si se crece a la sombra de una muralla escuchando leyendas de piratas, luego, gracias a la formación profesional, ese sentimiento se intelectualiza pero nunca se pierde. Si la intención que reúne a generaciones tan diversas es recordar al hombre, al investigador y al docente, entonces la lectura de *Campeche durante el período Colonial* nos acercará a un Román Piña Chán que vivió, plenamente, su campechanía. Desde los muelles aquí descritos sólo me resta desearle: buen viaje, Maestro...

¹ Román Piña Chán. *Campeche durante el período Colonial*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1977, pp. 156.

² *Ibid.*, pp. 10-13.

³ *Ibid.*, pp. 128-134.

⁴ *Ibid.*, p. 149.



Para el recuerdo de Román Piña Chán

JAIME LITVAK KING • LORENA MIRAMBELL SILVA

La muerte del Dr. Piña Chán ha sido una tragedia para la arqueología mexicana. Lo que de él quedará en la historia de nuestra ciencia, su presencia como investigador y lo que contribuyó para el conocimiento de zonas y de materiales y para la sistematización de la definición de períodos, regiones y zonas, es tan grande que lo que él nos dotó, en el conocimiento sobre el México antiguo, es ya parte considerable del conocimiento general.

Lo que hizo Piña como arqueólogo empieza muy temprano en su carrera, seguramente, por la definición de su vocación. Su preparación como estudiante de la Escuela incluía, como para todos, la visita a sitios arqueológicos y su estudio, como práctica, en algunos de ellos. Piña visita Tlatilco, que está siendo excavado, y como consecuencia escribe varios trabajos sobre el sitio y sus materiales. En uno de ellos, presentado en un congreso en 1952, se refiere a la parte arqueológica del hallazgo, que trató Arturo Romano Pacheco estudiando los entierros. Seguramente, esta experiencia fue *parte del origen de su tesis, una visión muy sistemática de la secuencia y del significado de las culturas del Preclásico*. Un trabajo importante.

El trabajo de Piña lo llevó a occidente. Su trabajo incluyó revisar los materiales que excavó Eduardo Noguera en Chupicuaro y la exploración de Tingambato, un sitio con materiales teotihuacanos. El aporte de Piña condujo a completar la secuencia, vital para el conocimiento de la región y el conocimiento de las relaciones entre occidente y el Centro de México.

El trabajo de Piña lo llevó a toda la República. Su conocimiento de los sitios lo hizo uno de los hombres que más profundizó las zonas arqueológicas y sus materiales. Su presencia se nota en la bibliografía de los sitios arqueológicos y el aprovechamiento de los investigadores de sus datos y conclusiones.

Piña fue un arqueólogo de su época y una de sus características es su preocupación por los sitios monumentales. Viene de los principios profesionales de Manuel Gamio y, luego, de Alfonso Caso: el estudio de los sitios monumentales y sus conclusiones en los logros de los grupos indígenas. El trabajo más conocido de Piña en esas condiciones es, claramente, el de

Tenango. Se refiere a este sitio como Teotenango.

Piña, francamente campechano y siempre preocupado por la arqueología maya. Su trabajo lo demuestra con lo que hizo desde el material de Jaina hasta el proyecto cruzar la Península donde tuvo el accidente que lo hirió en la última parte de su vida. Su tesis doctoral, una reevaluación del Postclásico Temprano del Centro de México, tomando como base la presencia de una relación que él propone con la Zona Maya, es un tema de discusión vital para todo el concepto de Mesoamérica.

La vida de Piña incluye su trabajo en la enseñanza. No podrá ser olvidada su ayuda en la preparación de arqueólogos, no sólo mexicanos sino de todos los que estudiaban Mesoamérica. Piña fue un buen profesor pero también un maestro al que se podía preguntar y discutir, en la escuela, en su oficina, en el campo y en el café. También debe recordarse su labor como jefe de la sección de arqueología del Museo Nacional de Chapultepec, donde tuvo que ver con los problemas que encaraba la nueva dirección, con bodegas y salas nuevas. Piña también fue del equipo que se encontró con la ley arqueológica planteada por el gobierno, que fue cambiada y que hoy nos rige.

Aquí acabaría la biografía de Piña en una referencia enciclopédica. Para los que lo conocimos, para los que fuimos sus alumnos, para los que caminamos en el campo con él, para los que discutimos todo con él, el maestro y su recuerdo es otra cosa y ésta no está en el curriculum. Su presencia en el campo era impecable: de guayabera o de filipina y nosotros llenos de tierra y lodo. Él caminando sobre las ruinas y nunca ensuciándose a pesar de haber pasado por los mismos lugares que nosotros, viendo abajo y acariciándose la nariz mientras reflexionaba sobre lo que veía (nosotros suponíamos que también lo olía). En la comida y después discutiendo lo que se vio, planteando las estrategias de excavación y estudio, siempre de buen humor y con tolerancia porque siempre había alguien que contradecía sus conclusiones. Eso, para nosotros, es el recuerdo de Piña. Y nunca se nos va a olvidar.

Al maestro de todas las generaciones de arqueólogos que han pasado por la Escuela Nacional de Antropología e Historia

JORGE ANGULO V.



Archivo Beatriz Barba. Zona arqueológica de Kabah. 1952.

Desde el momento en que se incorporó a la ENAH, el Doctor Román Piña Chán se involucró en todas las ramas de la investigación antropológica y demás actividades conexas. Entre ellas, se cuenta la antropología física, a la que dedicó una parte de su vida antes de especializarse y volcarse de lleno al estudio de la arqueología, que complementaba con el análisis de las fuentes antiguas (lo que ahora llamamos Etnohistoria). Menciono esto, sin subestimar los innumerables guiones científicos que escribió para exposiciones museográficas.

No pueden quedar sin mencionar sus actividades como firme defensor de los monumentos arqueológicos e históricos, ni las relacionadas con los diversos ámbitos ecológicos o biodegradables que constituyen el patrimonio tangible e intangible de nuestra nación. En este rubro del quehacer del maestro destaca su presencia tanto en los foros académicos como en las intervenciones legales en la Cámara de Diputados y su activa participación en la defensa de la Ley Federal sobre Monumentos y Zonas Arqueológicas de 1972.

Éste fue un aspecto extracurricular que convirtió a Piña Chán en eterno luchador por la defensa de los derechos humanos y, en especial, de los diversos grupos indígenas, que en nuestro país han sido -y son, todavía hoy- marginados política, económica y socialmente.

No creo que sea necesario señalar, -puesto que de todos es bien sabida- la importante contribución que el Doctor Román Piña Chán ha plasmado sobre el desarrollo de la investigación arqueológica en México desde la segunda mitad del siglo xx, a la que se incorporó a través del recién formado Instituto Nacional de Antropología e Historia. Pero aprovecho la ocasión para incluir algunas breves observaciones respecto a la serena actitud con que resolvía los múltiples problemas que atosigan, individual o socialmente a todo ser humano, con el deseo de complementar la imagen de la sólida personalidad que siempre distinguió al maestro.

No se puede negar, como se indica en el título de esta rememoración, que Piña Chán fue maestro de todas las generaciones de arqueólogos que han pasado por la ENAH, por el antiguo Mexico City College, hoy Universidad de las Américas, la de Yucatán y otros institutos donde se estudia la arqueología. Tal vez, a esto se deba que la mayoría de sus colegas lo llamaran maestro, aún a sabiendas que este término no se refería al máximo grado académico que había alcanzado, sino a la ejemplar conducta que siempre desplegaba ante todos los problemas económicos y académicos por los que pasaban sus alumnos durante las diversas experiencias que ocurren en los trabajos de campo y de gabinete, así como las que se enfrentan durante la planeación y montaje de las exposiciones que se realizan en los museos.

Con la sencillez que lo caracterizaba, Román Piña Chán delegaba su confianza en sus alumnos, a los que, gradualmente, convertía en sus amigos y -de manera imperceptible- en los colegas con quienes podía discutir las viejas hipótesis temáticas, así como las nuevas teorías de la investigación que se presentan en el campo de las ciencias histórico-geográficas y socio-políticas. Todo ello aderezado con los conceptos que cada uno deducía o interpretaba al incursionar en el pensamiento mítico-religioso, relatado en las fuentes del siglo xvi.

No hay duda que sus experiencias fueron absorbidas en forma consciente o subconsciente por sus alumnos, amigos, colegas e, incluso, por quienes lo conocieron esporádicamente. Todos y cada uno de nosotros respetamos y admiramos esa dimensión humana que siempre caracterizó cualquier relación con el Doctor Román Piña Chán.

Desde sus primeras clases en la ENAH, Román Piña Chán estableció las prácticas de campo en las que participaban todos sus alumnos con diferentes actividades. Una de sus primeras alumnas fue la maestra Bea-

triz Barba Ahuatzin, quien pronto se habría de convertir en la esposa y compañera con quien formó una familia y procreó tres niñas, ahora profesionistas. Estas niñas les dieron diez nietos que ya comienzan a titularse.

Tal como el pájaro necesita de sus dos alas para volar, el esfuerzo de los Piña Chán fue parejo en la formación de una sólida familia, genéticamente nuclear y extensa académicamente, pues se formó con un gran número de estudiantes, maestros, colegas y amigos de la ENAH, el INAH, la UNAM y de otras instituciones que asistían a las frecuentes fiestas que hacían en su casa. En éstas se encontraban, por igual, nuevos y viejos amigos, estudiantes, académicos y toda clase de colaboradores de diversas nacionalidades y distintas disciplinas o corrientes ideológicas que se movilizaban con entera libertad intelectual y con la plena confianza de que en ese ambiente no iban a encontrar prejuicios raciales, actitudes elitistas, nacionalismos chauvinistas ni otras formas de discriminación.

Al iniciarse la década de los 80 y después de haber sido director de Monumentos Prehispánicos del INAH por casi diez años, curador general de las salas de arqueología del Museo Nacional de Antropología y director de múltiples proyectos interdisciplinarios, centrados en la arqueología, recobró su eterna obsesión por incrementar el conocimiento sobre los mayas peninsulares y, con un grupo de colegas, presentó un amplio proyecto de exploración, consolidación y reconstrucción de algunos sitios en el área Puuc, Chenes y Río Bec. Para ser exacto, esto sucedió en 1982.

Inmediatamente, después de que el Consejo de Arqueología aprobara el proyecto, comenzaron a trabajar con el respaldo económico del Centro de Investigaciones Históricas y Sociales de la Universidad del Sureste y del Centro Regional del INAH en Yucatán. Pero a menos de un año de haber iniciado las exploraciones, las actitudes de política local —francamente rayanas en el chauvinismo—, junto con otros factores que no vienen al caso señalar, forzaron la suspensión de este proyecto de interrelación regional.

Evitando confrontaciones de política interinstitucional, Piña Chán concentró su proyecto al sector de Río Bec y delegó a sus colaboradores la exploración en Becán, Chicanná, Hormiguero, Río Bec, El Tigre y Calakmul en donde laboraron hasta el 13 de septiembre de 1984.

Fue, irónicamente, en Becán, un sitio dentro del estado natal del último *Halach Uinic* de la arqueología, donde ocurrió el infortunado accidente que acabó con la movilidad de su cuerpo y, en consecuencia, de sus ya incontables temporadas de trabajo de campo.

Inmediatamente después de la tragedia, Beatriz, su eterna compañera y colega recurrió a las autoridades de nuestro instituto, con la esperanza de que auspiciarán el traslado del Hospital de Campeche (a donde lo habían llevado sus colegas) a la ciudad de México, pero ante la negativa de los administrativos que no sabían quien era Piña Chán, vació la caja de ahorros de la familia para rentar un 'jet' que lo trajo a la ciudad capital donde lo sometieron a varias operaciones quirúrgicas.

Estando seguro que ni a Román ni a Beatriz les gustaría que se hicieran públicas las vicisitudes de esa larga y penosa secuencia de intervenciones médicas en los diversos hospitales a los que él entraba y salía alternando múltiples operaciones con los esmerados cuidados caseros de su esposa y un grupo de enfermeras durante más de 16 años, sólo haré notar que, durante esa dilatada etapa de sus vidas, ninguno de los dos perdió su estoica entereza ni mostró algún signo de flaqueza, dolor o preocupaciones a nivel económico, social, personal ni familiar.

La resistencia física, la fortaleza moral, la templanza de su indómito espíritu y la ejemplar integridad de la pareja se plasmaron en un ritmo mantenido y constante de trabajo académico y de relaciones sociales y familiares. En lugar de cansancio, siempre mostraron serenidad y un verdadero buen humor que jamás he visto en otros seres humanos, ante tal adversidad.

Es posible que ese irónico e infortunado percance fuera lo que acentuó el flemático sentido del humor que ya caracterizaba a los Piña Chán y muy especialmente a Román. De acuerdo con una anécdota contada por su hija Cristina, que indiscretamente aquí relato, en uno de aquellos momentos en los que salía de una de tantas operaciones que le hicieron para mantenerlo vivo, al encontrarla en el pasillo con los ojos llorosos y con una expresión de angustia, Piña Chán esbozó una sonrisa de esperanza mientras le decía: "no te aflijas hijita, no debemos preocuparnos por lo que estamos perdiendo, creo que será mejor regocijarnos por lo que aún nos queda".



Archivo Beatriz Barba. Zona arqueológica de Xochicalco. 1951.

Un arqueólogo humanista

LAURA RODRÍGUEZ CANO



Archivo Beatriz Barba. Román Piña Chán con La güera Zambrano, Jorge Enciso, Eusebio Dávalos Hurtado, Jorge Guerra, Felipe Montemayor, Celia González, Antonio Lebrija, Anselmo Moreno Flores y otras personalidades.



Archivo Beatriz Barba. Dr. Román Piña Chán con el Dr. Gamio en Oaxaca.

Todos los que estamos dentro del campo antropológico, y aun muchos de quienes no se encuentran directamente relacionados con él, sabemos quién fue Román Piña Chán. Nacido en la ciudad de Campeche en 1920, dedicó su vida, con las botas de arqueólogo bien puestas, a estudiar y entender a las culturas prehispánicas de México. A partir de su experiencia de trabajo de campo en casi todas las áreas de Mesoamérica, y siempre desde una visión integral de la misma, generó a lo largo de su vida importantes estudios sobre el pasado prehispánico, mismos que compartió en numerosas publicaciones, conferencias, ponencias, guías museográficas y cursos. Conocimientos acumulados que transmitió a varias generaciones de antropólogos a través de su cátedra. Los aportes que brindó a la arqueología mexicana sirvieron de base para sus avances posteriores; modelos e hipótesis sobre el desarrollo cultural del México prehispánico fueron novedosos y revolucionarios en su momento y aún siguen siendo propuestas que generan polémica entre los investigadores.

Su amplio conocimiento sobre la arqueología del país hizo que Piña Chán fuera consultado de manera continua por antiguos y nuevos alumnos, colegas que reconocían en el maestro la sabiduría que le brindaba su larga experiencia. Su dominio sobre los materiales arqueológicos le permitía identificar los restos materiales en su tiempo y espacio precisos y establecer su relación con los grupos que los pudieron haber elaborado. También disfrutaba de gran fama debido a su intuición de campo, al fino olfato de arqueólogo que le caracterizaba y que le permitía realizar los descubrimientos que, a otros, la suerte les negaba. En Piña Chán se conjuntaba el rudo arqueólogo de campo con el ameno y prolijo escritor.

Fue un amante de su trabajo, por lo que su creatividad y reflexión sobre Mesoamérica continuó con los años, a pesar de que desde 1984, debido a un desafortunado accidente, Piña Chán ya no pudo salir al campo. No obstante, su capacidad de trabajo volcada a la escritura y la enseñanza le permitió dirigir a nuevos alumnos en el trabajo de campo que él ya no podía continuar. En estas líneas me gustaría contar mi experiencia como su alumna e intentar dar una idea de su calidad humana y su afán por apoyar y enseñar a las futuras generaciones de arqueólogos.

El primer contacto con mi maestro Román Piña Chán fue en el año de 1992 cuando estaba en sexto semestre de la carrera de arqueología. Mis compañeros y yo lo fuimos a visitar para pedirle que nos aceptase como alumnos oyentes en su curso de los sábados de Historia de México III, ya que al impartir las clases en el comedor de su casa, era difícil que los grupos fueran de más de ocho personas, y, en esa ocasión, el grupo ya estaba formado. Recuerdo que nos recibió muy amablemente en su sala y nos comentó que podíamos asistir al curso, si era lo que nos interesaba, pero que pedía que los oyentes también participasen. Luego, agregó que a lo mejor íbamos a estar un poco apretados pues el grupo ya estaba completo.

Nunca se me olvidarán aquellas cátedras que nos daba los sábados por la mañana, sesiones donde se respiraba y se sentía su enorme experiencia y conocimiento sobre Mesoamérica, que nos eran transmitidos con la ayuda de transparencias para apoyar la explicación clara y precisa de la historia y la cultura prehispánica a partir de sus restos materiales e inscripciones. En el intermedio de su exposición siempre hacíamos un receso para tomar café y galletas, donde también aprovechábamos para preguntar y comentar con él dudas o impresiones que habían surgido durante la exposición, o bien, para platicar sobre nuestros intereses, noticias de hallazgos recientes y nuevas exploraciones. El maestro siempre fue muy accesible, atento a responder y a despejar las inquietudes de sus alumnos. En ese espacio también nos contaba algunas anécdotas y experiencias, las cuales nos permitían hacernos una idea sobre parte de la historia de la arqueología, vista a través de sus años de trabajo de campo en gran parte de la República Mexicana. Como alumnos tuvimos el placer de recorrer con él, alguna vez, las salas del Museo Nacional de Antropología e Historia. Al maestro se le veía la emoción al mostrarnos y explicarnos las piezas mayas, olmecas y zapotecas, vinculándolas a los diversos aspectos de la historia cultural de esas regiones. Estar con él en sus cursos, platicando o guiándonos por las salas del Museo era un privilegio, ¡Siempre se aprendía algo más!

En este ambiente se desarrolló el primer curso que tomé con él, y mi impresión, que luego compartí con otros de sus alumnos y compañeros, fue que la visión de Piña Chán sobre las culturas prehispánicas, amén de integral como buen mesoamericanista, era, ante todo, de carácter humanista, pues él fue capaz de ir más allá de los fríos y mudos restos materiales con que, normalmente, trabajamos los arqueólogos y encontrar, tras ellos, a los hombres que labraron la piedra y moldearon el barro. Piña Chán fue, en una época en que nuestra disciplina se vestía de un carácter más científico y se arrojaba bajo asépticos modelos matemáticos, estadísticos y descripciones técnicas, tal vez, el último gran arqueólogo humanista de Mesoamérica, aquél que hacía hablar a las piedras, aquél que escuchaba las voces del pasado.

Piña Chán transmitía en sus clases este sentido humanista de la arqueología, pues, en ella, los hombres no se encontraban desligados de los objetos e hizo que nos acercáramos a otras formas de pensamiento y concepción del mundo que nos explicaran las manifestaciones materiales que encontrábamos en los recorridos de superficie o en las excavaciones arqueológicas.

Después de ese primer curso, donde aprendí, quizá más sobre Mesoamérica de lo que había visto hasta ese momento en la carrera, estuve alerta para que en el siguiente, pudiera estar inscrita. Finalmente, junto con otros compañeros tomé con él la materia de Iconografía prehispánica, clase que me interesaba mucho por los mensajes representados en los monumentos y pintura mural. Recuerdo que repartía una serie de láminas con los signos más representativos de cada cultura (particularmente, vimos los registros del área olmeca, zapoteca, maya, y las inscripciones de Xochicalco y Cacaxtla.) Piña Chán exponía las distintas interpretaciones que se habían hecho al respecto y hacía hincapié en que nos preguntáramos ¿por qué existían diferencias en las asignaciones de valores a los signos en un mensaje particular y se cambiaba cuando volvía aparecer en otro mensaje?

Sin darnos cuenta estas sesiones no sólo nos mostraban la posibilidad de interpretar estos registros, es decir, el logro de hacer hablar a las piedras grabadas, sino,

más bien, la manera de cómo hacerlo, la metodología que se debía seguir para asignar los valores a los signos y entender los mensajes. Nunca se me olvidará cuando decía que el significado que le asignáramos a cualquier signo siempre debía ser el mismo para todos los casos en que apareciera. Si no funcionaba, se debía buscar otro que resultara para todos los mensajes. Su ejemplo favorito era el de los danzantes 2, 6 y 8 del Edificio L de Monte Albán, que tienen un compuesto glífico de dos signos; a uno de ellos, Alfonso Caso lo había identificado como un lanzadardos para denotar conquista. Piña Chán nos decía que este valor sólo funciona en el caso del danzante 8. Por eso, el maestro consideraba un significado alternativo de tributo que podía aplicarse, sistemáticamente, a los tres monumentos. Para él tenía un mejor sentido inter-



Archivo Beatriz Barba. Comida del INAH en 1952.

preferir los glifos como tributar hombres (Danzante 8), tributar pájaros (Danzante 6) y tributar mantas (Danzante 2).

Mi primer trabajo¹ sobre esta materia fue, precisamente, el que se hizo durante este curso, en la Mixteca Baja con las inscripciones de San Pedro y San Pablo Tequixtepec, donde intentamos aplicar la metodología que el maestro nos había enseñado. Ese trabajo le gustó mucho e hizo varias sugerencias para mejorarlo. Uno de los aspectos que no le agradaba era que usáramos una nomenclatura en letras o números para referirnos a los signos, ya que era muy difícil seguir la lectura; él sugería que les puséramos un nombre y en paréntesis la clave, para que al lector le fuera más fácil reconocer los valores de los signos que intervienen en el mensaje.

Después, nos comentó que pensaba formar un proyecto sobre la Mixteca Baja, con algunos alumnos ya que había sido, hasta esos años, una zona marginada en los estudios arqueológicos e históricos, y que siempre había tenido la inquietud de conocer la región. Su idea era que se pudiera hacer arqueología, continuar con el estudio de las inscripciones en piedra que existen en el área, y revisar los documentos coloniales y códices de la región, para tener un entendimiento global frente al resto de Mesoamérica. Así fue que, parte de un pequeño equipo de trabajo, empecé, directamente, mi labor cerca de él. El maestro Piña Chán siempre se preocupó porque pudiéramos desarrollar nuestros intereses particulares dentro del proyecto, nos apoyó con una beca del SNI y, después, buscó financiamiento en el INAH y en el CONACYT entre otras instituciones. Los resultados que se han obtenido fueron muy satisfactorios para todos; las tesis que se elaboraron dentro del proyecto fueron distinguidas con el premio Alfonso Caso en 1996 y 2000. Recuerdo muy bien que Piña Chán estaba muy contento con ello pues, de alguna manera, su esfuerzo como maestro y como director del proyecto le habría servido para recoger los frutos por él esperados.

Durante el desarrollo de mis estudios de licenciatura, maestría y doctorado, le hice diversas visitas a su domicilio, donde siempre me recibía, amablemente, en su gran biblioteca o en su despacho donde trabajaba rodeado de libros. Sus charlas sobre iconografía, arqueo-

logía e historia enriquecieron mis puntos de vista e influyeron en los avances de mi estudio sobre las inscripciones, códices y documentos de la Mixteca Baja. El maestro siempre manifestó su interés por el estudio de los documentos coloniales, ya que empezaba a cubrir parte de los objetivos que tenía sobre la región, su etnohistoria.

Recuerdo que en estas entrevistas comentaba la gran importancia de los ciclos de Venus en la cosmovisión Mesoamericana y expresaba ciertas inquietudes que tenía sobre el significado que pudieran denotar algunos signos de las inscripciones zapotecas y ñuñines. Uno de ellos, era el que Alfonso Caso clasificó como glifo W, y que él describía como una "fortaleza". Al ser un signo asociado a numerales, estudios anteriores habían propuesto interpretarlo como un signo de mes o trecena. El maestro Piña Chán pensaba en otra alternativa de interpretación; él tenía la idea de que este signo, al aparecer en monumentos muy tempranos del desarrollo de Monte Albán, debía estar refiriéndose a cuentas antiguas guiadas por los ciclos lunares o venusinos. Tal vez, debamos continuar con estas sugerencias del maestro que por su experiencia e intuición, seguramente, no estarían equivocadas y, así, podríamos aclarar el significado y la función de este glifo.

Finalmente, mi quehacer en el campo de la arqueología y la etnohistoria se lo debo, en gran parte, a mi entrañable maestro, quien con su apoyo constante, su calidad humana, su entusiasmo y sus conocimientos me enseñó a investigar y a empezar a comprender y amar a las culturas Mesoamericanas. Ahora que ya no está con nosotros, nos queda, sin embargo, su legado: su particular visión del pasado prehispánico de México y su manera de hacer arqueología como sólo él sabía hacerla. Personalmente, siempre estarán en mi memoria sus enseñanzas y sus consejos, pero, sobre todo, jamás olvidaré a la persona, al gran ser humano que fue el Dr. Román Piña Chán. ¡Descanse en paz, querido maestro!

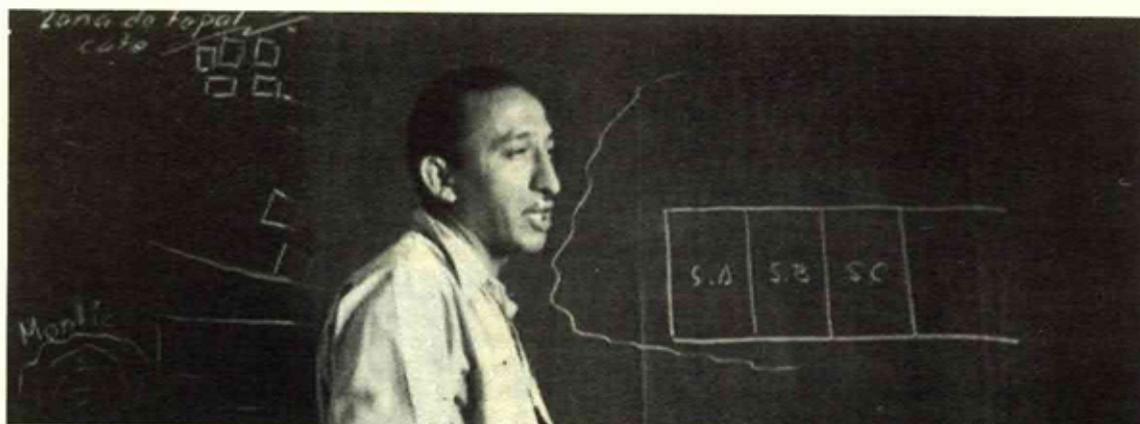
¹ Texto que ha sido publicado siete años después en *Anales de antropología* 1996-1999, no. 36, IIA, UNAM, México.



Detalle. Archivo Beatriz Barba. Zona arqueológica de Xochicalco, 1951.

Con mucho cariño, para el profesor Román Piña Chán

LINDA MANZANILLA



Detalle. Archivo Beatriz Barba. Dando clases de cerámica en Culhuacán. 1950.

Mictlán, al fin, otra dimensión. No es el Mictlán solamente un lugar frío y húmedo, ¿verdad, Profesor Piña Chán? Como buen arqueólogo de campo que ha hurgado confines de mundos y sistemas, seguramente, ya hizo su primera prospección de ésta, nuestra última morada.

¿Y qué ha escudriñado usted de la fertilidad del inframundo –esos ocultos arcones de mantenimientos, donde el potencial vital de la naturaleza y del espíritu se guarda celosamente? Seguramente, en su gestación como ser humano ya había abrevado de ella, pues fue prolija su labor en la arqueología.

Recordamos en especial su libro: *Una visión del México prehispánico*, que, a principios de los setenta, fue texto nuestro. Gran integrador de patrones y datos del pasado prehispánico; esta capacidad le permitió localizar ofrendas y enterramientos, sacar a luz los bienes simbólicos más preciados de sociedades pretéritas. No era suerte, como decían muchos, sino una conjugación de conocimiento e intuición.

Sin duda alguna, fue usted un digno reflejo de su tiempo. A mediados del siglo XX, la Escuela Mexicana de Arqueología enfrentó el reto de llamar la atención del público mexicano y extranjero hacia las zonas arqueológicas, y fomentar un orgullo por ese pasado. Este mundo pretérito a menudo se identificó, únicamente, con aquellas moles pétreas que han sido denominadas pirámides. Se olvidó así que la mayoría de esos sitios eran bulliciosas ciudades, en las que distintas lenguas eran escuchadas en los mercados y plazas. Eran ciudades vivas, no sólo sitios abandonados.

Sus excavaciones en un conjunto residencial de La Ventilla, Teotihuacan, permitieron desentrañar algunos aspectos de la vida doméstica en la gran urbe. Particularmente importante fue la detección de entierros de especialistas estucadores que aplanaban pastas de cal sobre los muros de la ciudad. Numerosos indicadores de vínculos con la Costa del Golfo fueron develados también.

¡Cómo lo recordamos en esa memorable clase: "Historia Cultural de América", en que peregrinamos juntos, y bajo su liderazgo, en territorios esquimales y patagones! La visión de conjunto que nos legó permitió tener marcos de referencia macrorregionales, hazaña no despreciable cuando vemos cómo los arqueólogos de hoy en día se especializan en temas estrechos o inocuos.

Sí, Balam, el inframundo es su morada, es usted señor en él, juega con vórtices de tiempo para surcar la eternidad. Querido Maestro Piña Chán: como siempre, usted se nos adelanta, abre camino, despeja incógnitas. Enciéndonos una luz para que nuestro tránsito por el Mictlán sea terso.

A Román Piña Chán

LORENA NOYOLA PIÑA

*Quetzal de mil colores,
sabio hombre lector de piedras,
estudioso de culturas,
generoso dador de conocimiento,
corazón amoroso,
remonta tu vuelo libre al aire,
remonta tu nado libre al agua,
remonta tu alma libre al fuego,
remonta tu pensar libre en la tierra.*



Archivo Beatriz Barba.

Román Piña Chán: maestro y amigo

LORENZO OCHOA



Archivo Beatriz Barba.

Querido Román, hace 25 años, como estudiante en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, inicié a tu lado mis primeras andanzas por el mundo de la antropología y de la historia antigua de México. Un año después, y todavía no sé por qué, me diste la oportunidad de tener mi primer trabajo en la bodega de arqueología del, entonces todavía flamante, Museo Nacional de Antropología, donde eras curador de su acervo arqueológico y jefe de la Sección de tu especialidad. Con mayor suerte todavía, me comisionaste como ayudante de Carlos Navarrete en aquel reconocimiento arqueológico en la sierra chiapaneca. Fue mi primer trabajo de campo subiendo o bajando interminables cuestas, según se quiera ver; durmiendo donde nos alcanzaba la noche. Cansados y con poca o ninguna comida, siempre con frío por esa humedad de los bosques de altura que cala hasta los huesos. Allí, con tristeza, habríamos de enterarnos de la muerte de Ernesto "Ché" Guevara. Algunas noches, mientras yo pasaba las notas en mi diario de campo, Carlos se retiraba y, sentado en silencio, a la luz de mortecina vela, leía y releía un libro que tenía en la portada el dibujo de un galeón que flotaba sobre un fondo de azul infinito. Era el *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez. Pasados los días, afortunadamente, más que recomendarle su lectura casi me la exigió comentando: "ni se imagina Román cómo la pasamos, mala comida, espléndido paisaje y mejor lectura". Y como si no viniera al caso, dejó caer otras palabras: "si los arqueólogos aprendiéramos a escribir...". Corría ya el mes de noviembre de 1967. Cómo no agradecerte esa experiencia, Román.

Varios años más trabajé contigo en la Sección de Arqueología del Museo, pero ¡qué paradoja tan grande! en el campo sólo en una ocasión. Fue en Cuiculco, cuando se llevó a cabo el rescate arqueológico en los terrenos donde se levantaría la Villa Olímpica en 1968. Después me enviaste a trabajar aquí y allá: la Huasteca, la sierra de Hidalgo, Tlatilco, el rescate en el Sistema de Transporte Colectivo (Metro).



Arriba izq. Fotografía: Alberto Tovalín Ahumada.

En 1972 tuve que separarme de la Sección a tu cargo, cuando me invitaron a fundar el Centro Regional de Occidente. El primer Centro Regional con el cual Guillermo Bonfil iniciaba uno de los más ambiciosos proyectos de su gestión, la supuesta descentralización del INAH que, por burocracia, y más tarde por diferentes razones, nunca llegó a cumplirse cabalmente.

Pasaron más de diez años antes de que me invitaras a colaborar en tu Proyecto de Arqueología de Campeche. Esta vez quisiste que fuera a El Tigre, una monumental ciudad enclavada sobre la margen izquierda del Candelaria. Fue en 1984. Ya estaba adscrito al Centro de Estudios Mayas de la UNAM, iría con Ernesto Vargas y varios de tus alumnos. Ernesto se encargaría de trabajar en la exploración de la arquitectura monumental, en tanto que yo haría el reconocimiento de superficie y el estudio del patrón de asentamiento. También me encargaría de explorar aquellos campos levantados que se localizan sobre la margen derecha del Candelaria, frente a la gran ciudad arqueológica. No hubo tiempo para terminar. Después de tu accidente todo cambió. Como hacías falta para exigir que cumplieran con el apoyo económico. Tu gran proyecto de rescatar las antiguas ciudades de Calakmul, El Hormiguero, El Tigre y Becán, quedaría inconcluso.

Todavía estaba en México cuando me enteré del fatídico accidente ocurrido en Becán, ese que truncó de tajo cuatro décadas de trabajo de campo. Unos días antes, te acuerdas, habíamos planeado encontrarnos en tu natal Campeche con Ernesto, quien ya había empezado los trabajos en la parte monumental. Necesitábamos hablar e intercambiar algunas ideas, antes de entrar a El Tigre, pero no me esperaste. Ni siquiera pude preguntarte qué esperabas de mi trabajo y del de Ernesto. Sólo sabía que para ti, aquel monumental sitio arqueológico enclavado sobre la margen izquierda del Candelaria era el mismo *Itzamkanac* de las fuentes históricas, el puerto chontal de intercambio que se antoja ya casi legendario porque ahí, supuestamente, Hernán Cortés había sacrificado



Caricatura hecha por Alfredo López Austin. 1985.

al último Señor de los mexicas: Cuahtémoc. Ni siquiera me diste tiempo a discutir eso.

Pero qué bueno, pues al final, si no fuera por los cabos sueltos que por ahí quedan, podría decirte que no te equivocaste. Pero no todo es claro; queda la duda si fue ahí, o en un pueblo cercano donde perpetraron aquel crimen que ennegrece todavía más la actuación de los conquistadores. Cuántas polémicas no se han suscitado en torno a tan espinoso asunto. Por esa razón, prefiero regresar a ese puerto como tal, como lo que fue para los chontales. El gran puertocapital de Acalan.

Vuelvo a mis tristezas Román, al recordar cómo se truncó en el trabajo campo, de un sólo golpe, una de las trayectorias más limpias y brillantes de la arqueología mexicana. La trayectoria de uno de los más grandes mesoamericanistas de todos los tiempos. Al principio pensé que todo cambiaría. Sólo el apoyo y cuidados que te prodigó Beatriz, esposa, amiga, compañera y colega, pudieron salvarte del trance. Interminables noches de duermevela, de zozobra, de caminar sobre la cuerda floja debatiéndote entre la vida y la muerte que, finalmente, venciste sin perder de vista que tendrías grandes limitaciones físicas. Eso Román, te lo digo sin falsos halagos, solamente lo pueden lograr los grandes hombres.

Cómo no recordar tu decisión de sobreponerte al infortunio. Cómo no recordar que, desde el primer momento en que te fue posible, cuando aún estabas en el Hospital de La Raza, retornaste a tu vieja costumbre de escribir con letra menuda en papel revolución, millares de cuartillas plenas de descripciones e ideas. De esta manera, a los más de 150 títulos entre artículos, ensayos y libros que habías publicado antes del accidente, pronto agregarías varios más. Sin contar los numerosos artículos que has escrito en los últimos años, me tomo la libertad de anotar unos cuantos títulos: *Cultura y ciudades mayas de Campeche* (1985); *Xochicalco: el mítico Tamoanchan* (1989); *Orfebrería prehispánica*, con Beatriz y otros autores (1989). De 1989 está tu espléndido *Olmechl. La cultura madre*, versión revisada de *Los olmecas antiguos* de 1982. Me hablas

de un volumen acerca del Puuc y que mixtecos y zapotecos ocupan ahora tu atención. Además, continuas participando en la cátedra y en reuniones científicas, con todas las dificultades que para ti implican. Todo lo has superado con Beatriz; Beatriz siempre a tu lado.

Han pasado varios años, Román, desde que me brindaste la oportunidad de tener tu amistad, pero jamás imaginé que me tocaría formar parte del grupo de amigos que habrían de rendirte justo homenaje y entregarte el tributo del reconocimiento a la grandeza de tu vida y a la riqueza de tu obra. Lo que quiero decirte Román, es que hace 25 años se dieron los orígenes de una amistad que considero sincera y respetuosa, pero, sobre todo bastante costeña, Campechana a veces. Y, ¿sabes por qué? Porque por encima de la confianza que me otorgaste, nunca se perdió el mutuo respeto de la cordial relación alumno-maestro. Y de ello, también me siento bastante satisfecho.

Pero, si a tu lado tuve la oportunidad de penetrar en el mundo de la arqueología, no es menos importante contarme entre quienes han podido descubrir que detrás del arqueólogo disciplinado, rígido, intolerante a veces, hosco a primera vista, se escondía un hombre sencillo y afectuoso, hasta tímido podría asegurar. Eres el maestro-amigo generoso, que siempre buscó la oportunidad de transmitir, sin distinciones, tus experiencias. En el trabajo, a todos por igual entregaste tu conocimiento y, sin egoísmo, diste tu amistad que rebasaba la mera bondad y no pocos confundieron, pasando sobre ella sin molestarte jamás. De ti, a pesar de los extremos de tu carácter, que oscilaba de una rayana severidad a la comprensión del maestro, todavía sin conseguirlo, intenté aprender la disciplina y seriedad en el trabajo. A tomar en serio y respetar el tiempo de uno y de los demás. Para mí, sigues siendo el maestro. Tal vez ahora no discutamos nuestros puntos de vista como acostumbrábamos hace

algunos años, bien que algunas veces, quizás por cansancio, estuvimos de acuerdo. Eso pasaba, especialmente, en aquellas reuniones de febrero, cuando ya eran las seis o siete de la mañana y el último de tus invitados había salido dos o tres horas antes. Cuántas veces no me vio Beatriz salir al final de allá, del Callejón del Pino número 12, el último domingo de algún febrero en que religiosamente nos reunía, y nos sigue reuniendo para celebrar tu cumpleaños que no llega a completarse siempre. Hasta para eso fuiste especial Román, se te ocurrió llegar a este mundo en día bisiesto de 1920.

Beatriz, siempre Beatriz a tu lado, en las buenas y en las malas. Por esa razón, querido amigo y maestro, aunque te he reiterado mi admiración por lo que has hecho y significas para la arqueología mexicana, no dejo de reconocer que, para tu fortuna, gracias a ella estás aún con nosotros. Beatriz, en todo lo que vales, junto con mi homenaje a Román, va de la mano mi reconocimiento a tu calidad humana. Sin tus cuidados y desvelos, quién sabe qué habría ocurrido.

Román, este día, una vez más, tengo la suerte de participar en otro de los merecidos homenajes que se te han tributado y de ello me congratulo. Pero no quiero cansarte más. No quiero confundir el reconocimiento y respeto al maestro con el cariño que tengo por el amigo y colega. Recibe un abrazo fraternal y mi afecto.

Con el título: *Román Piña Chán: un hombre trascendental en la arqueología mexicana* lei este texto, ahora revisado, en el homenaje que el Gobierno del Estado de Tabasco le rindió al Dr. Román Piña Chán en Villahermosa (octubre de 1991), después de la clausura del coloquio internacional *La trascendencia del primer viaje de Cristóbal Colón*.

Villahermosa, Tabasco, octubre de 1991



Archivo Beatriz Barba.

este es su nombre



ajau balam pimatam

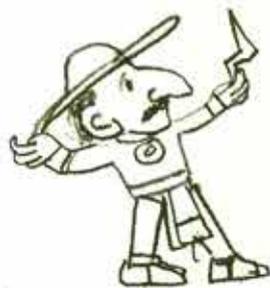


el se hizo maestro

el fue al calmecac

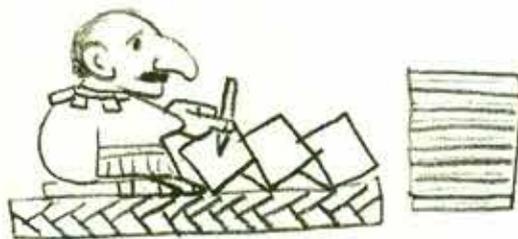


el conoció a Quepalcal



El restaura Teotihuacan

el escribía muchos libros



Notizia azerca del Ajau Balam Piñachán señor e sabio que fue de la nazione de los arqueoloxcas

LUIS ALBERTO MARTOS

Querido Doctor:

He sido honrado con una invitación para dedicarle algunas líneas en este especial Diario de campo, pero créame, no es una tarea fácil para mí. ¿Qué podría yo escribirle si, seguramente, ya su querida esposa le habrá dedicado las más tiernas y delicadas palabras con su prodigiosa pluma? ¿Qué podría yo redactar, si ya sus más cercanos amigos, con los que compartió vivencias y experiencias, habrán narrado las más estupendas anécdotas? ¿Cómo escribir algo sobre su vida, su incansable carrera o sobre su extensísima obra, si hay gente mucho más adecuada que yo para hacerlo? ¿Qué puede hacer alguien que si bien fue alumno suyo, solamente trabajó con usted una temporada de campo y lo visitó, algunas veces, en su casa? Bueno Doctor, déjeme rendirle con mucho cariño un pequeño homenaje a mi modo:

NOTIZIA AZERCA DEL AJAU BALAM PIÑA CHÁN SEÑOR E SABIO QUE FUE DE LA NAZION DE LOS ARQUEOLOXCAS

Exelentísimos Señores:

Abiendo sido comisionado por el Real Consejo para escribir relación de las cosas curiosas e de las istorias destas tierras e sabiendo que sois todos vosotros gentes doctas e letradas e mui interesados en estudiar e conozer las curiosidades e antigüedades destes señoríos, remito a Vuesa digna atención un interesantísimo documento que parece aver sido fecho por los antiguos avitantes destas tierras e que recientemente ha sido descubierto entre los papeles de los archivos de la parroquia del barrio de Sant Roman de la Novíssima Cibdad e Puerto de Campeche.

Dicho curioso documento está fecho con estraños dibujos e caracteres de los que en estas tierras ecsistian e narra la vida, abenturas, fechos i demás pormenores de un gran jefe i sabio que fue de las jentes y raza que llaman arqueoloxcas e que dizen se llamó Ajau Balam Piñachán que en la lengua desta tierra significa "Gran Señor Jaguar Piñachán".

E quando bide dicho documento quize yndagar más sobre este gran señor e pregunté mis ynformantes e les tomé relación e según dizen nazió de cuna umilde en el dicho barrio de Sant Roman desa dicha Cibdad e Puerto e dizen que crezió de tal modo que se fizo savio e docto e que fue mui querido e admirado e ponderado i tenido en mucho por los señores destas tierras e de otras naciones lexanas.

E dizen que dicho señor quando fue mui pequeño, tuvo que trabaxar en la guerta familiar e que luego aprendió ofi-

zio de sayatero por la gran nezezidad que dello tenía su familia, pero que a luego se las yngenió para ingresar a casa de estudio do aprendió letras y zienzeas e que anzi motibado por el conozimiento, que luego dexó la cassa materna para marchar asta la Cibdad de Tenustitán con el firme propósito de aprender más e lograr assi algún buen empleo e mexorar anzi la azienda familiar. E dizen que a luego que se llegó a la dicha Cibdad de Mexico tenustitán, que se interessó munchito por las antigüedades e por las istorias e cosas de las jentes de la época de la gentilidad e que anzi fue azeptado en el Calmécac do rezibió una pequeña subenzión a cambio de trabaxo e anzi pudo estudiar con los grandes maestros e que anzi aprendió munchito e supo tanto de los antiguos, que a ese estraño arte e zienza dezidió dedicar su vida i ecsistencia.

E que luego que abía aprendido biaxó asta la probinzia de Mechoacan do conozió i estudió las antiguas casas de la cibdad que llaman Zinzunzan e trabaxó arduamente anzi para entender e aprender sobre dicho pueblo, como para reparar los templos antiguos que allí ecsisten. E que luego fue a un lugar que llaman Chunpicuaro do salbó muchos enterramientos e sepulturas de los antepasados antes de que bieniese una grande inundación que todo lo cubrió e que truxo de allá munchas figurillas e basos e platos mui primorosos e otras reliquias babiliasas que él estudiaba e registraba e tenía en mucho.

E que como a los grandes bataves e señores e jefes les gustó munchito el entusiasmo queste dicho señor ponía en todo quanto fazia, lo enbiaron luego a la Probinzia de Yucatán do restauró el Palazio que llaman de Oxmal e que de allí passó luego

a otro zementerio antiguo que llaman Tlatilco e que anzi continuó peregrinando e descubriendo munchas antiguas cibades de yndios i es de ponderar que anzi bisitó munchas dellas mui leydarias i famosass anzi en Mechoacan como en la Nueva Galizia e de la Governación de Mexico e de Yucatán e munchas otras e que en munchas destas fizo bisitas i estudios mui celebres como en Tlapacoyan e Atliquayan e Chalcazingo e La Bentiilla e la de la Isola de Jaina, do encontró munchas e mui lindas figuras de barro e collares e joyas e que las truxo e depositó para admiración e beneplázito de todos en la Gran Casa de las Reliquias. E que aún trabajó en el leydario pozo de los sacrificios de Chichenizá do baxó para estudiar las antiguas ofrendas lo qual fue mui admirado e que fizo munchas otras esploraciones en todas dichas antiguas cibdades e que siempre encontró grandes reliquias e tesoros e dizen que es porque sabía un estraño i antiguo artificio para encontrar los tesoros e que era el siguiente: que luego que llegaba a una ruina se apretava mucho las narizes e que las dichas narizes le señalaban lugar e que desta manera entendía do debía fazer las esploraciones e anzi allaba munchas cosas i es de ponderar que siempre atinaba en ello.

Este gran maestro tanvién supo e conozió el arte de reparar las cassas e templos e palacios derruidos de las cibdades antiguas para que las gentes i raças pudiesen bisitallas e admirallas de nuevo e dizen que en esto era gran conozedor e savio e que fazia su trabajo con arto amor e con mucho cuidado e primor e que assi levantó los templos de la antigua Cibdad de Tinganbato e de Oxmal e de Edzná e Chicanná e Xpujil e Becán e munchas otras e que quando travaxó desta forma las casas antiguas de Teotenanco, que tanto gustó su labor a las gentes desas tierras, que por ello levantaron monumento en su honor, para dexar memoria de su paso por esa cibdad e que assi fizo muchas otras obras ques mucho de ponderar.

E dizen que tanvién fue mui admirado i querido porque gustava de enseñar e doctrinar jobenes en el arte de las cossas antiguas e de las reliquias e que esto lo disfrutaba mucho e que anzi doctrinó e formó a muchos otros savios que siguieron sus pasos e guellas i enseñanzas e que anzi formó escuela en la casa de estudio de los arqueoloxcas que llaman el Calm-enah.

E dizen que es de ponderar como este savio conozió mucho de la istoria e fechas e sucesos de los más antiguos yndios destas tierras e que anzi descubrió mucho sobre los Ulmea e de los Maia e Matlazingas e Nahoas e que tanvién conozió la historia del nazimiento e vida del señor Cuculcan que en Tenustitan llaman Quezalcual e que él descubrió como este dios nazió en el Tamoanchan ques do agora llaman Suchicalco e que tanvién supo de los sazerdotes que marcharon e se esparzieron para llebar la nueva doctrina por toda la tierra e que no saven si solo lo descubrió o si él mesmo fue uno de los dichos sazerdotes de este dicho dios e señor.

E dizen que tanvién fue savio en las cosas de los señores Izaes e de cómo dexaron Chichenizá e de cómo se llegaron a Chakanputún e aún ai quien cree que el proprio Balam Piñachan llebaba sangre Izá en las sus benas e que anzi era del linaje de esos nobles señores.

Y es de ponderar que este zélebre savio fizo relación escrita, e libros de todos sus conozimientos e sabiduria e que destas relaciones i escritos ai muchos en las casas de libros e son todos mui estensos e interessantes e que todavía se tienen e ponderan en mucho.

E dizen que como era mui savio e brillante, que los señores arqueoloxcas dezidieron onrrarle e darle poder e asiento de gobierno en las cassas que llaman de inbestigación de antiguedades i en la gran casa do se guardan las reliquias de los antepasados e que aún fue conbidado para gobernar en las cassas de Mechoacan e que siempre gobernó i reinó con arta sabiduria e prudenzia.

E dizen que este señor cassó con una mui noble señora que se llama Doña Beatriz e que con ella fizo linaxe e tuvo ijas e que siempre fue mui buen esposo e padre e mui amoroso e que anzi era tanvién mui respetado en su cassa e familia.

E cuentan que una vez la fortuna fuele adversa quando fazia sus recorridos por la antigua Bekán de Akinpech e que anzi sufrió un terrible accidente mui feo e mui lamentable e que despues deso ya no pudo más salir a recorrer las cibdades antiguas e que esto lo entristezió mucho e lo desesperó tanto que parecia morir, pero que apoyado e animado por su mui amorosa muger e ijas e amigos, dezidió seguir adelante en el arte del estudio e conozimiento de las antiguedades e que tanvién siguió doctrinando jobenes en su propia cassa e que eso se lo ponderaron mucho e anzi bibió todavía muchos años trabajando i escribiendo arduamente e con mucho amor.

E dizen que quando este gran señor tubo que marchar, que fue mui llorado e lamentado por todos anzi por grandes señores como por jobenes estudiantes e compañeros de correrias e amigos e colegas, e que siempre es recordado con mucho cariño e admiración por todo quanto fizo e que anzi es tenydo como uno de los más grandes señores que entre estos arqueoloxcas se a levantado e que por eso se le conoze como Noh Balam o Gran Jaguar e Señor de lo Pretérito e Gran Maestro.

Fecha en la cibdad de Tenustitán a los 21 días del mes de maio del año del señor de 2001

Fray Luis de la Dicpa



La arqueología como proyecto de vida, las enseñanzas de Román Piña Chán

MARCIA CASTRO-LEAL ESPINO



Archivo Beatriz Barba. Junta de vecinos en el Valle de Guadalupe, Jalisco. A su derecha: el Dr. José Barba Rubio. 1980.

Dentro de los estudios mesoamericanistas de los últimos cincuenta años se han estado repitiendo muchas veces los mismos conceptos establecidos por las investigaciones de la arqueología mexicana de los primeros cuarenta años del siglo XX; una y otra vez aparecen en los trabajos de distintas personas y diferentes momentos, aunque en ocasiones estén enmarcados por distintas metodologías. Realmente, son muy pocos los arqueólogos que transponen el nivel de la excavación y de la simple descripción de los rasgos de los materiales obtenidos en ella y, más raro aún, es la presentación de interpretaciones originales y bien fundamentadas; una de las excepciones ha sido el maestro Piña Chán. Reunía muchas cualidades, escasas en el medio antropológico, las cuales pertenecían no únicamente al ámbito profesional sino también al personal; en éste último su modestia, generosidad y amabilidad hacían que, muchas veces, no se reconociera el valor que tenían sus enseñanzas.

Después de su muerte, al contemplar su vida, su forma de ser y lo que nos ha dejado como conocimientos y recuerdos, se puede apreciar la plena coherencia dentro de lo que fue su proyecto de vida como arqueó-

logo, vista esta profesión en su absoluta totalidad con niveles de eficiencia, conocimiento, análisis, intuición, creación, talento y enseñanza, ya sea a través de sus clases o en sus escritos. Todo ello sin olvidar algo muy importante: su pasión y gusto por lo que hacía.

Esta coherencia se inicia desde su preparación como arqueólogo, ya que sabemos que, entonces, dedicaba todo su esfuerzo y la misma atención a todas las áreas mesoamericanas a las que era enviado por el INAH a realizar trabajos. Estas experiencias le proporcionaron un conocimiento de todo el universo mesoamericano, adquirido en diversos lugares de los estados de Michoacán, Guanajuato, Morelos, Estado de México, Tabasco, Veracruz, Chiapas, Oaxaca, Durango, Tlaxcala, Yucatán, Campeche, Jalisco, Puebla y varios sitios del Distrito Federal. La excavación en el campo le ofreció una información tan amplia que lo convirtió en un conocedor, tanto



Archivo Beatriz Barba. Viaje hecho con Manuel Ortiz y Fernando Cámara.

de los distintos tipos de asentamientos como de la arquitectura de las diversas áreas. Lo anterior fue la base para uno de los relatos más conocidos sobre el maestro, del que yo misma fui testigo, que describía a Piña Chán al iniciar un trabajo de campo, parado en el centro del sitio, afilándose la nariz, reflexionando por dónde comenzar la excavación y, posteriormente, señalando el punto exacto en donde siempre se encontraba lo que él había dicho que ahí estaría. Esta rara combinación de intuición y conocimiento le permitía percibir y comprender cuál era la clave para aclarar el problema que se tenía enfrente; más tarde los materiales arqueológicos recuperados siempre le dieron la razón.

Su amplia visión enriquecía el valor del objeto arqueológico al ubicarlo, así como a la sociedad que lo produjo, dentro de un contexto más amplio que el local o regional, perspectiva que amplió aún más con sus viajes a Sudamérica y el intercambio de ideas con los arqueólogos que trabajaban esa región. Esta circunstancia le dio la posibilidad de ubicar a Mesoamérica dentro de un ámbito continental y presentar en sus teorías las relaciones de intercambio de elementos culturales con zonas

como Ecuador. No existía entre sus contemporáneos ningún otro mesoamericanista que pudiera aplicar ese horizonte al México arqueológico. Fue esta peculiaridad la que le permitió realizar obras como *Una visión del México prehispánico* (1967), trabajo que fue resultado de mucho de lo que había investigado y leído pero con interpretaciones propias. Lo mismo aplica a obras anteriores, como la que llamó *Mesoamérica* (1960) y de la cual se publicó, únicamente, la primera parte y el análisis de la cronología general mesoamericana, así como la presencia de ciertos rasgos culturales asociados a distintas épocas que presenta en el XXXV Congreso Internacional de Americanistas, bajo el título: "Resultado de una correlación de cuadros de Mesoamérica", en 1964.

En el campo afloraban rasgos desconocidos de Piña Chán: primero su gusto por las exploraciones ya que en ellas siempre estaba de buen humor, desde el momento de subir a la camioneta que conducía Noé, campechano como él. Durante las estancias de campo, el maestro platicaba sobre sus diversos trabajos y hacía citas de memoria de largos fragmentos de fuentes del siglo XVI; compartía, generosamente, sus conocimientos con alumnos y colaboradores.

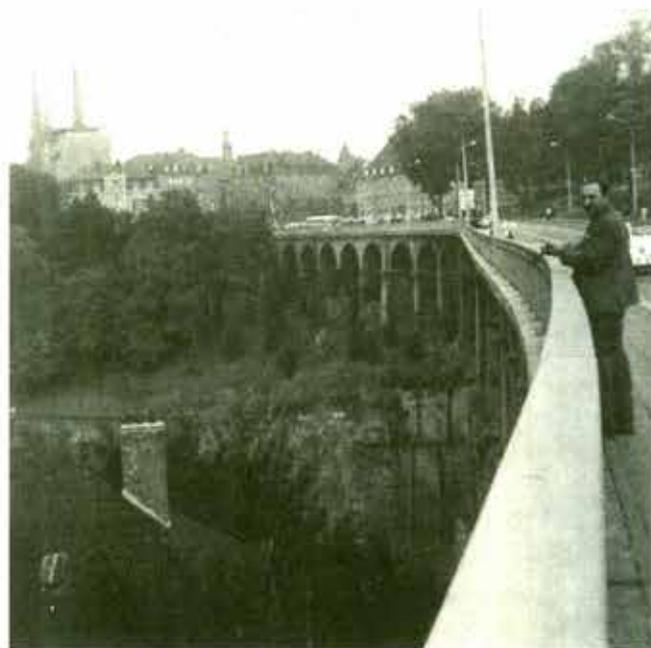
Las temporadas de campo con él eran siempre formales y enriquecedoras, primero por la puntualidad y exigencia para realizar las tareas programadas, segundo por su asesoría continua. Nunca dejaba de explicar las razones por las que se debían hacer las cosas y la información arqueológica que se podía obtener; aun así, permitía que quien trabajaba con él pudiera seguir su propia intuición. A pesar de iniciar el trabajo desde muy temprano, conservaba todo el día el mismo ánimo y, en muchas ocasiones,

tomaba la pala y el pico para señalarles a los peones cómo hacerlo; no obstante la rudeza de las tareas en las que se enfrascaba, mantenía una limpieza en toda su persona que era sorprendente para los que compartíamos la jornada con él.

Como maestro de la Escuela Nacional de Antropología (ENAH), Piña Chán era uno de los más puntuales y cubría íntegramente sus dos horas de clase. Siempre nos proporcionaba tal cantidad de información que terminábamos con la mano cansada de tanto escribir lo que nos parecía relevante; cualquier pregunta era aclarada sin mostrar ninguna molestia. Siempre señalaba la importancia de conocer la bibliografía arqueológica y fue el primer maestro al que oí mencionar sus acuerdos y de sacudidos sobre el libro *Analytical Archaeology* de David Clarke cuando acababa de publicarse. Huelga señalar el lugar destacado que dio a sus lecturas y, especialmente, a las fuentes escritas: ello quedó plasmado en su tesis doctoral (abril de 1970) en la que trata el problema sobre *Arqueología y la tradición histórica, un testimonio de los informantes de Sahagún*. Ahí presenta un aspecto fundamental y complejo de la arqueología

mesoamericana del que aún queda mucho por desarrollar y sobre el cual señaló el camino a seguir.

La coherencia en su investigación se muestra en su interés por dar continuidad a ciertos temas prehispánicos que fue desarrollando a lo largo de su vida, como fue la época preclásica. Se introdujo en este período desde 1947 a 1950, cuando trabajó en Tlatilco; posteriormente, dio seguimiento a esta temática con su tesis de maestría *El horizonte preclásico del valle de México* y un poco más tarde con su famosa publicación sobre las *Culturas preclásicas de la Cuenca de México*, en 1955. En este horizonte -especialmente en Tlatilco- se manifiesta la presencia olmeca, cultura sobre la cual siguió investigando, por haber distinguido su importancia para el conocimiento mesoamericanista. Esto queda manifiesto en sus trabajos de Atlihuyan (1952) y Chalcatzingo, (1953), a través de los cuales amplió su sabiduría sobre el tema,



Archivo Beatriz Barba. Fotografías del viaje hecho con Manuel Ortiz y Fernando Cámara.

Para 1958 y 1959 realiza un trabajo de salvamento en La Venta en compañía de Roberto Gallegos, tratando de rescatar lo que había quedado de los montículos destruidos por Petróleos Mexicanos al ampliar su campamento en ese sitio. Esta labor tuvo como resultado, después del análisis de los materiales obtenidos, el libro *El pueblo del jaguar* (1964), libro en el cual presenta nuevas teorías sobre el origen y desarrollo olmeca, de gran influencia en los estudios posteriores. También realizó la primera clasificación de figurillas de la Venta, mismas que expuso en la vitrina inicial de la sección olmeca de la Sala del Golfo del Museo Nacional de Antropología. Además, realizó el guión correspondiente y fue el primer jefe de lo que se llamó Sección de Arqueología en el recinto del Bosque de Chapultepec.

En esos años, se organizaban en el museo ciclos de conferencias sobre arqueología mesoamericana dentro de los cuales se proporcionaban datos especialmente valiosos, ya que eran el resultado de excavaciones o interpretaciones recientes. En 1968, Piña Chán presenta una de ellas, titulada *El problema de los olmecas* y donde expone las carencias existentes en relación al conocimien-

to de esta cultura y sus proposiciones para resolverlas.

Para 1971, en el I Simposio de Correlaciones Antropológicas Andino - mesoamericanas, celebrado en Ecuador, Piña Chán presenta *Una nueva hipótesis sobre la cultura olmeca*, la cual es desarrollada en *Los olmecas antiguos* que publicó el Gobierno del Estado de Tabasco en 1982. Aún después del accidente que sufrió, continúa reflexionando sobre este importante asunto y produce una nueva obra, publicada en 1989, que lleva el nombre de *Los olmecas*. Es ahí donde hace una revisión general de sus ideas y conocimientos al respecto de esta cultura arqueológica.

Más tarde, estudiando unos de los temas menos explorados fuera del área maya y Monte Albán, como es la escritura del México prehispánico, publica *El lenguaje de las piedras* (1993). En este trabajo menciona que durante el período de los centros ceremoniales olmecas



(1000 a 200 a. C.), la iconografía evolucionó hacia una verdadera escritura. En ese contexto, hace el análisis de lo que llama el código simbólico, así como también el de la escritura de Monte Albán; con todo ello, elabora un catálogo de los glifos mencionados en el texto.

Hemos percibido, siguiendo únicamente uno de los hilos de la investigación del maestro Piña Chán, una gran coherencia intelectual. Reconocemos cómo inicia su preparación de manera amplia y consistente y cómo, con el tiempo, va profundizando en los temas elegidos y presenta sucesivos escritos con ideas nuevas fundamentadas en todo lo anterior. Cabe señalar que muchas de éstas fueron repetidas por colegas que, inclusive, no conocían a su creador.

La obra de Piña Chán es valiosa para la arqueología mexicana ya que conforma una nueva corriente original, fecunda y sugerente, que encontró la explicación a varios problemas del desarrollo mesoamericano. Mas considero que estamos en deuda con él, pues no se le dio en vida el reconocimiento que merecía su trabajo y su obra.

Carta a Román Piña Chán

MAYÁN CERVANTES



Fotografía Alberto Tovalín Ahumada

Mi querido Piña:

Ha pasado mucho tiempo, pero lo recuerdo bien. Te conocí cuando tenía 18 años. Me deslumbré ante tu primera clase, "Arqueología de Mesoamérica", aquella Mesoamérica a la que diste forma y contenido arqueológico. Desde ese momento, decidí ser arqueóloga. Decidí que la forma como se estudiaba la Historia del Arte en aquella Universidad, era superficial, que había algo más y que yo quería acceder a ello. En todo caso, el mérito de la escuela había sido contratarte, primero a ti y, al año siguiente, a Iker para darnos clases. Ustedes me mostraron otro mundo, el mundo de la antropología.

Sabías todo, todo lo que se sabía de la arqueología entonces: las fases, las regiones, los tipos de cerámica, los nombres de las figurillas, D1, M, H.... En el campo, sabías en dónde estaban las tumbas y en dónde los metates. Te vi, en uno de los muchos viajes que fui contigo, de un montón de piedras sacar una pirámide, si bien pequeña, una pirámide, allá en San Luis Potosí, en Bledos, en los sitios de Tita Braniff.

Después, en el Museo, en aquel nuevo Museo, nuestro orgullo, trabajé contigo por años, tú siempre escribiendo, callado. Los demás discutiendo, intentando escribir las tesis, enamorándonos...: Tita, Arturo, Amalia en la bodega, Otto, la señorita Ramón, Rosa Reyna, Marcia, Adela, Sylvia, Carlos Navarrete. Allí cambió mi vida.

Cambió también el museo, nos fuimos a diferentes centros de trabajo y a ocuparnos de diferentes cosas. No volví a tener una relación directa de trabajo, ni contigo, ni con los demás.

Un día supe que tú y Beatriz construirían una casa vecina a la mía, en Chimalistac. Dejaban aquella casita de la colonia Industrial, en la que había habido tantas fiestas memorables. En una de ellas, había conocido a Lina Odena, mi amiga querida, que esperaba a su hijo Sergio.

En esa etapa, cuando fuimos vecinos, recibí de ti y de Beatriz, la más grande solidaridad y protección que nadie me había dado hasta entonces. Vivía sola con mis hijos y ustedes fueron más que una familia para mí. Eso nunca lo olvidaré.

Ojalá hubiera podido expresar estos sentimientos cuando estabas entre nosotros, quizá sólo di mil veces las gracias, pero pienso que lo que hiciste por mí merece más que eso, el problema es que, a veces, uno es poco elocuente, quisiera haberlo sido, de verdad. Pero aunque sea así, tarde y pobremente, recibe mi gratitud y mi reconocimiento por haberme dado tanto, profesionalmente, pero sobre todo personalmente y esto va para los dos.

Román Piña Chán en Oaxaca

NELLY ROBLES GARCÍA

El Maestro Román Piña Chán, a quien tantos debemos parte de nuestra formación académica, se ha marchado. Este hecho nos impone un repentino alto en el trabajo cotidiano para la reflexión y su recuerdo. Aunque campechano de nacimiento y, por lo tanto, decididamente enamorado de lo maya y el altiplano central, como científico preocupado por su formación integral, el maestro Román Piña Chán llevó a cabo investigaciones arqueológicas en la entidad oaxaqueña.

Participó en las exploraciones arqueológicas de Yagul, en 1955, con el Dr. Ignacio Bernal, excavando el Patio A del Palacio de los Seis patios y dirigiendo a un grupo de estudiantes del México City College, hoy Universidad de las Américas. Ahí compartió experiencias con el mismo Bernal, John Paddock y Lorenzo Gamio, quienes formaban el núcleo del personal profesional de exploradores del sitio. También se integraron al mismo equipo Víctor Segovia y varios antropólogos físicos como Guadalupe Carrasco, Humberto Flores Alvarado, María Teresa Jaén, Roberto Jiménez Ovando y Aurora Puebla Alcántara, dirigidos por el profesor Arturo Romano.

Sin duda, el maestro Piña Chán vivió en Oaxaca la experiencia de la multidisciplinariedad, camaradería y respeto que caracterizó a la época dorada de la arqueología mexicana.

Acompañó a Donald Brockington en alguno de sus recorridos de identificación de sitios arqueológicos por la costa de Oaxaca en 1956, mismo que abarcó desde el Istmo de Tehuantepec hasta la frontera con Guerrero. Este fue el primer trabajo de evaluación arqueológica que se hizo por aquella agreste región.

Sin embargo, Piña Chán fue del tipo de académico que no necesitó haber estado, necesariamente, asentado o apropiado de un sitio o una región para valorarla. Su visión integradora –probablemente su característica más importante– le llevó a entender y dar la importancia a todos y cada uno de los sitios de Mesoamérica.

A través de su visión pan-mesoamericana del fenómeno Olmeca, ubicó, en su justo sitio, cada uno de los rasgos distintivos de las diferentes altas culturas. Las esculturas obesas de Monte Albán, justo con el modelado de braseros distintivos de la época, la escritura jeroglífica, los conocimientos matemáticos y calendáricos, el tallado de lápidas con bajorrelieves –decía– originaron las culturas Clásicas de Monte Albán, Dainzú, Huamelulpan, etcétera.

El maestro Piña Chán concibió las líneas generales para la comprensión de las condiciones económicas, sociales, políticas y religiosas del periodo Preclásico en Mesoamérica, marco en el que los nuevos arqueólogos tenemos una alternativa real para entender las complejidades de esa época.

Igualmente, en su recurrente idea de la emergencia del mito de Quetzalcóatl, Piña Chán demostró una extraordinaria capacidad para encontrar rasgos, estilos, detalles en cada una de las culturas mesoamericanas que conducían al ejercicio mítico-humano de reconocer a la deidad. La asociación directa entre los estilos teotihuacano y zapoteco eran para él muestra de la pertenencia directa de Oaxaca al culto.

En los años recientes, Piña Chán revivió su interés por Oaxaca y, a través de su pupilo Iván Rivera, desarrolló sus ideas en cuanto a la problemática cultural de la Mixteca Baja, en el área de Huajuapán-Tequixtepec. Su trabajo en esta región y otras, de ninguna manera, queda inconcluso, pues en Iván y sus demás estudiantes invirtió largos días y noches de trabajo, asegurando que sus ideas perduren y se refresquen en la nueva generación.



Román Piña Chán

NOEMÍ CASTILLO TEJERO

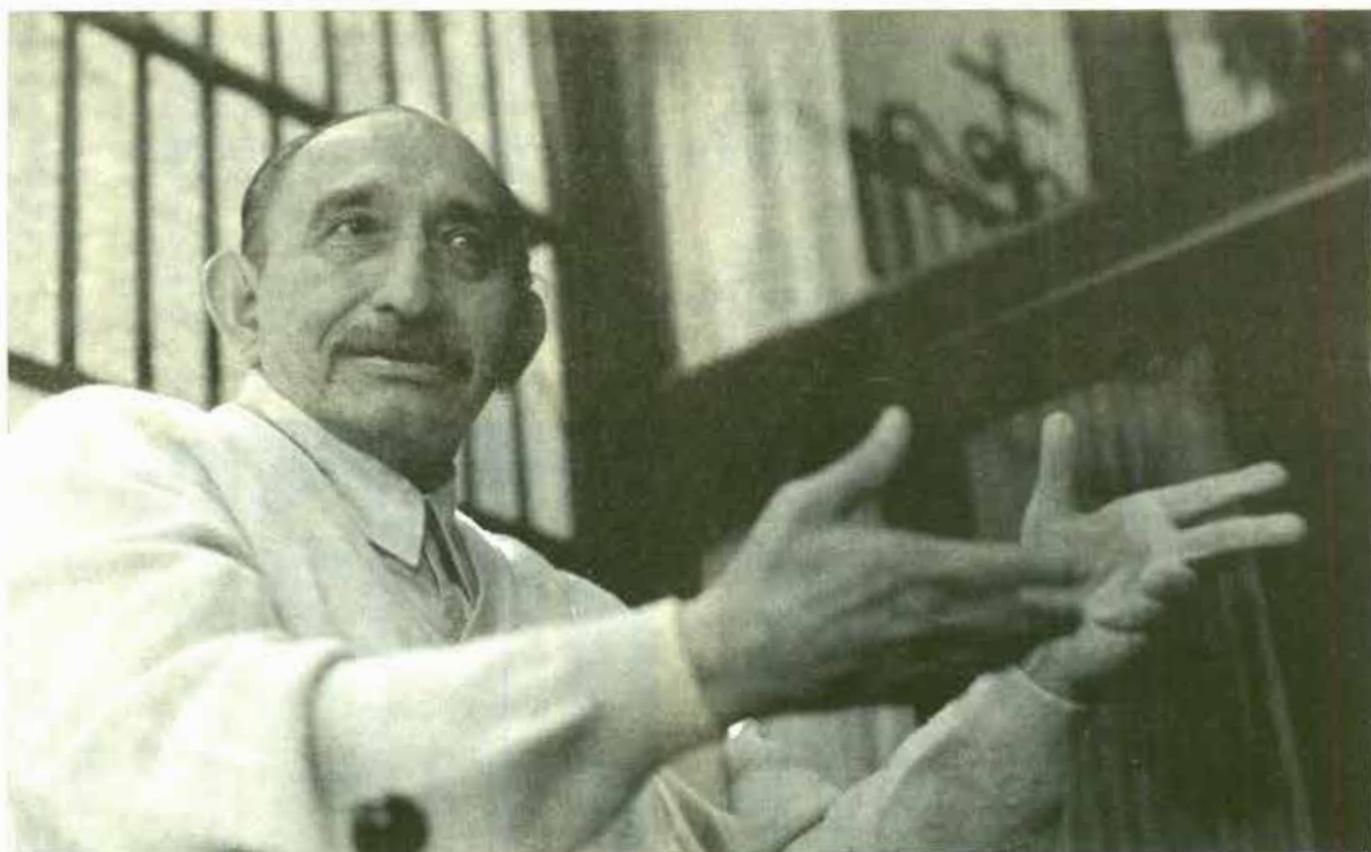
Decir algo sobre el Dr. Piña Chán es un acto que hago con agrado, pues, como muchos otros, siempre lo recordaré con cariño. Tuve la suerte de convivir con él como maestro, como compañero de trabajo y como amigo. Recuerdo que le decíamos el maestro Piña Chán o simplemente Piña, no por falta de respeto, sino por el cariño y la confianza que siempre nos inspiró a mí y a los demás.

En diversas circunstancias me dio un trato muy especial; las anécdotas que junté a través de los años de conocerlo y de trabajar junto a él son numerosas, y, en todos los casos, los recuerdos en cuanto a nuestra relación son de respeto. Brindó amistad a raudales, así como apoyo o consejo a aquel que se lo solicitaba; daba todo sin pedir nada a cambio.

Durante mi época de estudiante en la ENAH, aún en el edificio de Moneda 13 que albergaba en aquel entonces el Museo Nacional de Antropología, ahora, Museo de las Culturas, ubicado en la parte alta de este viejo palacio de la Antigua Casa de la Moneda, tuve el primer contacto con él, como maestro.

En 1956, la ENAH era una escuela pequeña, aunque ya para esta época contaba con planes de estudio sistemáticos, encaminados a la formación de antropólogos en todas las ramas de la disciplina necesitadas por México y el INAH; todos los estudiantes nos conocíamos sin importar la especialidad que se cursara.

Desde entonces, se establecían los lineamientos de la Escuela Mexicana de Antropología, y se contaba con una planta docente que incluía a connotados antropólogos tanto extranjeros como mexicanos. Entre los primeros, destacaban Pedro Bosch Gimpera, Juan Comas, Paul Kirchhoff y Pedro Armillas; de los mexicanos, que eran más jóvenes y tenían la característica de haber sido ya estudiantes de la Escuela, sólo menciono a José Luis Lorenzo y a Román Piña Chán. Estos dos catedráticos eran los ejemplos a seguir para los estudiantes de arqueología y alrededor de ellos se aglutinaban dos grupos que rivalizaban amistosamente. Piña Chán nunca hizo distinción y como maestro, siempre fue imparcial en sus juicios, aun con los adherentes del llamado grupo de Lorenzo.



Fotografía: Alberto Tovalín Ahumada.

Yo pertenecía al grupo de Lorenzo; sin embargo, hice prácticas de campo en la zona de Tecuacque, Tlaxcala con Piña, en lo que fue mi primer trabajo arqueológico. También cursé con él las materias de Arqueología de Norteamérica y Sudamérica.

Una vez inaugurado el nuevo Museo de Antropología en 1962, Piña Chán fue el curador en jefe de las colecciones de arqueología. Dos años después, fui nombrada como jefe de la Sección de Máquinas Electrónicas de este recinto, lo que me ligó más como alumna y compañera de trabajo a Román Piña Chán. El contacto fue grande: el maestro y yo trabajamos juntos las nuevas fichas que se emplearían en la catalogación de las piezas arqueológicas del Museo. Estos años fueron muy importantes en mi trabajo y los lazos de amistad y apoyo con él se fortalecieron.

Estando trabajando ambos en el museo, fuimos invitados por la Universidad de Yucatán a impartir clases en la recién creada carrera de arqueología, lo que nos convirtió en maestros de la primera generación de arqueólogos de esta región.

Durante esta temporada tuve la oportunidad de visitar varias zonas de Quintana Roo y del sur de Campeche, guiada, precisamente, por el Dr. Piña Chán; así, conocimos los primeros trabajos de Kohunlich, el área de Bacalar y Cobá, entre otros sitios.

Tengo muchas anécdotas de esta liga amistosa con Román Piña Chán: recuerdo el día de su titulación como doctor, en donde la defensa de su tesis encontró enconada discusión con Alberto Ruz. Ésta fue muy larga y a cada pregunta que el Dr. Ruz hacía al doctorante, éste le respondía con toda la calma que lo caracterizaba y lo desarmaba con sus respuestas.

Al terminar la última intervención del Dr. Ruz, la réplica de Piña Chán fue tan contundente que la audiencia en pleno rompió en aplausos... para Piña Chán, por supuesto. Esta expresión de euforia nos costó un regaño soberano del Dr. Ruz y una amenaza de abandonar el salón del examen, a lo cual, obviamente, hicimos caso omiso. Con este relato quiero destacar no sólo la calidad profesional del Dr. Piña Chán sino, además, el cariño que toda la audiencia le tenía.

Antes de dejar el tono anecdótico, no puedo dejar de mencionar lo notoria e impresionante que era la pulcritud personal del Dr. Piña, tanto en la ciudad como en el campo. En clima tropical, salía a desayunar en la mañana usando una guayabera que seguía albeante y almidonada hasta altas horas de la noche; igualmente, sus zapatos se veían como recién boleados a lo largo de todo el día.

Desde el punto de vista profesional, no recuerdo que alguna vez Piña Chán dejara de ayudar a cuanto estudiante se acercara a él y a cuanto colega que pedía su opinión. Como investigadora, me tocó asistir a varias reuniones científicas donde también estaba presente el Dr. Piña Chán. Ahí, como en otros muchos ámbitos, se reflejaba, además de la excelencia de sus trabajos académicos, su calidad humana.

Muestra del cariño que supo cultivar y de su calidad humana y profesional es la cantidad de homenajes que recibió en vida a pesar de su terrible accidente de 1984. Fue uno de los maestros eméritos más queridos del medio antropológico. Su tenacidad y amor a la arqueología es ejemplo a seguir para todos los arqueólogos, alumnos o no, que lo conocimos. Maestro Piña: siempre estarás en nuestros corazones.

El Dr. Román Piña Chán y el origen de los olmecas

OLAF JAIME RIVERÓN



Fotografías: Alberto Toválin Ahumada.

Un grato recuerdo de asistir a uno de los cursos impartidos por el Dr. Román Piña Chán en su casa de Chimalistac fue escuchar varias clases en torno a los olmecas. En una de ellas él recordaba que había cambiado mucho su opinión desde que había comenzado su carrera de arqueólogo. Como fondo de aquellas pláticas estaba su "Juchimán de Plata" (galardón con la forma del monumento 8 de La Venta que otorga el estado de Tabasco a los destacados investigadores y creadores que han contribuido con su labor a dicho estado).

La afirmación del Dr. Román Piña Chán siempre me llamó la atención y, más tarde, tuve la oportunidad de indagar la opinión que tuvo del origen de los olmecas a través del tiempo. Sin duda, es la historia de una idea que está llena de sorpresas.

En noviembre de 1951, Román Piña Chán presentó su tesis de licenciatura de la que tuvo como consejero a Pedro Armillas y comenzó utilizando como epígrafe el aforismo del filósofo español Ortega y Gasset: "...La ciencia es un ideal, la de hoy corrige a la de ayer y la de mañana a la de hoy". La obra del gran olmequista mexicano fue congruente con esta frase, ya que en sus diversas publicaciones fue perfeccionando su apreciación de dicha cultura.

A diferencia de otros investigadores que también habían estudiado este periodo y que lo habían denominado "de los Cerros" (Boas), "de Montaña" (Gamio), "Aralco" (Spinden), "culturas medias" (Vaillant), prefirió denominarlo como su maestro Covarrubias "Preclásico", ya que, en su opinión, estaba a un poco del florecimiento que representaban las culturas del Clásico.

Piña Chán dividió al Preclásico en Inferior (con una cultura aldeana y local); Medio (con la influencia olmeca) y Superior (que muestra decadencia en la cultura material pero que, a la vez, está en los albores del urbanismo).

Para su tesis de 1951, Piña Chán aprovechó los materiales que obtuvo al excavar tres pozos estratigráficos en Tlatilco; pozos de prueba y una trinchera en Atofo; un pozo en El Arbolillo; un pozo en Zacatenco y un reconocimiento y pequeños sondeos en el Atlilhuyán, Morelos. Las excavaciones fueron por niveles métricos.

La ocupación de Tlatilco también la subdividió de manera tripartita en Inferior, Transicional y Superior, siendo en el Transicional cuando aparecen los rasgos olmecas.

Algo muy importante con lo que contó Piña Chán fueron siete fechas de radiocarbono que aparecieron, más tarde, publicadas en la primera edición de *Radiocarbon Dating* (1952) de Libby. Es interesante que descartó una de las fechas aberrantes de Tlatilco, pero utilizó la de 1206 a.C., junto con otras de sitios Preclásicos y Clásicos. Era importante que hacia esa antigüedad podría remontarse el fenómeno olmeca.

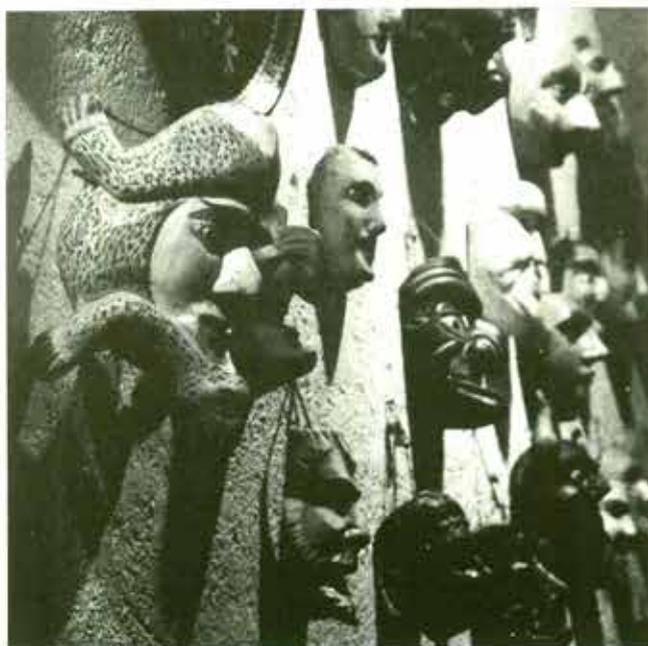
Finalmente, sus conclusiones fueron muy importantes.

De manera conservadora colocó a Tlatilco en el 900 a.C., mientras que consideró que Tres Zapotes pertenecía al Preclásico Tardío y La Venta a los orígenes del Clásico.

Fuertemente influido por Covarrubias que, en su entonces última obra: *Mexico South* (1946), proponía que el origen de los olmecas estaba en Guerrero,

pero al mismo tiempo enunciando una nueva hipótesis, producto de sus recientes excavaciones en Morelos, Piña Chán propuso que el origen de los olmecas podría estar en una zona cercana y limítrofe con Morelos, Puebla y Guerrero que se fue dispersando, progresivamente, hacia el Sur. Concluía que:

"La creencia de que las manifestaciones Olmecas-Arcaicas dentro del Valle vienen de la Costa del Golfo, y,



Fotografía: Alberto Tovalin Ahumada.

en consecuencia, que el Sur sería el origen más probable de este complejo, me parece equivocada, porque si solamente tratáramos de modificar la cronología establecida y asignáramos mayor antigüedad a sitios como: Tres Zapotes, La Venta, Mamom, etcétera, tendríamos entonces que estimar enormes cantidades de años a cada uno de sus periodos, para así poder explicar la intrusión de un complejo Olmeca-Arcaico localizado dentro del Valle por los comienzos de la fase Media del Preclásico.

A mi modo de ver, el problema se resuelve mejor partiendo del Valle hacia el Sur y Costa del Golfo, teniendo en cuenta que dentro del área mesoamericana, el Valle de México y sus áreas circunvecinas tienen una mayor cantidad de elementos Olmecas-Arcaicos puros; así como grandes cantidades de figurillas de varios tipos que, en otras regiones, apenas se advierten o no existen durante sus fases más antiguas."

No obstante, tuvo la precaución de afirmar:

"Hasta el presente, el conocimiento de los grupos que dan formación al Complejo o estilo mal llamado Olmeca se halla en sus etapas iniciales y, por lo tanto, sería de desear que se emprendieran investigaciones más consistentes, para dilucidar tan importante asunto y para tratar, también, de buscar un término que definiera a esos grupos, ya que el que actualmente lleva sólo indica la zona geográfica que habitaron en tiempos históricos."

En el último capítulo de su tesis hizo una reconstrucción del modo de vida del Preclásico en la Cuenca de México, a partir de los datos obtenidos de la cultura material que había en colecciones, así como la obtenida a través de la excavación controlada.

Estas conclusiones de Piña Chán hay que ubicarlas en el contexto de la investigación de los olmecas de aquellos años. Todavía no se publicaba el reporte de Drucker sobre las excavaciones en La Ven-



Fotografía: Alberto Tovalin Ahumada.

ta de 1942 y 1943. Esta última obra saldría a la luz hasta el año siguiente (1952). Tampoco se tenían fechas de radiocarbono del Sur de la Costa del Golfo, que se obtendrían hasta 1955 y se publicarían cuatro años más tarde. Además, muchas de las opiniones sobre el origen de los olmecas para Piña Chán cambiaron después de su reconocimiento en Tabasco en el proyecto con la NWA, el recorrido de superficie que en 1957 y 1958 realizó en Comitán y la Costa del Pacífico de Chiapas y Guatemala; así como su temporada de excavación en La Venta, en 1959.

En 1952, se creó la *New World Archaeological Foundation* y, en 1953, se inició el trabajo de campo en la región del bajo Río Grijalva, dirigido por Pedro Armillas, siendo asistente William Sanders y estando a cargo de secciones específicas Román Piña Chán y Gareth Lowe, entre otros arqueólogos.

En esa temporada Román Piña Chán comenzó a evaluar sus ideas del Preclásico en la Cuenca de México, con las tradiciones cerámicas de la Costa del Golfo cercanas a La Venta.

A Piña Chán le tocó el reconocimiento de La Chontalpa tabasqueña y la exploración del sitio San Miguel, en el que tuvo la oportunidad de excavar estructuras de tierra como el Montículo Esponda. Pudo encontrar la tradición de La Venta en la fase del Preclásico Tardío, así como escultura en basalto. Consideró a San Miguel como el sitio localizado más al Sur que recibió la influencia de La Venta, siendo parte, además, de una especie de frontera tras la cual no

pasaron las influencias mayas que lograron cruzar el Grijalva.

Además, excavó otros sitios del Clásico maya como fueron San Fernando y Tierra Nueva.

A finales de ese año Piña Chán excavó en Chalcatzingo (Piña Chán, 1955), con fondos de la Dirección de Monumentos Prehispánicos de INAH, y de la Dirección Estatal de Turismo de Cuernavaca, Morelos. De hecho, el director de esta última institución, Valentín López González, fue el asistente de campo de Piña Chán en las excavaciones.

En esa temporada, se realizó una trinchera en el montículo A y el material se dividió por capas. Se pudieron definir dos ocupaciones del Clásico. Adicionalmente, se hicieron once pozos estratigráficos en diversas partes del sitio. De los materiales ahí obtenidos, se realizó la tipología y cronología de Chalcatzingo.

Destaca que, a pesar de la carencia de medios, pero con su experiencia en los materiales, Piña Chán pudo intuir que varios tipos cerámicos eran no locales como: Tipo Negro Pulido, Tipo Ocre Amarillento, Tipo Ocre con manchas negras, Tipo Amarillenta Laca, Tipo Roja-Amarillenta y Tipo Gris.

Con los años, en el Proyecto de Grove se vio, a través de la ayuda que el Instituto de Geología de la UNAM le dio a Ann Cyphers, que varios de los tipos eran locales, pero eran buenas imitaciones de tipos del área nuclear olmeca. No obstante, el Tipo Gris (Pavón Gris Fino de Cyphers), efectivamente, era no local, como ya Piña Chán había afirmado varios años atrás.

Otra paradoja en la historia de las investigaciones olmecas es que el proyecto de Grove, con grandes fondos de la NSF y ayuda de varias instituciones que le permitieron estudiar distintos aspectos de Chalcatzingo, así como contar con una gran cantidad de fechas de radiocarbono, llegó a la conclusión de que los relieves descubiertos por doña Eulalia Guzmán podían corresponder a la fase Cantera (700-500 a.C.). En 1953 Román Piña Chán, con los escuetos fondos de INAH que hacían impensable una fecha de radiocarbono, pero con su conocimiento de las secuencias cerámicas del Preclásico, sugirió lo siguiente en la modesta publicación del Instituto:

"Respecto a la antigüedad de los relieves, es casi seguro que corresponden al grupo Olmeca-arcaico. La técnica perfecta del grabado, los elementos como cruces o manchas de tigre, garras, muescas en forma de "V", cascots, máscaras, barbas, etc., son rasgos netamente olmecas, que casi, por lo general, aparecen también en la cerámica y en tales condiciones, podemos situarlas un poco después de la llegada de dicho grupo a Chalcatzingo, o sea, por los finales de la fase Media del Preclásico y principios del Superior (600-400 a.C.)." (Piña Chán, 1955).

En el análisis de sus materiales utilizó la estratigrafía de porcentajes y observó que la principal ocupación del sitio fue Preclásica; que comenzó a poblarse con habitantes de una tradición campesina local, semejante a las comunidades de la Cuenca de México, antes del año 1000 a.C. Pero que, después del 900 a.C., comenzaron a aparecer rasgos olmecas, coexistiendo



Archivo Beatriz Barba

tal vez grupos olmecas con la población local hasta los comienzos de la fase superior del Preclásico.

En las conclusiones de esta obra, Piña Chán consideró el origen morelense de los olmecas, variando poco su opinión anterior:

1. Las manifestaciones más antiguas de esta cultura se localizan en el área morelense, y esto apuntaría hacia un posible foco de dispersión que se podría situar en la confluencia de los estados de Puebla, Morelos y Guerrero.
2. En Morelos, estas manifestaciones se han encontrado en Chalcatzingo, Atlihuyán, El Cortés, etc.; pero hay, otros sitios, con influencias menores, como Gualupita, Tlayacapan, Olinztepec, etc.
3. De Morelos, las influencias y grupo olmeca pasan a la Cuenca de México, asentándose en sitios de la región Sur temporalmente (Tlapacoya, por ejemplo), para luego llegar a la región occidental como Tlatilco.
4. Otras posibles migraciones, casi al mismo tiempo explicarían la existencia de sitios como: Tres Zapotes Inferior, Monte Albán I y Pánuco (Periodo Pavón y Aguilar de MacNeish).
5. Una vez situados en regiones costeras evolucionan y sobreviven hasta los tiempos históricos: Tres Zapotes Medio, La Venta, Cerro de las Mesas, etc."

En 1955, Piña Chán dirigió la tercera temporada de exploraciones en Tlatilco, con la ayuda financiera del Sr. Frederick Field. Es interesante que en esta temporada se aplicaron varias técnicas que se solían usar en el estudio de patrón de asentamientos. Uno de los objetivos de Piña Chán fue conocer la extensión abarcada por los tlatilquenses. Para el reconocimiento de superficie se utilizó la fotografía aérea de escala 1:5,000 y el sitio fue dividido en secciones que sirvieron para controlar los materiales, la densidad de los cuales sirvió para determinar los puntos de máxima habitación. Los porcentajes de cada sección se mapearon, indicándose por medio de puntos bastante o poco concentrados. Las áreas con mayor densidad son en las que se elaboraron los sondeos estratigráficos.

En cuanto a la delimitación del sitio, Piña Chán concluyó que éste no rebasó los límites del Río Totollica, Río de Los Cuartos y Loma de Atoto, es decir, que la habitación Preclásica se mantuvo dentro de la planicie interior que habían formado las corrientes y ramales del Río Hondo.



Archivo Beatriz Barba. Dr. Román Piña Chán con el Sr. Gamio en Oaxaca.

En cuanto a las técnicas de excavación, que continuaron siendo por niveles métricos, se siguieron implementando los pozos y trincheras, así como calas para entierros y el corte parcial y excavación de formaciones tronco-cónicas.

También se ensayaron otros sistemas, como la excavación cubicada, es decir, que la unidad de control fue el metro cúbico y dichas unidades se obtendrían de forma alterna en una retícula. A veces, los cubos se hacían en escalones.

Una variante de este sistema fue la que se realizó cerca del río Totollica, también en 1955. Se escogió una parte del terreno, se reticuló pero no se excavó por cubos alternos, sino toda la superficie por capas delgadas hasta llegar a los entierros para limpiarlos y explorarlos.

Esta temporada se complementó con el estudio de sitios cercanos como Atoto y el Cerro del Tepalcate. Además, se encontró un gran cementerio cercano a las márgenes del río Totollica y se exploraron más de 25 entierros correspondientes a la última fase de ocupación de Tlatilco.

Los resultados de las tres primeras temporadas de Tlatilco, en dos de las cuales participó Piña Chán, fueron sintetizadas por él en tres obras: *Las Culturas Preclásicas de la Cuenca de México* (1955b), que constituye una versión más amplia del capítulo IV de su tesis. En una entrevista realizada en 1984, se le preguntó qué obra le había gustado hacer y con-



Archivo Beatriz Barba. En su homenaje en la UNAM, con: Dr. Daniel F. Rubín de la Borbolla y Noemí Castillo. 1985.

testó que este libro sobre el Preclásico: "Mi arranque fue *Las Culturas Preclásicas de la Cuenca de México*, mi comienzo público, mi primera responsabilidad científica en letras". (Dalngren, *et al.*, 1987: 35).

Los Capítulos II y III de su tesis, más las contribuciones de la temporada de 1955, fueron desarrollados en los dos volúmenes titulados *Tlatilco* (1958) que inauguraban una nueva colección de INAH: Serie Investigaciones, antecedente de la Colección Científica. Trata de las excavaciones así como de la cerámica.

En 1957 y 1958, viendo que se iba a realizar la VIII Mesa Redonda de la SMA en San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, Piña Chán (1961) llevó a cabo reconocimientos arqueológicos en el Valle de Comitán y en la zona costera de Tapachula. Y es que la NWAf había concentrado sus esfuerzos en la Depresión Central de Chiapas, como comúnmente se le llama a la Cuenca Superior del Río Grijalva, y, en ese año, iban a continuar sus trabajos en la región de Chiapa de Corzo y alrededores. Por lo tanto, el objetivo de Piña Chán fue cubrir una región no tocada por los reconocimientos de la Fundación, con el fin de comparar los resultados, a partir de la cerámica, con la secuencia que la NWAf había establecido para Chiapa de Corzo. Reportó 26 sitios, de los cuales 22 los fechó por la cerámica de superficie y materiales obtenidos en pequeñas calas. Realizó croquis y tomó fotos. Destaca que uno de los sitios más antiguos que encontró fue Mazatán. Estableció 11 periodos para la región, siendo los tres primeros los pertenecientes al Preclásico y localizados en Mazatán. A este último, le adjudicó una antigüedad de más de 1100 a.C.

Observó una importante relación con el Formativo de la Costa Pacífica de Guatemala, con la Costa del Golfo, principalmente, con La Venta y Tres Zapotes. Destaca, además, la probable temporalidad que propone para La Venta:

"Tenemos el sitio llamado Mazatán el cual tiene estrechas conexiones con La Victoria, Guatemala y con Chiapa de Corzo, especialmente, durante el Formativo o Preclásico; también Huehuetán muestra relaciones con la Costa del Golfo y Tabasco, que pudieron haber bajado vía Grijalva; y sitios fronterizos a Guatemala con cantidad de cerámica plumbate.

Como datos adicionales hay que mencionar los nuevos materiales encontrados en La Venta, Tabasco, en los cuales hay figurillas y cerámica conectada con el



Archivo Beatriz Barba.

periodo Chiapa de Corzo III, mismos que aparecieron por debajo de una capa de arena de más de un metro de espesor.

En otros montículos de dicho sitio aparecen estos mismos materiales como relleno de las construcciones, por lo cual se puede hablar de un periodo anterior al apogeo del Centro Ceremonial.

Comparativamente, estas figurillas son semejantes a Tres Zapotes Inferior, pero guardan más analogías con el tipo "D" de la Cuenca de México; en tanto que la cerámica puede tener relaciones con Chicanel, Ponce y Aguilar de Pánuco. Tentativamente, podría relacionarse con los finales del Preclásico Medio e inicios del Superior" (Piña Chán, 1961:62).

Un año después, Piña Chán excavó en La Venta, junto con Roberto Gallegos. Y es que Carlos Pellicer estuvo insistiendo mucho tiempo ante INAH para que se realizara un programa de salvamento, debido a que el sitio estaba en constante destrucción ante el crecimiento de la Planta Petrolera de PEMEX. Como veremos más adelante, desde 1951, Pellicer, junto con el gobernador Francisco J. Santamaría, pensaban realizar un Parque en Villahermosa para colocar los monumentos de piedra. Pero Pellicer tuvo que hacer labor de gestoría con el nuevo gobernador del estado y amigo suyo Manuel Bartlett Bautista, así como con el representante del gobierno del estado en la ciudad de México Carlos A. Madrazo, para evitar tanta burocracia. Pero aún así, el Parque Museo La Venta se inauguró hasta 1958, con ayuda de otro gobernador: Miguel Orrico de los Llanos.

Los monumentos ya se habían trasladado, el Parque Museo se inauguró y Pellicer seguía insistiendo ante las autoridades de INAH para que se realizaran investigaciones aunque fuera de salvamento. Existe

una abultada correspondencia de Pellicer ante la Dirección de Monumentos Prehispánicos. En una de las últimas le comenta al entonces director Ignacio Bernal que el Gobierno del Estado de Tabasco ya había gastado más de 150 mil pesos en el traslado de los monumentos y que no había recursos para financiar las excavaciones, pero que si su Instituto (INAH) estaba en tan malas condiciones económicas para no poder realizar las investigaciones, Pellicer abogararía por conseguirle viáticos a Bernal para que fuera, por lo menos, algunas semanas al sitio.

Bernal decidió encomendar una tarea más a la muy extensa agenda de trabajos que realizaba por toda la República el incansable maestro Román Piña Chán. El trabajo de él y Roberto Gallegos pudo contribuir con interesantes resultados como lo es una secuencia cerámica, una tipología de figurillas, así como el descubrimiento de dos monumentos *in situ*: 63 y 68. La cerámica que analizó Piña Chán provenía de un montículo que fue arrasado, parcialmente, por un *bulldozer* de PEMEX. Observó que el montículo era del Clásico, pero debajo de él había basureros. Realizó ahí una serie de pozos estratigráficos. Del montículo comentó:

"El montículo contenía un relleno de tierra de diferentes tonos, con tiestos de color rojo sobre crema, y aún negro naranja sobre crema, similares a la cerámica policroma del Clásico Veracruzano que también se encuentra en Cerro de las Mesas, Nopiloa, Polvaredas, y otros sitios. Ello indicaba que el montículo fue construido en una época tardía correspondiente a la última ocupación de La Venta." (Piña Chán y Covarrubias, 1964: 18).

En cuanto a los materiales del basurero, se les dividió por niveles métricos, lo mismo que a los materiales excavados por calas en la pequeña plaza al sur del Complejo C, en donde se encontraron los monumentos. Sugirió tres periodos principales en la cultura olmeca de La Venta:

"La Venta I corresponde al Preclásico Inferior y Medio, o Formativo Aldeano de 1500 a 800a.C.; La Venta II al Preclásico Superior o Formativo Urbano de 800 a 200 a.C. y La Venta III a un Protoclásico y Clásico Temprano, o sea de 200 a.C. a 300 d.C." (Piña Chán y Covarrubias, 1964:24).

Es interesante que junto con Drucker, Heizer y Squier, Piña Chán no pareció apreciar lo suficiente, la arquitectura de tierra:

"En La Venta, San Miguel, San Lorenzo y otros sitios, la carencia de piedra obligó a realizar construcciones de tierra, troncos y palma de modo que la arquitectura no alcanzó gran desarrollo." (Piña Chán y Covarrubias, 1964: 34).

Un año después, Piña Chán publicó una obra que, producto de sus clases en la ENAH, sintetizó la historia cultural de Mesoamérica: *Mesoamérica. Ensayo Histórico Cultural* (1960).

Es importante este libro, ya que se observa que



Archivo Beatriz Barba

comenzó a dudar del término Preclásico, sobre todo del Superior:

"El horizonte de las culturas Preclásicas (conocidas también como Arcaicas, Medias, Formativas, etc.) puede dividirse en tres fases principales: Inferior, Media y Superior, basándonos para ello en la clasificación tipológica de la cerámica y figurillas que muestran, tecnológicamente, una misma tradición alfarera. Sin embargo, algunos investigadores consideran que la fase Superior indica ya los inicios de las grandes urbes o centros ceremoniales, que es una característica del horizonte Clásico, por lo cual esta fase podrá, algún día, ser colocada dentro de dicho horizonte cultural.

Por lo pronto me parece más lógico seguirla considerando como una etapa del horizonte Preclásico, ya que marca el clímax de una tradición cultural que cambia, solamente, hasta el Clásico Temprano; notándose desde luego los inicios de las construcciones y el sacerdocio, pero sin la existencia de verdaderos centros urbanos ni una pluralidad de dioses con características definidas como sucede en el Clásico." (Piña Chán, 1960: 53).

Quizá la parte medular para nosotros sea la sección donde enuncia la hipótesis sobre el origen de los olmecas. Ahora ya no propuso que fuera el Centro de México y Morelos. Propuso, en cambio, tres focos sucesivos de creación de rasgos. El más temprano lo ubicó en la Costa del Golfo, pero no al sur, sino en el norte, retomando la idea del Padre Plancarte. Todo lo anterior lo enunció de la siguiente manera:

"Aunque el problema de la cultura Olmeca será tratado ampliamente en el capítulo relativo a la Región de la Costa del Golfo nos anticiparemos algo emitiendo una especie

de hipótesis de trabajo que creo ayudará a comprender el desarrollo de tan importante cultura.

Durante el Preclásico Medio parece haber ocurrido una migración de gentes procedentes de la Región de Pánuco, las cuales se van dispersando por la Costa del Golfo, a la vez que penetraron al Estado de Morelos y aún a la Cuenca de México.

Durante el Preclásico Superior la cultura olmeca va dando lugar a ciertos desarrollos o estilos locales, que se convierten en focos de influencia zonal, sobresaliendo el foco La Venta-Los Tuxtles, el foco Morelos-Puebla-Guerrero y el foco Oaxaca-Chiapas.

Posiblemente esta última zona fue el corredor de paso, por el cual se infiltró la Cultura Olmeca hacia Guatemala y El Salvador, pudiendo fecharse tales movimientos por los finales del Preclásico Superior y Clásico Temprano. Visto así el problema, la cultura Olmeca se manifiesta como una antigua cultura madre que influyó sobre algunos grupos del Altiplano, al mismo tiempo que pudo haber dado lugar a culturas como la maya, zapoteca, huasteca, y aún teotihuacana, de tal manera que, aunque todavía no sabemos su origen, esta cultura fue la base común, y una de las más importantes, de la cual se especializaron no pocos grupos posteriores." (Piña Chán, 1960:64).

En 1964, Piña Chán junto con Luis Covarrubias publicaron *El Pueblo del Jaguar (Los olmecas arqueológicos)* con dibujos inéditos de Miguel Covarrubias. El libro fue un homenaje a este último autor. Es muy importante destacar que en esta obra Piña Chán hizo una síntesis de lo que se conocía de la arqueología olmeca, y de hecho es de gran interés que se planteó lo siguiente:

"De acuerdo con los conocimientos actuales en este ensayo se intentará demostrar que el origen de la cultura olmeca arqueológica no ocurrió en la Costa del Pacífico, sino en la Costa del Golfo." (Piña Chán y Covarrubias, 1964: 10).

Las siguientes obras del Dr. Román Piña Chán continuaron ubicando a la Costa del Golfo como el área nuclear y de origen de la cultura olmeca. Existieron, además, otras oportunidades en las que pudo supervisar excavaciones como lo fue el Monumento 17 de San Lorenzo (cabeza Colosal), así como la publicación de bellas síntesis sobre la cultura de la región del hule como: *Los olmecas: La cultura Madre* o *Los olmecas arqueológicos*.

Una cuenta de piedra en la boca

PERLA VALLE



Cuando a principios de los cincuenta el maestro Piña Chán impartía la clase previa a las prácticas de campo de la especialidad de arqueología en la Escuela Nacional de Antropología, ya era famoso por sus trabajos en Tlatilco y por la excelencia de sus cursos. Su presencia resultaba impresionante para los alumnos, entre los que nos contábamos nosotros. Su aparente sencillez, engalanada con una pulcritud refinada, se combinaba con una recia personalidad y un talento poco común que lo hacía inaccesible. Sin embargo, en la cátedra se transformaba; la pasión que ponía en su discurso sobre cualquiera de los temas de arqueología mesoamericana que tratara, establecía la comunicación inmediata con un público boquiabierto, dispuesto a dedicar su vida al estudio de la arqueología.

Una sesión, en especial, quedó en nuestra memoria. Aquella en la que se trató del destino después de la muerte; de "... las ánimas de los difuntos que iban al infierno, morían de enfermedad, ahora fuesen señores o principales, o gente baja..." como describe Sahagún en el Libro III del Códice Florentino, donde más adelante, al referirse a los cuidados que se acostumbraba tener con el difunto, menciona que "...al tiempo que morían los señores y nobles les metían en la boca una piedra verde que se llama chalchihuitl... porque dicen que la ponían por corazón del difunto..."; al finalizar el texto, dentro de un recuadro, aparece pintada la escena del momento en que un personaje va a colocar la cuenta de piedra en la boca del muerto, que yace con las piernas flexionadas y atado como bulto mortuario.

El maestro enriqueció la lectura de este texto con ejemplos de materiales arqueológicos vinculados con entierros de varios tipos y procedencias. Esta relación, brevísima, entre arqueología y fuentes primarias escritas fue sólo una muestra de una metodología que estaría presente a menudo en los proyectos que llevó a cabo y publicó durante su intensa vida profesional, para beneplácito de la comunidad académica, en general, y, en particular, para los etnohistoriadores, siempre a la búsqueda de tendencias multidisciplinarias.

La proyección de su obra hacia otros campos de estudio de la antropología y de ciencias afines, además de su labor permanente como divulgador de la arqueología mesoamericana, fueron otros factores que se sumaron a su obra científica para darle el reconocimiento tácito de figura prominente del INAH. La historia misma de la institución se ve reflejada en la relación de su vida académica, y su trabajo se vincula con etapas de crecimiento y diversificación de funciones, así como con la creación de nuevos centros de investigación, que forman parte importante de la vida cultural del país.

El trabajo de campo efectuado por Piña Chán en innumerables sitios mesoamericanos lo convirtió en un personaje casi legendario. Entre los compañeros era frecuente que se hicieran comentarios sobre sus decisiones infalibles al determinar el lugar donde debía de excavar con los mejores resultados. En el recorrido por la sección de la zona arqueológica donde se iba a trabajar, nada escapaba a la agudeza de sus ojos experimentados y a una particular sensibilidad afinada en el conocimiento acumulado durante años de trabajo en la mayor parte de Mesoamérica. Y éste era sólo el punto de arranque de la ardua labor de la exploración que realizaba con maestría hasta las etapas finales, sobre las que escribía en informes parciales que con frecuencia veía en artículos y libros.

Piña Chán tenía el don de la palabra escrita, cualidad inapreciable para los investigadores que requieren publicar sus trabajos, misma que le permitiría lograr una habilidad notable en la redacción de textos científicos y de divulgación. En su obra se advierte esta tarea como parte de su compromiso profesional, dedicando tiempo y esfuerzo a escribir el resultado de sus proyectos de investigación.

Así lo demuestra la relación de títulos publicados, correspondientes al número elevado de libros y artículos que integran su bibliografía. Desde sus primeras publicaciones, para las que él mismo dibujaba los materiales arqueológicos con mano maestra en un desván de la azotea del antiguo Museo de Antropología, hasta sus últimos libros con fotografías de la más alta calidad, revelan la cuidadosa atención del autor.

No es de extrañar que en las secciones de ciencias sociales de librerías mexicanas y del extranjero es frecuente encontrar algunas de las obras que lo han hecho famoso.

A partir de 1984, su vida profesional se adaptó a las condiciones impuestas por su estado de salud, que no le impidieron seguir siendo productivo, lo mismo al cumplir con sus cursos de la ENAH, que al atender asesorías y dirigir tesis. Para nuestra fortuna, tampoco dejó de escribir y publicar sobre de temáticas y sitios arqueológicos, disponiendo y compartiendo el inagotable bagaje de conocimientos que lo caracterizaba.

Realizar esa segunda oportunidad de vida fue una hazaña de tal magnitud que sólo pudo lograr con la presencia de Beatriz. Recibió de ella toda la fuerza, el tiempo y el espacio necesarios, con la amorosa paciencia de esposa y compañera, que también era su crítica más rigurosa, al discutir con él aquellas hipótesis que debían redondearse, las propuestas que convenía afinar, o bien, las sugerencias de una lectora informada y exigente.

Considerado por algunos compañeros como un hombre introvertido, de trato difícil o poco afectuoso, era todo lo contrario para sus alumnos y amigos, una vez que se salvaba la barrera protectora con que se rodeaba. Durante los años de su postración, un cambio sutil se fue dando en su personalidad: no obstante las dificultades de comunicación que lo afligían, aumentaron su amabilidad y disposición para conversar, con su particular sentido del humor, al recibir a quienes requerían de una consulta o se acercaban a saludarlo.

Orgullosa de la familia que formó con Beatriz, se refería a sus hijas y a sus nietos con ternura disimulada, pero era evidente la importancia que tuvieron esos afectos para sostener la fortaleza que lo mantuvo durante tantos años. Ante su muerte, deja esta faceta de su vida completa: la imagen de un gran señor que adquirió el rango de nobleza por méritos propios y al que en otros tiempos, se le hubiera colocado una cuenta de piedra verde en la boca.



Archivo Beatriz Barba.

Cómo conocimos y recordamos al Maestro Román Piña Chán

RAÚL ARANA ÁLVAREZ • J. DEL CARMEN CHACÓN



Archivo Beatriz Barba. Con su nieto José Esteban. 1980.

En enero de 1963 inicié mis estudios de antropología, con especial interés en la arqueología. Desde mis primeras clases, cuando cursaba la materia introductoria a esta especialidad, al empezar a leer las obras clásicas y los trabajos realizados por los arqueólogos de esa época, me emocioné y reafirmé mi decisión de seguir esa carrera. En este primer semestre tuve acceso a algunos de los trabajos del Maestro Román Piña Chán y, también, tuve la oportunidad de conocerlo. Recuerdo que su nombre y el reconocimiento de su experiencia me causaban angustia y quizá temor al rechazo de un hombre y maestro ya famoso. Pero, en cambio, recibí y escuché una respuesta, amable, generosa y llena de conocimiento respecto a mis dudas en relación con sus trabajos en el altiplano, en particular, sobre su experiencia en Tlatilco. Con mucho cariño recuerdo que el temor se convirtió en admiración y respeto, no sólo a sus conocimientos sino a esa calidez humana que le permitió externar sus ideas y experiencias de la arqueología, en particular, y de la antropología integral en lo general.

Fue necesario esperar un par de semestres para poder tener una relación más directa con el maestro. Esto sucedió cuando recibí sus cátedras de Mesoamérica. La experiencia de estas clases fue para mí muy enriquecedora, pues se convirtieron en la parte medular de mis conocimientos sobre el área cultural y sobre la arqueología, en especial, en la forma de sentirla y de quererla. Piña Chán -lo digo con orgullo- fue parte importante de mis motivaciones como arqueólogo, ya que, además, del conocimiento sistemático y metodológico que se obtenía de sus clases, éstas siempre terminaban siendo una especie de narración emocionante de sus descubrimientos y experiencias que muchos escuchábamos con atención y otros deseábamos experimentar.

En esta época, empecé a tener mis primeras prácticas de campo y a participar en algunos proyectos de investigación con otros maestros y arqueólogos. Esto no fue motivo para que me alejara del maestro, ya que siempre que podía, lo buscaba, primero en sus oficinas de Monumentos Prehispánicos y, después, en el Museo de Antropología. Solía comentar con él mis experiencias, las cuales eran bien recibidas y, en la mayoría de los casos, enriquecidas y aumentadas. Él trataba siempre de ayudarme a encontrar soluciones en asuntos de mi interés, como lo es el trabajo de campo. Con su plática y experiencia despertaba en mí cada vez mayor afán por descubrir y valorar los objetos y materiales arqueológicos, tratándolos con cuidado y cariño por muy simples que fueran, pues, a través de ellos, podía obtener conocimientos.

Aunque nunca tuve oportunidad de trabajar en el campo bajo su dirección, sí pude de seguir en comunicación constante, cada vez que él volvía de alguno de sus proyectos o cuando yo recurría a su persona para oír sus consejos o contarle mis experiencias. Esto siempre le gustó de parte de sus compañeros y alumnos: todo le interesaba y a todo era receptivo. Recuerdo con agrado el principio de los setenta, cuando tuve la oportunidad de trabajar en Chalcatzingo en un proyecto con David Grove, al mismo tiempo que el Maestro Piña trabajaba en la Zona Arqueológica de Teotenango. Entonces, lo visitaba constantemente y él se interesaba por los descubrimientos en el sitio morelense, al mismo tiempo que me enseñaba lo que estaba explorando en su propia zona arqueológica. Esta fue una etapa de mucha experiencia para mí, aprendí a observar las evidencias en el campo y a desarrollar el sentido de percepción muy importante en la arqueología; éste era en el Maestro Piña Chán un preciado don de los dioses prehispánicos, quizá, los únicos en los que creía.

Del proyecto Teotenango aprendí la importancia de la coordinación y organización de un grupo de especialistas, trabajando en forma interdisciplinaria con un fin común, relacionado con el conocimiento y el descubrimiento integral y conservación de la zona arqueológica, así como la reconstrucción histórica y cultural del asentamiento.

En 1976, el Maestro Piña Chán inició, en el mismo Estado de México, otro proyecto en Huamango, una zona arqueológica que no había sido explorada y que, al igual que otras fue, estudiada y conservada íntegramente por él; en esta ocasión tuvimos la oportunidad de participar más tiempo con nuestro querido maestro: Carmen como su asistente en la excavación y Raúl, aprovechando la oportunidad para convivir con él. Pasamos varios días aprendiendo la experiencias de campo y, algunas noches, escuchando la gran cantidad de anécdotas que él había vivido, siempre amenas, agradables y divertidas, ya fueran de su vida personal o en relación a su trabajo y amplio conocimiento.

De entre las muchas vivencias que tuvimos con el Maestro Román Piña Chán, recordamos con cariño la forma en que se le concedió el premio Aztlán y el gusto que le dio recibirlo. Creemos que a él le gustaría mucho que describiéramos algunos pormenores de este suceso.

Cuando estuvimos comisionados al Centro Regional del Estado de Nayarit, entre 1988 a 1991: el gobernador del estado, Celso Humberto Delgado, dio un gran impulso a la cultura y, en especial, a la historia de la entidad desde sus orígenes. Para tal efecto, creó una feria estatal que denominó Feria de la Mexicanidad, donde uno de los eventos importantes era el reconocimiento anual al mejor investigador de nuestra cultura prehispánica, así como a los más destacados estudiosos de las culturas indígenas y luchadores por la conservación del patrimonio cultural. En noviembre de 1990, fui designado por el Gobierno del estado y los organizadores de la Feria, miembro del jurado calificador de los candidatos al premio Aztlán; en esta ocasión, junto con el Maestro Piña Chán, se seleccionaron a otras cinco personas -principalmente historiadores con gran trayectoria académica y científica.

La nominación del Doctor Román Piña Chán para participar en el certamen fue hecha por nosotros como miembros del INAH, a solicitud del señor gobernador, quien también consideraba que el maestro tenía los méritos suficientes para hacerse acreedor al premio en cuestión. Por supuesto, había otros candidatos que también lo merecían, pero lo que fue agradable y emocionante fue la respuesta del jurado, que, en forma unánime, acordó que el premio era para Román Piña Chán por su aporte a la arqueología e historia del país.

Desafortunadamente, cuando se difundió la noticia de que se había otorgado el premio a nuestro querido maestro, él no pudo realizar el viaje a la Ciudad de Tepic para recibirlo, por estar presente en un homenaje en el que participaron muchas escuelas, desde nivel primaria hasta la universidad. Sin embargo, la decisión del jurado fue festejada con mucha alegría y reconocimiento a su obra, lo que llenó de

orgullo a nosotros y al INAH. Posteriormente, el gobernador Delgado programó, conjuntamente, con la Doctora Beatriz Barba una visita oficial al domicilio del maestro en la Ciudad de México, con el fin de entregar personalmente el reconocimiento, conjuntamente con otras personalidades de su gabinete y ante la presencia del Director del INAH Roberto García Mall y la propia Doctora Barba.

A partir de mediados de 1991, regresamos a México y establecimos una relación más estrecha con la Doctora Beatriz Barba y, desde luego, con el Maestro Piña Chán, con quien nos reuníamos a platicar de las clases en la ENAH y de nuestros proyectos de investigación, por los cuales él siempre mostraba curiosidad e interés. Nuestro afecto y amistad hacia Román y Beatriz fue en aumento, y nos sentimos orgullosos de que haya podido visitar y conocer nuestra casa; estuvimos con él en sus últimos momentos y aún guardamos el recuerdo de su despedida. Nunca olvidaremos la calidad de ser humano y maestro y las experiencias y consejos que nos dio; siempre recordaremos con cariño a nuestro querido Maestro Román Piña Chán que hoy, físicamente, ya no se encuentra con nosotros, pero que en nuestra mente y corazón siempre estará.



Archivo Beatriz Barba.

Román Piña Chán y la arqueología en Guerrero

SAMUEL VILLELA F.



Archivo Beatriz Barba.

En 1967 aparecen publicadas, coincidentemente, dos obras en las que se desarrolla una visión general de Mesoamérica. La primera, *The Evolution of a Civilization*, de Sanders y Price, enfocada desde el materialismo cultural y la segunda, *Una visión del México prehispánico*, de Román Piña Chán.

Dentro de este par de obras, importantes por considerar una visión totalizadora del desarrollo mesoamericano, la temprana elaboración del arqueólogo mexicano constituye, a no dudarlo, uno de sus pioneros aportes a la comprensión global de lo que fue el México prehispánico.

Posteriormente, a estos trabajos se desarrollaron otros más, entre los cuales cabría mencionar los de Wolf (1976), Carrasco (1976 y 1985) y Nalda (1982).

Esta perspectiva general que, indudablemente, ha de haber permeado toda visión de investigación en Piña Chán, fue complementada o alimentada con indagación directa en muchos sitios y áreas de lo que fue Mesoamérica, con lo cual ha debido enriquecerse su visión sobre los procesos de desarrollo social. Es en estos términos en que adquieren relevancia las siguientes líneas sobre el acercamiento del arqueólogo a una región del actual estado de Guerrero.

En su artículo: *Algunos sitios arqueológicos de Oaxaca y Guerrero*, publicado en 1960, previamente a su obra general, el arqueólogo elabora la sucinta descripción de materiales ubicados en sitios de la Costa Chica guerrerense: Piedra Labrada, Charco de Ometepec, Comaltepec, El Terrero, La Sabana y Acapulco. Un poco antes, en 1959, Piña Chán ya había trabajado algunos datos de Guerrero para la guía oficial de la sala de las culturas de Occidente del Museo Nacional de Antropología ya que, para entonces, aún había el consenso de considerar a Guerrero como parte de esa subárea mesoamericana denominada "Occidente".

Ya en el primer párrafo de dicho artículo, el arqueólogo discierne una cuestión que sigue siendo vigente:

"La costa oaxaqueña y guerrerense, especialmente, la región fronteriza a ambos estados, es prácticamente desconocida desde el punto de vista arqueológico, existiendo, solamente, algunos datos obtenidos mediante reconocimientos superficiales, de unos pocos sitios de la misma."

Ante esto, Piña Chán plantea "la necesidad de estudios más amplios en la zona costera y fronteriza de esos estados" (*Ibid.*, loc. cit.: 65), elaborando su propio aporte a partir de dicho trabajo.

Esa modesta contribución del arqueólogo es algo que habría que destacar pues la panorámica de investigación arqueológica en Guerrero no ha variado gran cosa. En 1984, durante el *Primer coloquio de arqueología y etnohistoria*, llevado a cabo en Chilpancingo, Gro., los arqueólogos Smith y Litvak (1986: 33) ratificaban lo previamente dicho por don Román: "Una región prácticamente desconocida... es la constituida por la sierra tlapaneca y toda la región al oriente del camino a Acapulco... No se conoce arqueológicamente."

Y, certificando la aportación del arqueólogo campechano dentro de este desolador panorama de investigación, los mismos autores citados referían (*Ibid.*, loc. cit.): "A excepción de un breve recorrido de Piña Chán (1960) no se sabe, prácticamente, nada sobre la Costa Chica".

En su artículo, nuestro arqueólogo describe estelas, ubica y tipifica restos cerámicos, identifica estilos y tradiciones (figurillas estilo Tambuco y San Jerónimo), trata de establecer correlaciones con otros sitios dentro del mismo Guerrero (Texmelincan, Coyuca de Benítez) o con otros ámbitos mesoamericanos (Monte Albán, Teotihuacán, Nochixtlán, Tututepec). Y, como resultado de su breve disertación, aunado a las influencias teotihuacanas, intuye un influjo de zapotecos y mixtecos "sobre algunos grupos fronterizos del estado de Guerrero" (Piña, op. cit.: 75).

A través de esta breve semblanza del acercamiento del arqueólogo a una región, prácticamente, desconocida en Guerrero, hemos querido destacar la ubicuidad de Román Piña Chán para adentrarse en la vasta geografía de lo que fue Mesoamérica. En el páramo de investigación que constituye la entidad y esa región, en particular, aún hoy día, sus breves y específicas notas constituyen un aporte que marca posibles vetas de investigación que siguen esperando respuesta. En el marco del homenaje que se rinde a su memoria, quizá se podrían mencionar muchas cosas más pero, a partir de mi conocimiento elemental del panorama de investigación arqueológica en esa entidad federativa, me parece relevante el trasiego del arqueólogo por esas ignotas tierras.

Referencias citadas

CARRASCO, Pedro. "La sociedad mexicana antes de la conquista", en: *Historia general de México*, t. I, pp. 165-288. El Colegio de México, México. 1976.

_____ "La economía en el México prehispánico", en: CARRASCO, Pedro y Johanna Broda (Ed.). *Economía política e ideología en el México prehispánico*, pp. 13-74. Ed. Nueva Imagen, México. 1985.

NALDA, Enrique. "México prehispánico: origen y formación de las clases sociales", en: *México un pueblo en la historia*, pp. 49-178. Universidad Autónoma de Puebla-Ed. Nueva Imagen, México. 1982.

PIÑA Chán, Román. *Sala de las Culturas de Occidente. Museo Nacional de Antropología. Guía Oficial*. México. Instituto Nacional de Antropología e Historia. México. 1959.

_____ "Algunos sitios arqueológicos de Oaxaca y Guerrero", en: *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, t. XVI, pp. 65-76. Sociedad Mexicana de Antropología. México. 1960.

_____ *Una visión del México prehispánico*. Universidad Nacional Autónoma de México. México. 1967.

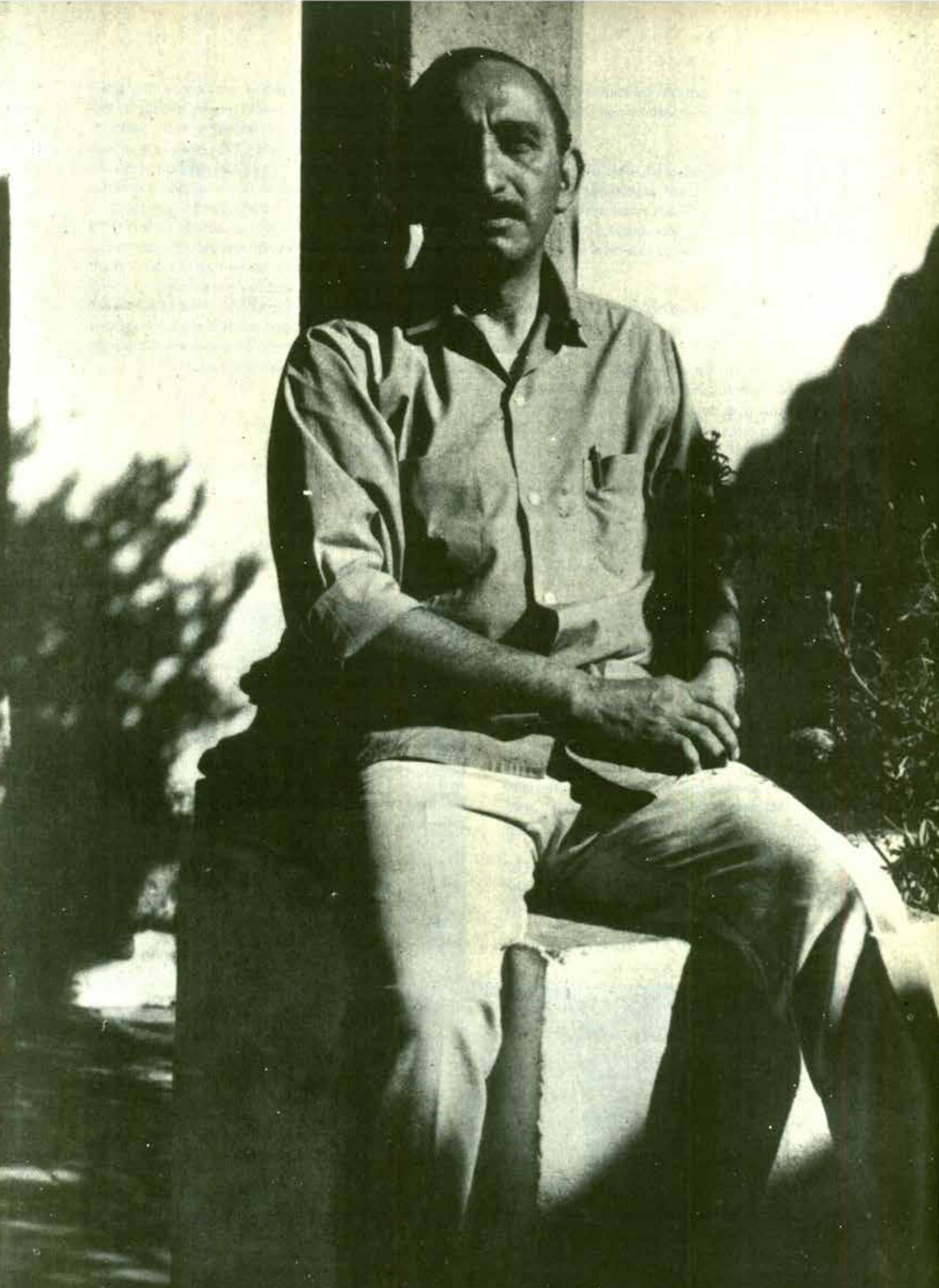
SANDERS, William T. y Price, Barbara. *Mesoamerica. The Evolution of a Civilization*. Random House, New York. 1967.

SCHMIDT S., Paul y Litvak K., Jaime. "Problemas y perspectivas de la arqueología en Guerrero.", en: *Primer coloquio de arqueología y etnohistoria del estado de Guerrero*, pp. 27-54. Instituto Nacional de Antropología e Historia -Gbn. del Edo. de Guerrero. México. 1986.

WOLF, Eric. *Pueblos y culturas de Mesoamérica*. Ed. Era, México. 1967.



Archivo Beatriz Barba.



Fotografía extraída del libro: *Homenaje a Román Piña Chan*, editado por la UNAM, 1987.

El Doctor Román Piña Chán: unas impresiones desde el Altiplano hasta la Península de Yucatán (1954-2001)

WILLIAM J. FOLAN



Archivo Beatriz Barba. 1953-1955.

Uno de mis primeros recuerdos sobre el Dr. Román Piña Chán es de hace unos 45 años, durante un viaje del D.F. a la ciudad de Oaxaca. Era de noche. Yo estaba en un camión de segunda viajando cerca de Huajuapán de León, cuando me pareció ver un vehículo abierto del Instituto Nacional de Antropología e Historia andando entre las nubes frías y bajas de la montaña mixteca, bañado por la lluvia y cortando los haces de luz lanzados desde mi transporte. El carro del INAH era tipo comando, de llantas grandes y doble tracción, muy popular durante la Segunda Guerra Mundial y lo hemos visto, repetidas veces, en el cine cruzando los desiertos de África del Norte con uno u otro militar de alto rango a bordo. Aunque yo imaginaba que tanto el chofer como sus pasajeros estaban muriéndose de frío en esa noche de invierno, dentro de ese viejo vehículo con el toldo roto y volando por el aire, sentí un fuerte deseo de ir dentro de ese carro tan golpeado, a pesar de la hora y las condiciones atmosféricas. Fue imperiosa la necesidad de pertenecer a ese grupo cuyo idioma hablaba yo más mal que ahora y cuya cultura, todavía, me parecía diferente a la que yo manejaba. Apenas tenía unos cuantos meses de radicar en el país como estudiante, pero eso no importaba, y aunque no nos conocíamos, los ocupantes de ese jeep y yo teníamos los mismos intereses, la misma necesidad de buscar, de conocer, de entender lo que representaban los vestigios de las antiguas culturas del Valle de Oaxaca y sus alrededores. Pertenecíamos, de un modo u otro, al mismo gremio, aunque yo sabía poco de México, de los mixtecos o los zapotecos y hasta de

quienes eran esos personajes anónimos compartiendo el mismo camino, el único para llegar a nuestra meta común. Yo, sin embargo, no pude unirme a ese grupo porque no estuvo a mi alcance sino hasta muchos años después y en un lugar lejos de la altiplanicie, en la selva de la península de Yucatán.

Con el tiempo yo también he tenido la oportunidad de estar dentro y fuera de ese carro, tanto en tiempos tempestuosos y oscuros, como en ratos cortos y largos de caminos buenos y menos resbalosos; siempre pienso en ese joven impresionable pero determinado, que resolvió que lo importante, en realidad, es estar dentro del carro, de una u otra manera, y no estar fuera, ajeno a su trayectoria como cualquier observador, tratando de ver entre las nubes si allá anda Alfonso Caso, el Dr. Ignacio Bernal o Jorge Acosta dejando atrás una pista inescapable de colillas de cigarrillos Delicados.

Mucho antes de conocer al Dr. Román Piña Chán ya había escuchado de él y de su fama como un buen arqueólogo de campo y de gabinete, especialmente, sobre la cuenca de México, además de que también era un magnífico maestro adentro y afuera del aula. Su fama le había precedido, aunque, solamente, tenía cuatro años de haberse graduado en la ENAH. Piña o Piña Chán, era lo mismo dicho con cariño, ya había llegado a Oaxaca donde fue comisionado por el INAH como asesor del Maestro John Paddock y Charles Wicke del México City College, institución que iba a ser mi *Alma Mater*. La Universidad había planeado una clase de técnicas de investigación de campo

para enseñarnos cómo excavar y consolidar las ruinas de los antiguos zapotecas de Yagul ubicadas enfrente de Tlacolula, Oaxaca, que fue el sitio del mercado indígena semanal más grande del país por aquellos tiempos. Tuve poco contacto con Piña Chán durante los primeros días del proyecto porque él era responsable de un grupo habitacional atrás de la plaza principal, acompañado por mi condiscípulo Perry G. Duncan, mientras yo estaba con James Oliver en la misma plaza frente al Palacio de las Grecas, con la mayoría de los estudiantes; pero nos reuníamos con él entre semana por las tardes, en la ciudad de Oaxaca, para comer y después degustar algunas cervezas en la terraza del Hotel Monte Albán. Al final de cada semana ardua de trabajo, nos juntábamos en mi departamento en una gran fiesta todos los sábados en la noche.

Durante ese tiempo, él nos dio una serie de indicaciones de lo que uno debe y no debe hacer en las excavaciones, haciendo un esfuerzo continuo para enseñarnos cómo trabajar en el campo y cómo ser arqueólogos. Si uno lo hacía bien no había problema, pero en caso de cometer errores, Piña Chán siempre se tomaba la molestia de corregirnos, a veces, regañándonos, lo que siguió haciendo hasta los últimos días. Pero no solamente hacía esfuerzos para decirnos cómo portarnos como arqueólogos de campo, al contrario, él nos dio el ejemplo tomando el pico y la pala para adelantar los trabajos y mantenerse en condiciones físicas. Aunque no hablaba mucho y todavía no manejaba el inglés, cuando nos reuníamos en las fiestas del sábado platicaba continuamente en un español bastante claro para que pudiéramos entenderle nosotros, los anglosajones en proceso de realizar nuestro sueño de ser arqueólogos de campo y personalidades como él. Piña no llevaba ni una sola gota de prejuicio en sus venas mayas, pero yo no estaba tan seguro del caso entre algunas gentes que él conocía.

Para nosotros, esta experiencia representaba un magnífico principio en la arqueología mexicana/mesoamericana porque nos proveyó de un modelo de cómo uno debe portarse en el campo. Ya después de esta primera experiencia, Piña y yo nos topábamos, de vez en cuando, dentro del antiguo Museo Nacional, pegado al zócalo, o en la ENAH y, entonces, noté que había ganado bastante peso por no haber trabajado en el campo durante un tiempo.

En el mes de octubre de 1959 vi a Piña de nuevo acompañado por el arqueólogo yucateco Víctor Segovía Pinto y el dibujante campechano Hipólito Sánchez Vera en la excavación de la Cueva de Balancanché, mientras que yo estaba trabajando con el Dr. E. Wyllys Andrews IV del Middle American Research Institute de la Universidad de Tulane, acompañado por mi colega, el arqueólogo George E. Stuart. Fue durante este proyecto que Piña hizo un gran esfuerzo para organizar la seguridad de la cueva y su contenido cultural, además de llegar a un acuerdo con el ejido correspondiente para incluir la cueva y sus alrededores dentro del patrimonio cultural del país; también formó un museo allá, con la ayuda de Raúl Pavón Abreu. De lo que yo recuerdo, Piña proporcionó material y fon-

dos para construir una casa ejidal y una escuela, todo de mampostería. Durante este proyecto, él y yo tuvimos la oportunidad de festejar el proyecto con el Sr. Fernando Barbachano en el Hotel Mayaland, donde este último nos había proporcionado las facilidades necesarias para comer y dormir en la Hacienda Chichén Itzá durante nuestros trabajos en Balancanché, para pasarla lo más cómodamente posible. Fue en una reunión en el bar del Hotel cuando don Fernando sacó una pistola una noche diciéndome que si yo no me cortaba la barba él me la quitaría de una manera u otra. Después de rehusar, don Fernando, entre carcajadas, me aseguró que la pistola no tenía municiones, para alivio de todos.

Durante este proyecto fue cuando Piña, quien iba a pasar de Subdirector a Director de Monumentos Prehispánicos del INAH, me ofreció la oportunidad de trabajar con él como parte del cuerpo de investigadores del Centro Regional de Yucatán, del Instituto Nacional de Antropología e Historia, que, en aquel entonces, estaba bajo la dirección del arqueólogo Ponciano Salazar Ortigón y cuyas oficinas se ubicaban en la Plaza de la República en Mérida. Así, hizo realidad los sueños de un joven estudiante nacido en Chicago, crecido en Riverside, Illinois, y formado en el tránsito a la ciudad de Oaxaca en 1954.

Al comenzar mis actividades profesionales, tuve un problema grave de salud, pero Piña me siguió enviando mis honorarios. Después, me mandaron a hacer una excavación de rescate en el camino a Becanchén, al sur de Tekax, Yucatán. Más tarde, me



Archivo Beatriz Barba. 1955.

nombró director de campo del proyecto para la excavación del Cenote Sagrado de Chichén Itzá con fondos de la National Geographic Society. Dadas sus responsabilidades como Director de Monumentos Prehispanicos del INAH, solamente pudo pasar unos cuantos días en el sitio de la excavación. Después de este proyecto, el arqueólogo Ponciano Salazar Ortigón participó en el proyecto Teotihuacan y fue reemplazado en el cargo de Director del Centro Regional de Yucatán por el Lic. Manuel Castañeda y un servidor como arqueólogo residente. En esos días, virtualmente, todos los arqueólogos del INAH o alrededor de unos 50, vivían en el D.F., donde tenían acceso a sus colegas y publicaciones, algo de lo que no existía en provincia. Después de hacer muchos trabajos importantes en Mérida, que incluyeron inventarios, laboratorios, museos, y consolidación de edificios coloniales, Piña aprobó un proyecto para terminar la excavación y consolidación de los Edificios 384, 385 y 386 del grupo, al lado de la antigua entrada al sitio arqueológico de Dzibilchaltún, donde el Dr. E. Wyllys Andrews IV de la Universidad de Tulane me había dirigido la excavación del pequeño templo Estructura 38 y 38-sub en 1959 y 1960. El propio Piña había decidido instalar un museo en Dzibilchaltún, planeándolo y dejándome los dibujos de las vitrinas y divisiones. Cuando regresó a Dzibilchaltún, armamos el museo incluyendo dos fragmentos de estelas e incluimos las figuras de las Siete Muñecas del Edificio I del mismo nombre, además de cerámica y artefactos excavados del Cenote Xlacah de Dzibilchaltún encontrados por John Newberry, también con fondos



Archivo Beatriz Barba. Caricatura hecha por Jean en Bonampak, 1953

de la National Geographic. De esta manera, el Museo de la Cultura Maya tuvo sus principios. A la vez, pedí fondos a Piña Chán para cerrar la zona arqueológica con una albarrada, después de solicitar el permiso a los ejidatarios de Chablekal para incluir al centro del sitio en la zona arqueológica como Patrimonio Cultural de la Nación, sentando las bases para la formación del Parque Nacional de Dzibilchaltún. Para demostrar que los ejidatarios estuvieron de acuerdo con este proyecto, ellos mismos abrieron la brecha limitando la zona arqueológica, y con fondos proporcionados por Piña les pagué \$50.00 por metro levantado de albarrada bajo la coordinación del Sr. Catalino Cohuó de Chablekal, quien fue mi capataz y colega durante la mayor parte de nuestras excavaciones en ese lugar. Adicionalmente, Piña me dio permiso para desarmar la veleta gigante que el gobernador Felipe Carrillo Puerto había instalado en Chichén Itzá, reponiéndola con una bomba eléctrica para instalarla cerca de Chablekal en una noria con bebederos restaurados. De esta manera, los ganaderos no tenían que utilizar el Cenote Xlacah para proveer el agua para su ganado, logrando al mismo tiempo liberar la zona arqueológica de cantidades asombrosas de garrapatas y conservar su flora y su fauna rumbo a su nombramiento como Parque Nacional.

Después de unos ocho meses de excavaciones en Dzibilchaltún, trabajando desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde, cinco días a la semana, Piña me marcó el propósito de excavar y, parcialmente, restaurar la capilla abierta de Dzibilchaltún que yo había visitado en 1956 con don Alfredo Barrera Vázquez. La restauración se basó, en parte, en una foto de la capilla tomada por el Dr. E. Wyllys Andrews IV cuando estuvo en Dzibilchaltún en 1941 con el mismo



Beatriz Barba. Dr. Román Piña Chán con Gloria Artís, Iván Rivera y otros, inaugurando la develación de la placa donde se le nombra al auditorio de la ENAH. "Dr. Román Piña Chán".

don Alfredo y su colega George W. Brainerd, representando este esfuerzo una de las primeras excavaciones y restauraciones de edificios coloniales en el sureste del país.

Debo comentar que cuando Piña llegaba a Yucatán como Director de Monumentos Prehispánicos, cada visita era un evento tanto académico como social. Él, antes que nada, era una persona generosa y dio oportunidad a mucha gente, no sólo a mí. También distribuía publicaciones y noticias sobre los descubrimientos más recientes, que yo, siendo el único arqueólogo del INAH en Yucatán y alrededores, consideraba de mucha importancia. Pero también se convirtió en el anfitrión número uno de nosotros en los centros nocturnos de la ciudad donde festejábamos nuestros éxitos, de una manera realmente grandiosa. Entonces, si alguien le preguntaba quien era, él siempre contestaba con orgullo: "Soy el Dr. Román Piña Chán, investigador de tiempo completo del Instituto Nacional de Antropología e Historia". Fueron tiempos memorables que voy a recordar el resto de mi vida.

Después de estos triunfos y de las múltiples publicaciones que resultaron, yo sentí que tenía que culminar mi educación académica en los Estados Unidos, donde mi amigo el Dr. Walter W. Taylor me ofreció una beca. Con esto en la mente, tomé un autobús en Mérida para viajar a la ciudad de México y comunicarle, personalmente, a Piña de mi decisión. Salí de Yucatán con mi familia el 17 de diciembre de 1962, regresando hasta el siguiente verano con su apoyo para conseguir datos adicionales y terminar de escribir lo que el INAH y la Sociedad Americana de Arqueología iban a publicar.

Para Piña lo importante era publicar. En otras palabras, nosotros vivíamos de la pluma en un ambiente donde los pretextos tenían poco o ningún valor. Una cosa que aprendí de él es que cuando los tiempos no eran buenos, había que escribir y publicar. Esto es algo que nuestros detractores nunca entendieron. Cuando nos molestaban, nosotros sacábamos más cuartillas que durante los buenos tiempos. Mientras, estábamos solicitando permisos del Consejo de Arqueología y apoyo económico de un lugar a otro. Después de estudiar mi maestría, regresé a México para descubrir que Piña había renunciado a su posición en Monumentos Prehispánicos. Aunque yo tenía la intención de seguir trabajando en Yucatán, el nuevo director de Monumentos Prehispánicos, maestro José Luis Lorenzo, solamente me podía ofrecer la posibilidad de organizar el Centro Regional del INAH en Chilpancingo, Guerrero. Esto no me llamó la atención en aquel entonces y decidí tomar la posición de investigador en el Departamento de Asuntos Indígenas del Gobierno de Canadá, desde donde me fue posible participar en otra excavación en el Cenote



Fotografía del Archivo Beatriz Barba

Sagrado de Chichén Itzá, en 1967, dirigido por Piña. Durante ese proyecto, él participó, activamente, en la excavación con un buen equipo de arqueólogos como Otto Schondube y Yoko Sugiura Yamamoto. Como siempre, fue muy generoso ofreciéndonos muchas oportunidades para trabajar, no solamente de ayudantes, sino de directores de proyectos financiados por el INAH u otra dependencia del estado. Él fue un internacionalista porque también visitó otros países como China, España y Estados Unidos, aceptó una posición de mucha categoría en la Universidad del Sur de Illinois, en Carbondale, donde yo recibí mi maestría y después de regresar de Canadá, mi doctorado.

Trabajando en el Cenote Sagrado por segunda vez, Piña pidió mi apoyo como intérprete durante una entrevista con un reportero americano, y descubrí que por aquel entonces, él hablaba un inglés ya casi perfecto, no necesitando mis servicios. De lo que recuerdo, leía francés y un poco de alemán. La siguiente vez que vi a Piña y a su esposa Beatriz fue durante mi regreso a México con mi esposa Lynda, en 1974, antes de comenzar dos años arduos de trabajo de



Fotografía del Archivo Beatriz Barba

campo en Cobá, Quintana Roo, también apoyado por la National Geographic. Al telefonar a Piña Chán para saludarle, me invitó a participar en un proyecto en Huamango, cerca de Acambay, Edo. de México. Como era su costumbre, me instaló en su casa y, al día siguiente, yo vestido solamente con una guayabera, fuimos a Teotenango, lugar que él ya había excavado y restaurado, para después ir a Huamango, todo dentro del mes más frío del año, provocándome el peor caso de bronquitis de mi vida. Fue en su publicación sobre Teotenango donde, una vez más, él mostró su alta capacidad como etnohistoriador citando continuamente las frases de los antiguos textos para entenderlos mejor. De esta manera, gracias al apoyo de Piña Chán, mi esposa Lynda y yo llevamos a cabo, en Huamango, una de las mejores excavaciones de nuestra vida profesional, identificando áreas de actividades dentro del Palacio Principal y, por lo menos, dos habitaciones, además del patrón de asentamiento de la región con mi colega José Evaristo Aguilar, todo publicado por la Secretaría de Turismo del Estado de México. Cuando mi esposa y yo nos distraíamos en la excavación para conseguir datos horizontales sobre los pisos de los edificios estratigráficamente, Piña me acusó de no ser arqueólogo sino sociólogo, pero como siempre, nos apoyó hasta el fin del proyecto obligándonos a publicar el libro resultante, que es así como uno debe hacer arqueología.

Después de este proyecto, con mi esposa y el Prof. Antonio Ruiz Chávez decidimos conseguir fondos para excavar un sitio de avanzada teotihuacana, el Cerrito de la Campana cerca de Temascalzingo, Edo. de México, que fue considerado territorio prohibido para los investigadores de ese tiempo. Afortunadamente, pudimos llevar a cabo una pequeña excavación allá gracias al apoyo económico de Piña Chán y a las buenas relaciones del Prof. Antonio con la gente de la región, por haberles dado clases de arte. Pedimos prestados picos y palas del Ayuntamiento de Acambay y lo hicimos. Después de publicar una monografía en la UAC sobre el Cerrito de la Campana, ya reeditada por el Estado de México y varios artículos sobre este proyecto, los resultados de todos esos trabajos fueron instalados dentro de un magnífico museo en Acambay que lleva el nombre del Prof. Antonio Ruiz Chávez. Otra vez, estando entre proyectos, terminamos monografía sobre Cobá, Quintana Roo, Piña Chán me ofreció la posibilidad de ser el Director del todavía no formado Centro de Investigaciones Históricas y Sociales de la Universidad Autónoma del Sureste en Campeche, comenzando en Noviembre de 1981. Por ese tiempo, mi esposa y yo estábamos escribiendo una historia de la arqueología en la península de Yucatán, de acuerdo con los proyectos de la Carnegie Institution de Washington. A la vez, tramitábamos un permiso del Consejo de Arqueología del INAH y conseguíamos fondos para trabajar en las ruinas de Calakmul, Campeche. Cuando Piña, como parte de la organización del Centro, me ofreció la posibilidad de excavar en Jaina, Becán, Xpuhil y Chicanná, le dije que para mí Calakmul era el sitio más sobresaliente de la arqueología maya en México. Al principio no me dijo nada. Después de que pasó un rato bastante largo,



Archivo Beatriz Barba

como era su estilo cuando no estaba muy de acuerdo con algo, me aceptó la proposición diciendo que estaba bien la idea y que él iba a trabajar en Becán, Chicanná e Xpuhil. Todo lo demás es historia. Mientras Piña estaba haciendo algunas exploraciones en Becán, Chicanná e Xpuhil me dio algunos fondos de su proyecto, mientras el rector, el Ing. Humberto Lanz Cárdenas, me dio otros para arrancar lo que iba a terminar de ser el mapa de las ruinas de Calakmul de 30 km² con 6,250 edificios levantados por Jacinto May Hau y sus ayudantes como Nicolás Caamal Canché, Francisco May Hau y Cándido Choc Chán de Cobá, Quintana Roo, durante 84 meses. Mientras tanto, Rogerio Cohuó Muñoz, de Tenabo, levantó las curvas de nivel con su dedicado equipo. Recientemente, todo ha sido publicado por el Centro de Investigaciones Históricas y Sociales de la Universidad Autónoma de Campeche en 32 hojas y una monografía de 120 pp. todo *In Memoriam* del Dr. Román Piña Chán, quien nos dio la oportunidad de arrancar el proyecto y seguirlo. Valdría la pena mencionar que el Dr. Salvador Malo, entonces de la SEP, nos proporcionó fondos adicionales, como el descubridor de Calakmul, el Dr. Cyrus L. Lundell, George E. Stuart, Joyce Marcus y otros amigos del proyecto como Doña María Augusta Lescale de Soto y sus nietos.

Gracias a los esfuerzos de Piña, el Gobernador del Estado de aquel entonces, Ing. Eugenio Echeverría Castellot, abonó su proyecto con dinero suficiente para comprar vehículos e instalar grupos de investigación en sitios arqueológicos como Becán, Chicanná, Río Bec, Itzamkanac y Calakmul, representando así uno de los proyectos más grandes del área maya de todos los tiempos. Como era característico en Piña, él financió hasta a las gentes que le estaban fastidiando y se declaraban sus detractores. Con el apoyo de Piña, se formó el nuevo Centro Regional del INAH en Campe-

che donde quedó el Arq. José Enrique Lanz como director, recientemente llegado de una escuela de arquitectura y restauración de Italia. Asimismo, mi esposa, yo y algunos colegas de SEDUE, incluyendo al Biólogo José Manuel García Ortega, y con el apoyo del uso de un helicóptero, gracias a la generosidad de la Lic. Dolores Lanz, ahora viuda de Echeverría, formulábamos un proyecto que habíamos estado planeando desde 1975 para convertir la mayor parte del sureste del Estado de Campeche en un Parque Ecoarqueológico de unos 20,000 km², que más tarde fue reducido a 718,000 hectáreas con dos núcleos y, finalmente, decretado por el Lic. Carlos Salinas de Gortari. Piña, sin embargo, me dijo que yo estaba pidiendo demasiado y que uno no



Fotografía del Archivo Beatriz Barba.



Fotografías del Archivo Beatriz Barba.

puede detener el progreso del Estado; a lo que yo le contesté que la destrucción de la selva del Petén campechano no tenía nada que ver con el progreso. A la vez, le pedí su apoyo, lo que me prometió, rescatando el proyecto de un posible fracaso porque el gobernador de entonces y muchas de sus instituciones, dependían, por lo menos en parte, de las opiniones de Piña en Campeche y otros lugares del país.

Ya comenzado el proyecto arqueológico coordinado por Piña Chán, yo estaba en mi privado en el Centro de Investigaciones Históricas y Sociales cuando recibí una llamada de Cristina, la hija mayor de Piña y su esposa Beatriz, diciéndome que él se había caído en Becán y que se encontraba en el Seguro Social de Chetumal. Me sorprendí al recibir esa llamada por muchas razones, porque Piña, después de dar un discurso sobre economía en una entrevista en mis oficinas el día anterior, incluyendo referencias a Marx, Prieto y otros economistas, se fue a Becán a concluir trabajos. Lo estuve esperando para que diera algunas indicaciones generales antes de regresar a Campeche y seguir rumbo a México a reunirse con su esposa Beatriz y tomar un sabático de seis meses para ir a España y localizar datos sobre las defensas de Campeche colonial, antes de jubilarse del INAH. Yo, curiosamente, nunca le pregunté nada sobre el accidente a Piña. Nunca aclaré de dónde cayó u otra cosa. Me mantuve, psicológicamente, en actitud de rechazo al acontecimiento, sin que pueda explicarlo. Me pidieron avisarle al Señor Gobernador del problema. Fui al Seguro Social de la Ciudad de Campeche, donde el administrador me informó que le habían comunicado de Chetumal que Piña había sufrido sección de médula. Ya con esta idea, solamente me quedaba ha-

cer lo posible para garantizar el bienestar de Piña y de su proyecto. Él quedó parapléjico y con múltiples enfermedades como secuela, pero de su proyecto, como él no lo vigiló más, algunos de los sitios arqueológicos dieron buenos resultados y, otros, no tanto. Calakmul fue un éxito gracias a los esfuerzos de mucha gente adentro y afuera de la Universidad Autónoma de Campeche, del Estado de Campeche, del INAH y, también, gracias al apoyo de sus rectores a través de los años con el Ing. Humberto Lanz Cárdenas, Lic. Tirso R. de la Gaita Rodríguez, C.D. Juan José Casanova Isaac, M en C. José Alberto Abud Flores, Lic. José Rafael Martínez Castro y Ing. Javier Fdo. Cu Espejo, además de investigadores como Luis Fernando Álvarez Aguilar, María del Rosario Domínguez Carrasco y Lynda M. Florey Folan, logrando lanzar a Calakmul como candidato a ser Patrimonio de la Humanidad. Después de su accidente y cuando iba a ser su homenaje en el Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM, Piña me telefonó a Campeche para averiguar si la UAC iba a mantenerle en la nómina, cosa muy importante por la necesidad que él tenía de usar los servicios médicos del IMSS, a lo que respondí que para mí eso no era un asunto negociable. Esta fue la primera vez que yo hablé con él después de su accidente, lo que me sirvió para sacarme de mi periodo de negación de los hechos. Yo sabía que las cosas tenían que seguir de una manera u otra aquí en Campeche mientras que Piña Chán, sus médicos y su esposa Beatriz e hijas, dedicaban muchos esfuerzos y recursos para mejorar su salud durante los primeros años. Todos hicimos lo posible para reanimar a Piña, quien ya había sufrido bastante. Hasta perdió a su querida mamá Doña Tranquillina, después de una larga enfermedad asociada a la fractura de su cadera; así, ella también estuvo limitada a una silla de ruedas, como él, en sus últimos años. Pero como Piña me dijo, fue la sordera producida por ciertos antibióticos lo que le molestaba más. A pesar de no poder escuchar las voces de los miem-

bro de su familia, la música, los comentarios de sus colegas, estudiantes y todo lo demás, Piña seguía adelante, siempre de buen humor.

Cuando se estabilizó un poco, Piña siguió estudiando, escribiendo y visitando Campeche, donde fue objeto de muchos reconocimientos nacionales y regionales. En los dos últimos años, se dedicó a una parte de la *Enciclopedia Campechana* que ya entregó al Sr. Gobernador de Campeche, el Lic. José Antonio González Curl, y murió al terminar este compromiso, convirtiéndose de Piña Chán, el personaje, en Piña Chán, una leyenda mesoamericana.

Por todo esto, es mejor estar dentro del carro a pesar de todas las incomodidades ofrecidas hoy en día por la falta de presupuestos adecuados, viáticos o problemas con el Consejo u otros problemas agravados, quizás, hasta creados por la grilla, pleitos de sindicatos, envidias o conflictos personales. Mejor aguantar todo eso, además del frío, la lluvia, el lodo y la noche, porque de no hacerlo uno puede encontrarse sólo quejándose de los altos precios, los dolores en las rodillas y de la espalda, a veces acompañado por una apariencia u otra de gota en lugar de estar planeando proyectos para un futuro sin fin.

Si señor, es mejor estar dentro del carro porque este vehículo tan viejo con sus llantas medio gastadas por lo menos está viajando, moviéndose con el mismo objetivo primordial, o sea el mejor conocimiento de los que existieron antes que nosotros y vivieron en este mismo lugar, siempre lleno de posibilidades y de futuro para ellos, que nos da pautas para lograr nuevos y mejores modelos de existencia.

Les puedo garantizar que el ejemplo de nuestro amigo y colega Piña Chán siempre nos acompañará dentro de este vehículo que sigue andando por los caminos que él nos ha indicado a través de los años.



Archivo Beatriz Barba.

El doctor Román Piña Chán y la antropología física

ZAÍD LAGUNAS RODRÍGUEZ



Archivo Beatriz Barba.

El doctor Román Piña Chán nació en la ciudad de Campeche, el día 29 de febrero de 1920, en el barrio de San Román. Tal vez, por esta razón, sus padres le pusieron el nombre de Román. En ese lugar pasó su niñez y cursó sus primeros estudios; hizo la vocacional en el Instituto Politécnico Nacional de la ciudad de México, ingresó a la Escuela Nacional de Antropología e Historia, en 1944, cuando estaba ubicada en el mismo edificio que ocupaba el Museo Nacional de Antropología, en la calle de Moneda No. 13 (ahora lo ocupa el Museo de las Culturas). El título de antropólogo lo obtuvo en 1951; años después, haría su doctorado en la Universidad Nacional Autónoma de México.

Sus propias inquietudes y la semilla sembrada durante sus estudios en la ENAH, lo llevaron a propiciar investigaciones interdisciplinarias. Como antecedente, cabe recordar que, en 1962, elaboró un proyecto interdisciplinario para Teotihuacán que, por diversas circunstancias, no pudo llevar a cabo, aunque hizo breves pero importantes investigaciones arqueológicas en el rancho La Ventilla, ubicado en esa zona arqueológica. Tendrían que transcurrir nueve años para que cristalizara ese viejo anhelo, cuando en 1971 se le presentó la oportunidad de elaborar y dirigir el Proyecto Tenango (1971 a 1975).

Entre los aspectos que contemplaba el Proyecto: destaca la recuperación de las evidencias materiales de la sociedad que había ocupado el lugar, la exploración de los entierros y la obtención de los materiales óseos, con objeto de conocer, no únicamente el desarrollo cultural de ese pueblo, sino también sus prácticas funerarias, las características físicas y condiciones de vida de los forjadores de esa cultura. Asimismo, realizar estudios antropofísicos en la población sobreviviente de ese grupo y el ocuilteco, "...por lo cual se trazó un plan de trabajo realizable en varias temporadas de campo, flexible para ir intercalando otros aspectos no tomados en cuenta o resultantes de la misma exploración y pensando en la participación de varios especialistas".

Como es fácil apreciar, en el planteamiento y los objetivos del proyecto Tenango, el doctor Piña (como era conocido por sus amigos), tenía como interés primordial (mismo que transmitió a los que con él colaboramos), lograr un conocimiento lo más integral posible de la cultura y el pueblo matlatzínca, para lo cual fue necesario conformar un equipo de investigación que se diera a la tarea de estudiar todo lo relativo a ese grupo y su cultura, tanto del pasado como del presente. En este grupo participaron arqueólogos, antropólogos sociales, lingüistas, etnólogos y antropólogos físicos.

Con ese interés en mente, se tocaron aspectos no únicamente relativos a la arqueología, que era el tema aglutinante, sino también a la antropología física, para lo cual se creó a fines de 1971, la sección de Antropología Física del Proyecto Tenango, que tuvo el honor de coordinar. La Sección a mi cargo se ocupó de la exploración y estudio de los enterramientos encontrados durante el proceso de excavación del sitio, de la recuperación, conservación y estudio de los restos, así como de planear y realizar investigaciones de antropología social, médicas antropofísicas, genéticas y de otra índole, que coadyuvaran al conocimiento lo más amplio posible de la cultura y el pueblo matlatzincas actuales, como una continuación de las directrices del Proyecto.

El conocimiento generado dentro del Proyecto, se concentra, aunque no en su totalidad, en la obra (en dos volúmenes): *Teotenango: el antiguo lugar de la muralla. Memoria de las excavaciones arqueológicas*, en donde se presenta un capítulo final escrito por el propio doctor Piña, en el que toma y analiza el conocimiento que sobre el medio, la cultura y la gente matlatzínca y ocuilteca se había producido hasta ese momento. Concluye con una visión integral del trabajo y del conocimiento generado.

Para conocer a los otomíes y mazahuas localizados al noroeste del Estado de México, elaboró y llevó a cabo el Proyecto Huamango (1976-1977), en el que el

doctor Piña y su equipo de trabajo se propusieron el estudio integral de la cultura otomí y mazahua del Estado de México. Su propósito era conocer el desarrollo y los cambios que las culturas mazahua y otomí habían experimentado en el transcurso del tiempo:

Para el logro de ello, en el proyecto, se tomaban en cuenta: la necesidad de recopilar toda la información publicada sobre los otomíes y mazahuas a efecto de evaluar el conocimiento que se tenía de la región en estudio; realizar un estudio etnohistórico lo más exhaustivo posible; efectuar reconocimientos arqueológicos en la región; programar algunos estudios interdisciplinarios (lingüística, etnografía, antropología física, antropología social, etc.), y divulgar el conocimiento obtenido.

Desgraciadamente, no fue posible realizar el trabajo programado con la amplitud que se pretendía, aunque, de todas maneras, culminó con algunos aspectos que ya estaban en marcha, como los arqueológicos, la exploración y estudio de los enterramientos humanos y del material óseo recuperado, así como otros más referidos a la etnohistoria y la antropología social de los mazahuas. Lo realizado y las conclusiones a que llegaron los especialistas con respecto a los distintos tópicos tratados fueron recopilados y publicados, aunque como en el caso del proyecto Teotenango, no en su totalidad, en la obra en dos volúmenes: *Investigación sobre Huamango y región vecina*. Quedaron pendientes los estudios sobre lingüística y los relativos a la antropología física de las poblaciones mazahua y otomí actuales.

El estudio antropofísico, relativo a la población actual fue realizado años después, a través del "Proyecto de Investigación Antropológica Mazahua-Otomí del Noroeste del Estado de México", coordinado por el autor de este texto. Se puede decir, además, que el Proyecto Mazahua-Otomí, tuvo su origen en las investigaciones efectuadas por la Sección de Antropología Física del Proyecto Tenango, pues, como se ha dicho, en esa ocasión los estudios abarcaron aspectos somatológicos, médicos, genéticos y socioeconómicos de los poblados de San Francisco Oxtotliplan, constituido por hablantes del matlatzincas, y de San Juan Atzingo del ocuiltecas, ubicados en la parte sur del Estado de México. Desde entonces, ya se contemplaba la necesidad de llevar al cabo investigaciones amplias sobre antropología física de otros grupos autóctonos para la comprensión de los fenómenos biológicos

y sociodemográficos que caracterizan a estas poblaciones. Desde este punto de vista, las investigaciones realizadas en los grupos mazahua y otomí del noroeste del Estado de México, pueden considerarse, hasta cierto punto, como una continuidad de lo emprendido en el Proyecto Tenango.

Las investigaciones hasta ahora realizadas por la antropología en los grupos otomíes del Estado de México, se han orientado a la comprensión de la realidad actual y pasada de tales grupos, pero debemos estar conscientes de que la información es insuficiente, ni duda cabe, por lo cual se requiere de trabajos interdisciplinarios, como los propiciados por el doctor Piña Chán, que aporten información amplia en muchos órdenes y que la contribución que se haya hecho sirva, para estimular nuevas búsquedas y conocimientos de mayor trascendencia.

Hay que considerar lo realizado en los proyectos mencionados como una resultante del apoyo incondicional que recibimos del doctor Piña Chán, para poder llevar a buen término los trabajos emprendidos. No se debe pasar por alto que habrían de pasar 72 años para reiniciar estudios en las poblaciones indígenas contemporáneas del Estado de México, si tomamos en cuenta que los trabajos en los matlatzincas y ocuiltecas los hicimos en 1974, y los primeros estudios fueron realizados por Star en 1902 en la población otomí, y treinta y nueve años de los efectuados por Hrdlicka, en 1935, en la mazahua.

Puedo decir con orgullo que los proyectos mencionados se constituyeron en una escuela para los alumnos (que no fueron pocos), y que en ellos realizaron sus prácticas de campo, pues adquirieron sus conocimientos en una aula abierta: *el campo*.

El haber podido trabajar al lado del doctor Piña ha dejado una profunda huella en los que con él colaboramos, no sólo como profesional de la antropología, sino como maestro y amigo que fue, con la amplitud y profundidad que estos términos significan.

Vaya para el doctor Piña no un adiós, sino un hasta luego. Su ausencia ha dejado en nosotros el recuerdo grato del hombre que supo vivir, trabajar y escribir, dejando para las generaciones futuras, a través de sus múltiples investigaciones, la constancia del pasado.

Puebla 16 de Abril de 2001,



Detalle. Archivo Beatriz Barba.



Archivo Beatriz Barba. Dr. Román Piña Chán con Roberto Gallegos.

Remembranzas del Doctor Piña Chán. Arqueología y etnohistoria en la caracterización de Mesoamérica

EDUARDO CORONA SÁNCHEZ



Archivo Beatriz Barba.

Conocí al Maestro Román Piña Chán a través de la lectura de su libro *Mesoamérica*, donde, mediante el análisis del proceso de desarrollo cultural de diferentes regiones, explicaba cómo se llega a definir Mesoamérica, concepto propuesto por Paul Kirchhoff con base en documentos del siglo XVI.

Piña Chán planteaba en ese trabajo la profundidad de los rasgos culturales constitutivos del área como parte de una serie de tradiciones distintivas, que se expresaban en varias regiones con estilos propios. Establecía su correlación con formas de organización económica, social y política, dentro de un marco de referencia comparativa con los grandes horizontes culturales aceptados para el desarrollo de Europa. Con ello, Mesoamérica adquiría un sentido más amplio: se presentaba como una estructura formal e histórica.

Para esos momentos, el Maestro Piña Chán fungía como Director de Monumentos Prehispánicos. Seguía las pautas de la arqueología oficial mexicana, inserta en una política de investigación comprometida con la defensa, conservación y restauración del patrimonio. Todo ello, se ubicaba dentro de una perspectiva nacionalista de caracterización, propuesta y en defensa de la arqueología mexicana. Ésta aparecía como pieza clave en la formación de una conciencia histórica que revaloriza su pasado prehispánico.

Era frecuente observar al maestro en los pasillos de la Escuela de Antropología de la calle de Moneda, discutiendo, en una de las bancas situadas fuera de los salones, con el Maestro Wigberto Jiménez Moreno y contrastando con él los resultados del trabajo arqueológico y los planteamientos de la etnohistoria. Esto sucedía mientras Jorge Acosta exploraba Tula y Alberto Ruz se encontraba en Palenque, José García Payón en Tajín, Arturo Romano en Tlatilco, y Miguel Covarrubias presentaba sus ideas sobre el preclásico y los Olmecas, mientras Fernando Cámara y Arturo Montemayor dirigían la ENAH, José Luis Lorenzo desarrollaba estudios importantes de prehistoria y, de vez en cuando, el Maestro Julio César Olivé discutía con Lombardo Toledano en el auditorio.

En esos momentos, conocí a Román Piña Chán como maestro, en un curso que impartió sobre Mesoamérica. Durante aquellas sesiones, se podía viajar por ella y recorrerla a través de la experiencia del maestro en trabajos de exploración continua. Era un verdadero chamán que aplicaba su magia localizando los entierros para definir al protagonista de la cultura mesoamericana. Me di cuenta, entonces, de que personalizaba a la corriente de una escuela que daba forma al resultado del trabajo arqueológico, dentro de una política inserta en la valorización histórica de la formación mexicana de la que formamos parte.

En esos tiempos, bajo la regencia de Adolfo López Mateos, quien emulando a Porfirio Díaz con su Palacio de Bellas Artes o de Correos, construye el Museo Nacional de Antropología, se realiza el gran proyecto de Teotihuacan y se excava en otros lugares. Es entonces cuando Piña Chán, como curador de la Sala de Mesoamérica, plasma en un guión ciertas ideas marxistas, ya que partía de las fuerzas productivas -o relación del hombre con la naturaleza-, en términos de instrumentos y agroecosistemas, de las relaciones sociales de producción -expresada como la relación entre el hombre y su sociedad- mientras que la ideología se observa a través del desarrollo de conocimientos, la cerámica, lífica, urbanismo, astronomía, calendario, arquitectura, cosmogonía, religión y guerra.

En aquellos tiempos del Dr. Ignacio Bernal como director del Museo, la curaduría de arqueología era un amplio espacio abierto sin cubículos y estaba integrada por un equipo dinámico: la Sra. Amalia Cardós de Méndez, Tita Braniff, Carlos Navarrete, Lorenzo Ochoa, Otto Shondube, Marcia Castro Leal, Ana María Crespo, y otros compañeros que, continuamente, salían al campo. Sus idas y venidas con proyectos, noticias y nuevos planteamientos, permitían articular los conocimientos obtenidos del trabajo de investigación sobre distintas áreas y aspectos de Mesoamérica como totalidad.

Piña Chán, entonces, escribía y escribía: así culminó su tesis de doctorado que se publicó como *Una vi-*

sión del México Prehispánico. Sus ideas sobre el desarrollo de Mesoamérica se tradujeron en un gran cuadro homotaxial, donde exponía y correlacionaba los periodos, etapas y estilos del desarrollo de todas las regiones del área mesoamericana. Planteaba una dinámica cultural que articulaba -a nivel diacrónico- diferentes épocas de un mismo proceso de evolución; a nivel sincrónico, presentaba cada región con épocas definidas a partir de la relación sociedad-naturaleza en términos de su apropiación y transformación o producción y periodos en donde se combinaba la expresión social y política a través de las formas urbanas de organización en el consiguiente avance tecnológico, social político y cultural.

Fue en esa época cuando colaboré con él, en la octava temporada de excavaciones en Tzintzuntzan, Michoacán, en donde combinaba, en un mismo programa, trabajos de excavación y de restauración, sustentado, todo ello, en una política de identidad con la comunidad. La temporada de excavación se había convertido en una forma de ayuda comunitaria ampliada, indiscriminada, a más de una colaboración con el municipio en obras de importancia pública. Los trabajos del proyecto arqueológico formaban, de ese modo, parte de un proyecto de desarrollo económico y social.

Para 1968, Piña Chán se pronunciaba por una arqueología comprometida con el cambio social de México, y criticaba la situación del INAH; su posición se materializó al apoyar el movimiento de pasantes de esta institución. Posteriormente, durante la dirección de Bonfil Batalla, ocurre un cambio de soles: Piña Chán deja de ser curador del Museo y pasa a ser un investigador de Monumentos prehispánicos en la azotea del edificio de Córdoba 45. Sin embargo, sigue escribiendo de manera prolífica. Ahora considera en sus trabajos los planteamientos de corrientes de la antropología francesa y es, entonces, cuando se publica el modelo de *Evolución social y cultural del México precolombino* como parte de los cuadernos de trabajo del departamento, que fue disuelto temporalmente por Gastón García Cantú.

Ya como doctor, Piña Chán es más famoso: su obra es reconocida en ámbitos nacionales e internacionales. Y es entonces cuando desarrolla su interés por los programas de trabajo arqueológico auspiciados por los gobiernos de los estados. Propone trabajos de investigación antropológica interdisciplinaria y promueve la creación de museos insertos en los planes de educación, cultura y turismo desarrollados por los gobiernos estatales interesados en reforzar la identidad regional. Esos programas se vuelven promotores del trabajo arqueológico, e incluso algunos dan lugar a la creación de centros regionales del INAH. Así, se desarrollan -entre otros- los proyectos de Edzná en Campeche, su tierra natal, y el proyecto de Teotihuacán en el Estado de México, éste último de carácter integral e interdisciplinario. Más tarde vuelve a trabajar en Tzintzuntzan y en Tingabato como director del Centro Regional del INAH en Michoacán, para después regresar a Campeche y armar el gran proyecto de Calakmul, en donde sufre un accidente que lo invalida pero no lo limita: por el contrario, continúa indagando sobre el México prehispánico.

Poco a poco, con gran ahínco y la ayuda de su familia, recupera su ritmo de trabajo y, junto con ello, un interés por la expresión histórica de las sociedades

mesoamericanas. Esta preocupación, que supera la mera atención a las fuentes, estaba ya anunciada en las memorias de Teotihuacán y en las excavaciones de Chichén Itzá, casos ambos en los que articula la etnohistoria y la arqueología. Ahí empieza a leer el lenguaje de las piedras, dando lugar a trabajos de iconografía.

El Dr. Piña Chán se inició en este mundo con los ideogramas olmecas, sistema de comunicación que traduce a manera de manual, lo que le permite seguir los estudios de Alfonso Caso en Oaxaca e interpretar a los danzantes de Monte Albán y varias de sus estelas. De igual modo, procede con las estelas de Xochicalco, siguiendo la ruta de Quetzalcoatl, con su propuesta de reconocer la presencia e influencia del área maya en el Altiplano Central, que también redescubre en las pinturas de Ixtapantongo y en Cacaxtla.

Así, después de ser *tlacullo* y *balam*, pasa a ser un verdadero *tlamatini*: recorre las estelas y los bajo relieves estableciendo claves para su lectura. No deja la memoria en el olvido, recupera la tradición de la escritura simbólica de Chupicuaro a Tajín, recordando sus trabajos de exploración en La Ventilla en Teotihuacán, sus recorridos y experiencia en la zona Maya, y su labor en la región purépecha, por Tzintzuntzan y Tingabato en Michoacán y en el altiplano central por Teotihuacán y Zacango en el estado de México. Sigue también los pasos de los Itzaes, los brujos del agua, desde Chichén Itzá a Tula, pasando por Xochicalco, Cacaxtla e Ixtapantongo.

El Dr. Piña Chán se multiplica: imparte nuevamente cursos en la ENAH, dirige tesis, asesora proyectos, imparte conferencias, se presenta en homenajes, y hace escuchar en diferentes espacios académicos su voz y sus ideas, dentro de las cuales manifiesta su postura convencida por la defensa del patrimonio y la valorización de las sociedades indígenas.



Fotografía tomada del libro: *Homenaje a Román Piña Chán*, editado por la UNAM, 1987.

El cauce de la vida

ALFREDO FERIA CUEVAS



Detalle. Archivo Beatriz Barba.

El viento golpeando mi rostro, a los lados todo es sofocantemente verde: la espesa selva lacandona; de frente, una gran barrera cierra nuestro paso zigzagueante causado por el bajo nivel del agua de río. Llegar a esa barrera nos hace pensar que el camino acabó, pero nos damos cuenta de que cuánto más nos acercamos, se va abriendo una posibilidad de seguir: el río da una vuelta, y otra, y otra más, y muchísimas más, dándonos la oportunidad de seguir disfrutando el recorrido por lancha. Este espléndido río que separa a dos países y que alimentó a los grandes mayas de Yaxchilán, se llama Usumacinta. Es hermoso, imponente, con fuerza, admirable y muy respetado. Actualmente, cuenta con muy poca cantidad de agua dentro de su lecho, pero pronto llegarán las lluvias que lo alimentarán de agua nueva para que corra por ese cauce que le da vida.

Igual de hermoso, admirable, respetado, imponente y con mucha inteligencia, sencillez y sensibilidad, fue el Dr. Piña Chán. De igual manera que se topaba, a veces, con la barrera que nos hacía pensar que ahí era el final de su viaje, Piña le daba varias vueltas más y lograba continuar con este largo y difícil viaje de la vida. Así, como el Usumacinta se encuentra ahora con poca agua y necesitado de lluvias, Piña acrecentó ese cauce vital en varias ocasiones y, lo que para el Usumacinta eran aguas nuevas, para Piña era la necesidad de sangre nueva que con amor donábamos, lo que nos permitía disfrutar de su brillantez y compañía. Así como la belleza natural del Usumacinta perdurará durante muchos años, el Dr. Piña Chán seguirá manteniendo su grandeza durante muchas generaciones.

Cuento con el privilegio de haberlo conocido personalmente y de haberlo apoyado como la lluvia apoya al río. Me siento, profundamente, honrado de haberle dado parte de mí. ¡Ojalá, todavía, le estuviéramos pidiendo que nos apoyara!

Dra. Beatriz Barba:

Le agradezco la oportunidad que me ha dado. Es para mí un grandísimo honor, como en reiteradas ocasiones se lo comenté. Gracias.

KODAK TX 5063



→ 29

→ 29A